

*Ma
Vicenta B. v de Maza
e hijas*

IN MEMORIAM

EL ILUSTRISIMO Sr. D. D.

FRANCISCO MARIA DEL GRANADO

TERCER OBISPO DE COCHABAMBA

Facundo Anaya cuarto Obispo de Cochabamba



COCHABAMBA

Impresión de "La Revista Católica" - Plaza de Santa Teresa

1902



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



cudhis 
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

17026

IN MEMORIAM

EL ILUSTRISIMO Sr. Dr. Dn.

FRANCISCO MARIA DEL GRANADO

TERCER OBISPO DE COCHABAMBA

"Fiat voluntas tua"!



COCHABAMBA—1,902

Imprenta y Litografía de EL SIGLO XX.

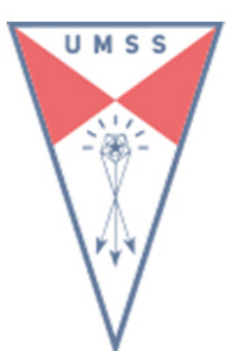
20—*Bolívar*—20



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



cudhis 
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

ADVERTENCIA.

Sale recién á luz esta obra, por haberse extraviado el primer material, difícilmente obtenido por segunda vez.

Colocamos esta guirnalda, regada con las lágrimas del pueblo, sobre la tumba del inolvidable Obispo de Cochabamba, talvez un poco tarde para algunos; pero no lo será para los que como nosotros, piensan que jamás puede ser tardía una manifestación de amor al que vivirá por siempre en la memoria de su pueblo.

Sería tarde, si se aproximára la noche del olvido; pero sobre esta tumba pasarán los años sin dejar en su losa el polvo que borra los nombres y los recuerdos.....

EDITORES.





cudhis 
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



LITO. H. C. GILLET, VALP.



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



cudhis 
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



Francisco M. del Granado

(Páginas de una biografía inédita.)

I

.....

No se trata de una pieza literaria; jamás hice trabajo con esa intención. Algunas palabras que evoquen la atrayente imagen, que viertan mi sentimiento siquiera en parte, eso lo intentaría..... Ciertamente, algo podría decir yo de verdadero sobre el fondo simpático de esa alma.



Nuestros apartes corrían en un abandono sin reticencias. Al trasponer los umbrales de su habitación, desaparecía la *visita* y nos envolvía á los dos la atmósfera serena de una amistad que manaba de fuentes inagotables, como lo eran la idéntica fé, privada y pública.

No departíamos con frecuencia. Aprovechaba de mis rápidas apariciones en la familia para ir casa del Obispo; ya fuese en su quinta de Zarco, amoblada humildemente, pues revistas ilustradas cubrían los muros de una habitación principal; ya fuese en su palacio de la ciudad, decorado á retazos y luciendo en lugar preferente una ú otra estatua de yeso, á tanto el par.

Lenificase el corazón; reposan las miradas en tales pobrezaas. Respiraban con ánsia en ese ambiente, sobre todo, los que habían dejado á la puerta, remolineando, el odio del partidatismo lugareño.

Calma y vigor comunicaban al espíritu la frente ancha y pensadora, sombreada de tristeza, jamás coloreada de impaciencia; la mirada de inalterable dulzura; el acento que parecía implorar, aun cuando mandaba. Ni desmerecían, antes realzaban esas dotes, la estatura mediana y enhiesta, el aspecto grave, las maneras cultas, el aire distinguido; signos reveladores de una elevada y noble naturaleza.

La deficiencia del menaje tenía por causa prin-

cipal lo mal servido, casi siempre rezagado y no pocas veces usurpado de los emolumentos episcopales, cuando tocaba ordenarlos ó servirlos á pagadores de *espíritu fuerte*, para quienes esa clase de egresos en el presupuesto, se consideran de inútil ú onerosa aplicación.

Lo poco que entraba en *caja* pasaba, sin transición, á la familia de perdido bienestar, que ocultaba su desnudez; á la trastienda del cholo menesteroso: al cuartucho de la pobre mujer; al tugurio del miserable; á las mil manos enflaquecidas, huesosas, crispadas que en todo barrio, en todo pasadizo se asían del manto episcopal.

La limosna humedecida en llanto de compasión caía siempre. ¿Pero cómo había de ser bastante? El Obispo pedía prestado. Los administradores del Banco, sonriendo, le veían presentarse, con garante ó sin él. No le ponían obstáculos; le facilitaban crédito. ¡Bien sabían dónde iba á parar *todo eso*!

Todo eso lo rememoraba uno al espaciarse en esa habitación, donde tantas cosas aparecían de fiado; pero levantando la vista á la fisonomía del dueño, transparente como la de un niño, otro género de consideraciones brotaba en el ánimo.

Al sacerdote caído, le quedan el poder y la jurisdicción; ante él nos postramos los creyentes humildes y convencidos; le pedimos y acatamos su bendición; pero vemos con tristeza extinguida en su fren-

te la aureola que la circundaba. En la de Granado brillaba con todo su fulgor el rayo ideal del sacerdocio católico.

Pero ni su beneficencia, ni su pureza, explican suficientemente la profundidad y extensión del sentimiento público que le rodeó y acompaña á su memoria.

Pasan años de su muerte y en toda ocasión, siquiera incidental, que la recuerde, vibra quejumbroso el acento del menestral, de la revendona, del caballero, de la señora, del sacerdote: ¡Oh! nuestro Obispo!

¡Cuántas veces, pasando por *tiendas ó pulperías*, me ha sorprendido la conmovida interlocución, cruzada de paso, mitad quichua y mitad castellano, en que tomaban parte, recordando á su Obispo, compradoras y vendedoras! Cuántas veces, hablando de su *tata*, he visto llorar á rugosas viejecillas fustigadas de la miseria!

Semejante irradiación del alma, tan duradera influencia del carácter, sólo se explican por una causa cuya fuerza y altura sean excepcionales. Trató de buscarla.

Sea que pontificase, sea que asistiese á vísperas, sea que confirmase; en cualquier práctica del culto; en el toque del Ave María, al servirse del agua bendita, al revestirse para los oficios, resaltaba en el Sr. Granado, un fondo tal de sinceridad, un tal desprendimiento de sí para anegarse en lo que creía y a-

maba, que cada uno de esos actos, públicos y privados, sin más testigo muchas veces que su ayudante ó familiar, eran un proceso continuado de enseñanza evangélica; causaban ese efecto que los cristianos solemos expresar con esta palabra: *edificaban*.

Su mirada, su gesto, su recogimiento interior cuando ejercía el ministerio episcopal, fuese al pié de la mula en las etepas ó en las breñas para satisfacer las ansias del indio; fuese en los átrios de su Catedral, estaban llenos de *unción*.

Ese fervor mal comprendido, pudiera inducirnos á creer que invadían el alma de Granado, disgustos, resentimientos, indignación tal vez contra los adversarios de su credo, contra los que insultaban su amor. Mucha era su amargura y su oración debió alzarse casi siempre desde la postración dolorosa; entre tanto jamás notamos en él un signo de impaciencia contra nadie.

Muchas y muy rudas fueron las pruebas por las que pasó la serenidad de su espíritu y el apacible nivel de su carácter. Nó pocos de los que combatían en su diócesis á la Iglesia y sus derechos, le estaban vinculados desde la juventud. Sin ceder un paso defendía la fé y la doctrina; pero nunca ví dibujarse en sus labios la amargura que provocaban colegas y amigos zarandeando su silla episcopal por todos los medios que ponían en manos de ellos su posición oficial

y la complicidad de la prensa. Maravillábame yo de observar cómo en lo más rudo de esas agresiones, nombraba el Obispo á sus adversarios, con el mismo acento que *antes*, con esa simplicidad y cariño que trae el recuerdo de los íntimos; y eso nó por cálculo sinó llanamente; al brote del sentimiento, volviéndose en compasión á los que le maltrataban.

Estoy describiendo, sin pretenderlo, esa inefable cualidad, resumen de virtudes, especie de *totum* moral, que hace tan atractivas las voliciones humanas. Pidamos que nos lo defina el grande orador.

«Queda algo más elevado que el deber, más poderoso que el amor.....la bondad: esa virtud que no consulta el interés, que no espera el orden del deber; que no ha menester se la solicite con el atractivo de lo bello;»

«No es el genio, ni la gloria, ni el amor los que miden la elevación del alma; es su *bondad*. Ella es la que da á la fisonomía humana su primero y más irresistible hechizo; ella, la que nos aproxima mutuamente, ella quien pone en comunicación los males y los bienes, y que donde quiera, desde la tierra al cielo, es la gran medianera de los seres.» (Lacordaire)

Parece que no fuera capaz la criatura humana de llevarla en todo su peso, sin disvirtuarla alguna vez.

Se ha pensado que en ocasiones, adolecía el

señor Granado de cierta debilidad manifiesta en la concesión de licencias y gracias, á personas que no la merecían.

Pudiera ser; me explico su vacilación de afli-
gir á jóvenes pobres, real ó aparentemente prepara-
dos, en demanda humilde del ministerio sagrado.

Con ligereza le censuraron de no llevar la ma-
no fuerte al gobierno del clero, especialmente del pa-
rroquiado. Tengo para mí que la bondad suplía a-
bundantemente al rigor. Lo suplía el Obispo con el
ejemplo dado á su clero de concurrir el primero á los
ejercicios espirituales que se daban cada año en un
convento de franciscanos.

No olvido la escena memorable de que cierta
mañana fuí testigo involuntario. Al medío de jóve-
nes y de ancianos curas, venidos de las provincias, se
hallaba de ejercitante el Obispo de la diócesis. Com-
prendo que el valeroso y levantado jesuita Gómez de
Arteche que los dirigía, sintiese inmutada el alma an-
te la grande humildad y el grande ejemplo; lo cierto
es que cortando el hilo de su discurso, alzó las manos
sobre la cabeza del Prelado y en elocuente y abrup-
ta palabra, mostró en Granado el don providencial
que no sabían agradecer como debían; les señaló su
ejemplo; rogó por su vida, mientras le hacían coro la
anhelante respiración de los jóvenes y el llanto silen-
cioso de los viejos.

Valía más para el buen gobierno que el clérigo extraviado oyese la voz trémula del padre, amonestándole, voz que subía hasta el ruego ardiente; que le viese, como tantas veces sucedió, derribado á sus pies, implorando volviera por su honra, por su conciencia y por su Dios.

II

Nó; no puede mantenerse ese cargo cuando se penetra á esa batalla social, donde se dejó sentir incontrastable la energía del Prelado.

Talento sintético, conocía la eficacia de las soluciones cristianas para los terribles problemas que el espíritu de rebelión ajita en nuestros tiempos.

Sabía que el Episcopado del siglo diez y nueve le es necesaria la ciencia, al menos en sus resultados generales y adquiridos; que no le es dado ignorar la extensión de la lucha en la que está llamado á intervenir decisivamente.

Intervino el Obispo con amplitud de perspectiva como lo mostró en una ocasión notable que es oportuno recordarla.....

M. Baptista.

Oración Fúnebre

PRONUNCIADA EN LAS EXCEQUIAS

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR
D. FRANCISCO MARÍA DEL GRANADO

POR EL

ILUSTRÍSIMO SEÑOR VICARIO CAPITULAR

DR. D. SAGINTO ANAYA

«Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.»

No se perderá su memoria, y su nombre se repetirá de generación en generación.

(Del libro del Eccles. c. 39 v. 13) 1

¿Qué significa S. S. el negro luto que hoy viste la afligida Sión? ¿Por qué cambia sus cánticos de gloria y alabanza con los melancólicos acentos del dolor? ¿Por qué el Senado de la Iglesia está mustio y



sombrio, y el pueblo todo herido de insólita consternación? ¡Ah ya lo sabéis: una preciosa existencia acababa de ser borrada del libro de los vivientes. Se ha apagado una vivísima antorcha que irradiaba la luz del Evangelio; ha caído por el suelo rota en pedazos la más firme columna de la Iglesia. El Ilustrísimo Señor Obispo Doctor Francisco María del Granado ha dejado de existir, precisamente cuando se oían por doquiera las alabanzas del pueblo, que lleno de tierno amor hacía su persona prometíase un largo y dichoso pontificado.

Yo no me propongo hacer la biografía de nuestro ilustre difunto, sinó solo escojer algunas flores del Santuario para esparcirlas sobre su venerada tumba, y ofrecer á vuestra consideración los rasgos más salientes de su fisonomía moral. Me propongo, pues, demostraros que el Ilustrísimo señor Obispo Granado cumplió fielmente su misión, haciéndose acreedor á un galardón eterno.

El señor Granado nació de una ilustre familia de esta ciudad, y bebió la piedad con la leche maternal. Llamado por su talento precóz á la vida de las letras, ingresó en el Colegio Seminario de esta Diócesis, que no fué más que el pórtico del augusto santuario á donde desde sus primeros años se encaminaba: la Iglesia.

Desde entonces era amado de sus colegas por su carácter angelical, por su dulzura inimitable y respetado á la vez por la austeridad de sus costumbres. El joven Granado cuya pujante inteligencia elogiaban á porfía sus profesores, hizo rápidos progresos en casi todos los ramos del saber y muy especialmente en las ciencias eclesiásticas, que cultivó con esmero, para poner sus conocimientos al servicio de una vocación perfectamente comprobada.

Así fué como, obedeciendo á los impulsos de su vocación, recibió á los 24 años de edad la unción sacerdotal, y desde ese momento lo hemos visto dedicado á las ásperas tareas del sacerdocio, con esa abnegación heroica que impone á sus fieles servidores la ley de Cristo.

Su humildad ingénita no le permitió pretender nunca las altas dignidades de la Iglesia; pero el Señor que se complace en ensalzar á los humildes, lo exaltó á la sublime dignidad del Episcopado á la edad de 33 años. El señor Obispo doctor Rafael Salinas que sentía la necesidad de tener un colaborador para compartir con él el penoso cargo de la administración de la Diócesis, deseando premiar los méritos sobresalientes y egregias virtudes del joven Prebendado, lo propuso para su auxiliar. El Gobierno por su parte,

interpretando fielmente el sentimiento público lo presentó á la Silla Apostólica, y en consecuencia, fué instituido Obispo de *Troade in pártibus*, en medio de la alegría y de las aclamaciones de todo el pueblo. Tres años después recibió las Letras Apostólicas de institución como Obispo titular, por fallecimiento del recordado Prelado. El señor Granado como Obispo de esta Diócesis, fué el obrero infatigable en la viña del padre de familias, apóstol incansable de su amada grey, pastor celoso de las almas á quienes apacentaba con su palabra y su ejemplo. Pontífice completo poseía todas las cualidades que el Apóstol exige en un Obispo, en sus dos célebres cartas á Timoteo y á Tito: irrepreensible, grave, sóbrio, casto, prudente, dulce y afable, amante de su rebaño y dispuesto á dar la vida por sus ovejas.

Él, reformó las costumbres, vigorizó la disciplina, restableció el Colegio Seminario que hacia tiempo estaba clausurado, fundó la Casa de las hijas de María ó Asilo de Huérfanas, llamó todos los años al Clero á ejercicios espirituales, practicó la santa visita en las parroquias de su Diócesis, peleó las batallas del Señor defendiendo con su inexpugnable lógica los fueros de la Religión y las inmunidades de la Iglesia.

¿Os parecerá, señores, que todo esto era parte,



para que interrumpiera aquellos cuidados que desde los primeros días de su sacerdocio le impusiera su caridad? pues nada de eso: la misma asistencia á la Iglesia, al confesonario, al púlpito, á las escuelas y asilos de caridad; pero ni aun le impedía las atenciones de una urbanidad cortesana que empleaba con todos igualmente; porque para él, no había ricos ni pobres, grandes ó pequeños, todos eran sus hijos, para todos tenía corazón de padre, á todos escuchaba lleno de angelical bondad, y no había uno solo que saliese desconsolado de su presencia. Cuantas veces, pobres y tímidos labriegos que tenían necesidad de hablar personalmente con él, salieron de su estancia edificadas y derramando lágrimas de gratitud por las atenciones de que habían sido objeto. ¡Lección severa y elocuente para aquellos que hinchados por los dones que poseen, miran con orgulloso desdén á los infelices que no son tan afortunados como ellos!

Causaba admiración ver á un Prelado tan ocupado en asuntos tan importantes de interes público y privado, ocupar diariamente el confesonario para derramar el bálsamo del consuelo en los corazones ulcerados por el crimen; para dirigir en los Monasterios á las almas más encumbradas en los escabrosos caminos de la vida contemplativa ¿El cristiano al pisar

en el umbral de la eternidad quería apoyarse en un brazo seguro? Llamaba al señor Obispo que á nada se negaba, y allí en presencia de la pavorosa muerte el señor Granado no era un hombre, era un angel que vierte un bálsamo celestial en los oídos del moribundo; con sus palabras envueltas en misericordia, en fé, en esperanza, en amor arrullaba al alma atribulada cuyos lazos terrenos se disolvían por momentos.

¿Y qué diré de su predicación? El Ilmo. señor Granado ha sido. á no dudarlo, uno de los oradores sagrados más notables de nuestra época: su fama ha sido continental. Elocuente como el Crisóstomo, sólido en sus razonamientos como Bacilio el Magno, poseía en alto grado todas las cualidades que deben adornar al orador sagrado: erudición vasta, profundo conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, imaginación rica, voz sonora y de volúmen; por eso sus galanos sermones atraían siempre al templo selecta y numerosa concurrencia.

El orador en general debe tener probidad: el orador sagrado debe tener virtud en grado eminente. En el señor Granado á sus raras cualidades oratorias, daban singular realce la santidad de su vida y la pureza de sus costumbres, y por eso, sus palabras salían de sus labios revestidas de una unción sublime y de u-

na fuerza persuaciva que llevaba el convencimiento á los ánimos más obstinados; en una palabra, llenaba los tres fines que debe proponerse el orador sagrado: convencer, conmover y deleitar; *ut doceat, ut delectet, ut flectet*.

Pero el más bello florón de su diadema de gloria, es su proverbial caridad. ¡Ah, señores, cuanto pudiera deciros á este respecto! Ningún pobre salía con las manos vacías de su palacio. Si no tenía dinero daba su ropa, sus utensilios ó algun objeto de valor. ¡Cuántas miserias secretas remediaba de una manera tan eficaz como generosa! ¡Cuántas familias que bajo un exterior decente abrigan cual fiero escorpión, una miseria mucho más horrible que la del mendigo, fueron salvadas por él de los furores del hambre! ¡Cuántos desgraciados devoran ahora el último mendrugo de pan empapado en lágrimas que recibieran de aquella mano misericordiosa! ¡cuántas vírgenes trémulas de miseria y de vergüenza, gastarán ahora la última moneda que pusiera él en sus manos. y acaso mañana arrastradas por la desesperación serán víctimas del crimen! ¡Oh Dios mio, no las abandoneis! ¡Alma caritativa del Ilustrísimo Granado velad sobre vuestros pobres!

Hasta aquí hemos visto al Ilustrísimo Grana-



do adornado con todos los dones de la naturaleza y de la gracia, en posesión de todo cuanto puede constituir la felicidad del hombre sobre la tierra: saber, virtud, buenas obras, honores y distinciones que le fueron prodigadas en el país y fuera de el; su nombre había volado en alas de la fama por todas partes: en el país era el ídolo del clero y del pueblo, dígalos sinó su entierro, que mas bien que honras de un difunto, parecía la apoteosis de un santo. ¿Y todo esto no es bastante para decir que su existencia fué dichosa, tranquila, envidiable? ¡Ah señores, si así fuera el señor Granado no hubiera sido la imagen viva del Martir del Gólgata, que nos ha enseñado que el camino de la Cruz es el único que conduce á la felicidad, y por eso Dios en sus inescrutables designios, dispuso que el alma inmaculada de su unjido se purificara mas y más en la purpúrea fuente del martirio. En los 27 años de su vida apostólica, lo hemos visto apurar á grandes tragos la acibarada copa del dolor, y puede decirse sin hipérbole, que su vida toda no fué sinó una penosa alternativa de trabajos y dolores, soportados con invicta paciencia.

Querer hacer el inventario de todas las virtudes de nuestro incomparable Prelado, sería no terminar nunca; pero no dejaré de decir algo acerca de los



últimos momentos de su vida.

Es una verdad consignada en las santas escrituras: que es muy preciosa la muerte de los justos en presencia de Dios. «*Pretiosa in conspectu Dómini mors sanctorum ejus*»

Ahora bien, la muerte del Ilustrísimo Granado ha sido tan hermosa como fué su vida.

Vuelto al seno de sus amados diocesanos, después de haber dado cima á la Visita pastoral en dos meses de ausencia, se preparaba no á procurarse unos días de descanso, que nunca conocía, sinó á entregarse á las labores de su ministerio pastoral; y he aquí que una mañana amanece con una profunda dolencia; que pone en inminente peligro su vida. Un rayo ha caído sobre Cochabamba: todos se mueven y vuelan á la casa del amado pastor; una multitud compacta invade las calles, la plaza, los patios y aposentos todos: la consternación y la angustia están pintadas en todos los semblantes. Viene la noche, la noche excuálida y triste como el extertor de la agonía, noche cruel que apagó los últimos destellos de la esperanza; tronchando ese árbol precioso y arrebatándonos su sombra protectora. Después de haber recibido todos los auxilios de la religión, pronunciando fervorosas jaculatorias que edificaban á los circunstantes, dando

elocuentes lecciones de humildad hasta en esos postreros instantes, entregó su purísima alma á Dios.

Si señores ya no existe el señor Granado..... desapareció para siempre.....ya no lo veremos en nuestras calles edificando con su modestia y cautivando los corazones con su afabilidad y dulzura. Ya no lo veremos en el templo y en el altar inspirando devoción y recojimiento. Ya no lo veremos en el confesonario curando con bálsamo del cielo las heridas del alma. Ya no lo veremos en el púlpito dejando caer de su boca de oro la palabra de la vida sobre los corazones, como preciosa lluvia sobre un herial abrazado.....¡Oh dolor! Sombra querida y venerada, ¿quién como vos nos partirá ahora el pan de la doctrina? ¿quién como vos nos hará ver la luz del buen ejemplo? ¿quién enjugará nuestras lágrimas? ¡Pero Dios mio! Vos lo llamásteis; era vuestro; bendito sea tu santo nombre! Adios querido padre; dulce amigo: recibid la última despedida de nuestra ternura y el voto supremo de nuestro amor.

Y vos Redentor de nuestras almas, aceptad la plegaria que se eleva del fondo de nuestro corazón agradecido; recibid en vuestro seno glorioso el alma del que nos guiaba por las sendas de vuestra paz; que alumbre su rostro el resplandor de vuestra perpétua luz. *Requiescat in pace.*

Oración Fúnebre

PRONUNCIADA EN LAS EXCEQUIAS SOLEMNES QUE
EL REVERENDÍSIMO ARZOBISPO Y CABILDO
ECLESIAÍSTICO DEDICARON Á LA MEMORIA
DEL ILUSTRÍSIMO OBISPO DE COCHA-
BAMBA, SEÑOR

FRANCISCO MARIA DEL GRANADO,

EN LA CATEDRAL DE LA PLATA, EL 5 DE OCTUBRE DE
1895, POR EL CURA

Primo Arrieta.

Ipse palam faciet disciplinam doctrinae suae, et in lege testamenti Domini gloriabitur..... Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiratur a generatione in generationem.

Expondrá públicamente la doctrina que ha aprendido, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor No perecerá su memoria, y su nombre será recordado de generación en generación.

EL ECLESIAÍSTICO C. XXXIX V. 11, 13.

I

Ilustrísimo Señor: Venerable Cabildo Eclesiástico:

Señores:—

NUNCA aparece con mayor evidencia la divinidad del catolicismo como en la muerte de un santo!.....Cuando calla la voz humana, y una cruz funeraria se levanta silenciosa y tranquila, marcando el final de una vida ilustrada con grandes actos de virtud; allí vamos á buscar esas revelaciones de la eternidad, que intuitivamente nos enseñan; la manera con que Dios concilia su justicia y su misericordia en favor del hombre; el modo infalible con que Él, predestina algunos seres para ser el consuelo y la fuerza de muchos; el poderío de la gracia, que jamás agota los ejemplares del deber para nuestra edificación; las dulces esperanzas con que se fortalecieron los buenos; y en fin, la serena magestad con que llenos de fé, abandonaron la librea mortal de los batalladores del mundo,

La elocuencia de una cruz funeraria nos habla en lenguaje espiritual de la existencia de Dios, del deber y de nuestra inmortalidad futura; ningún signo contiene tantas afirmaciones y tanta grandeza.

Entre nosotros un justo muere, y al dejar sus restos ungidos por la virtud, prueba la verdad de la doctrina en cuyo servicio el hombre se torna en angel. Una cruz nueva guarda una tumba recientemente cerrada, y pronto se vé rodeada por los que van á recoger en sus brazos las notas de la verdad y de la justicia, que se reflejan desde la eternidad. La muerte es una lección y una prueba para los vivos, una trasfiguración para los que han cumplido su carrera terrestre; más á pesar de estas convicciones sublimes, el sentimiento nos rinde; y necesitamos en caso como el presente todo un esfuerzo de resignación cristiana, para sobreponernos al dolor que nos agobia, y concurrir al sacrificio fúnebre de piadosa propiciación, que la Iglesia Metropolitana de Bolivia, ofrece á la memoria del que fué, eminentísimo Obispo de Cochabamba, Monseñor Francisco María del Granado.

¡Qué no diéramos por la vuelta de tan elogiado Prelado á su rebaño! Y sin embargo la realidad nos convence de lo imposible de nuestras aspiraciones, mostrándonos únicamente yá, la estela de gloria que



dejó en pós de sí, el espíritu de ese varón preclaro; estela que tendida sobre el campo de la historia, brilla aun más, ahora que los intereses, las pasiones, arrolladas por el severo golpe de la muerte, presentan en limpia transparencia el peligroso, pero recto camino, que hubo recorrido para edificación general.

La magnitud de la desgracia nacional impone considerar el mérito del bien que hemos perdido; el vigor de la columna que se ha roto en nuestro edificio social; descifrar los juicios de Dios, si cabe, recordando las doctrinas, los hechos que la fé enseña, como dignos de premio entre los inmortales; así el sufragio será valorado con la sumisión á los decretos del Eterno, y el honor se juntará al recuerdo.

Cumplimos con tan penoso encargo, reflexionando que los grandes caracteres como el del Ilustrísimo señor Granado, se definen sencillamente; por la correspondencia práctica á los ideales de su estado, por la consagración heroica al deber. En la carrera de la vida es incomparable el tesón, que permite soportar libremente un trabajo prolongado en aras del bien; el valor moral no es otra cosa que la asiduidad constante en el servicio de las grandes ideas: y por eso veneramos como á los campeones de la fortaleza cristiana, á esos espíritus que así afrontan el peligro con

denuedo, como aceptan las elaboraciones lentas que el porvenir premia. El mismo libro del Eclesiástico atribuye la gloria de la sabiduría á los que se distinguen en el cumplimiento de los deberes que impone una posición social, á la fidelidad pública, conveniente á los honrados por una vocación divina, á la voluntad que se recrea y goza en la ley del Señor.

Palam faciet disciplinam doctrinæ suce et in lege testamenti Domine gloriabitur.

Y tal fué la línea de conducta que en sesenta años de cotidiana lucha, pudo recorrer el Ilustrísimo señor Granado, pasando con ligera planta y sin ser sorprendido junto á las llamas de la concupisencia; mostrándose como el tesoro de bondadosa munificencia, que redimió tantas lágrimas como hijos tiene la populosa Cochabamba; conquistándose el título de «prenda viva de la verdad y de la afabilidad de la moral evangélica.»

Su ley pública, su recreo y su ventura, fueron el cumplimiento de la ley del Señor; y por ello en su vida se acreditó como el héroe de la caridad, del trabajo y de la fortaleza; su corona la forman esas tres virtudes, bastantes para inmortalizar á un Príncipe eclesiástico. No ha de perecer su memoria, su nombre ha de ser recordado de generación en gene-

ración; porque mientras haya páginas de honor para los propagandistas de la misericordia, mientras la humanidad necesite modelos para cumplir el deber, vivirá en las narraciones de aquellas y en el corazón de los buenos.—*Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.*

I I

CON cuánta dulzura irradia la fisonomía moral de los santos! Ni las lágrimas provocadas por la injusticia, ni las protestas del afligido, ni una gota de sangre derramada por la ambición, viene á empañar su pálido brillo, que se destaca entre los horizontes de la paz, y se admira con la simpatía que sigue á la caridad, como el aroma á la flor. Flotando en un elemento divino, que se conoce por su fecundidad, se presentan los biehechores de la humanidad asociados al más visible de los atributos de Dios, la Providencia, pudiendo decir de sí mismos como el Cristo: He venido para que tenga vida y la tenga en abundancia. *Ego venit ut vitam habeat*

et abundantius habeant; por que en el orden moral, la vida es el amor, ejercitándose en el beneficio y en el consuelo.

No de otro modo hemos de contemplar la figura apacible del Ilustrísimo señor Granado, una vez que la muerte ha rasgado el velo que la humildad y la modestia corrieron sobre sus actos, porque el inmenso sollozo de un pueblo rompiendo en su dolor, va declarando á una, que un vacío incolmable se ha abierto de súbito en su seno. El menesteroso no verá en adelante extenderse la dadivosa mano, que al par de un corazón afable, socoría seguramente sus necesidades. Para el atribulado se ha extinguido la palabra, que á manera de suavísimo bálsamo, curaba siempre las heridas del alma. Quién fortalecía los sentimientos del deber con sus consejos, aun antes de ser solicitados; quién era el consuelo de todas las agonias, el compañero de todo dolor doméstico, haciendo pródigo uso de sus facultades episcopales y de su amena palabra, desapareció en ese camino empapado por las lágrimas del reconocimiento, pero.....del cual no se vuelve nunca.....! Se dijo, que el Ilustrísimo Granado había hecho juramento de jamás pronunciar la palabra *nó*, y lo acredita la desaparición de un patrimonio pingüe, la vida modesta, auste-

ra si quereis, en que dejó trascurrir sus días, atendiendo á cuanta necesidad agena podía prever.

Ingenioso en los recursos de la beneficencia, sabía respetar la dignidad personal; proporcionando trabajo, abriendo carrera para unos, y estimulando á otros con los elevados raciocinios que hacen comprender las obligaciones que el hombre tiene para con la sociedad en que vive.

Las situaciones difíciles son causa del heroísmo, en ellas se revela la magnitud de los sentimientos; y así nos lo prueba el Ilustrísimo Obispo de Cochabamba, cuando agotados los recursos pecuniarios de que podía disponer, estrechado su crédito, con motivo del hambre y de la peste que aflijieron su Diócesis en 1889, en que él hizo prodigios de caridad, encontró á las puertas de un lazareto que acababa de visitar, la dolorosa solicitud de un campesino, que como tantos otros, acudía confiado á su Pastor. De una sola mirada comparó el generoso Prelado, la amargura del que se postraba á sus piés y la absoluta carencia en que el mismo se encontraba; pero salvó el anhelo del peticionario, y los conatos de su bondad, con una idea digna de su inteligente piedad, dejando discurrir furtivamente sobre las manos del campesino el guante bordado de oro..... Aquel era un llamamiento

significativo á la caridad de sus diocesanos, que supieron comprenderle; la reliquia de ese acto fué rescatada; devuelta con reverencia al Padre de los pobres, y socorrida la necesidad del campesino.

¡Cómo exigieron las plegarias, las energías, la actividad incansable del Ilustrísimo Granado, aquellos días en que la bandera de la patria, buscaba al invasor en las playas del Pacífico! Él quedó, después de bendicir los estandartes y los batallones que Cochabamba enviaba para la defensa boliviana, protegiendo tantos hogares sin pan ni dirección. Él podía derramar los tesoros del alma, inagotables por cierto, pero faltaban las que proporcionaban abrigo y sustento al desamparado. En estos momentos, el Ilustrísimo Juan de Dios Bosque, pedía en nombre de la religión y de la patria, un óbolo para los gastos de las ambulancias bolivianas; el sello de la Cruz Roja, conmovió al Prelado de Cochabamba, esa cruz brillaba con el color de la sangre de los patriotas, y en la imposibilidad de ofrecer un donativo contante se despojó, cruz por cruz, de una pectoral adornada de piedras preciosas, á la cual iban vinculadas delicadas afecciones paternas, tradiciones venerandas de familia. Esa joya produjo suma notable en una realización apropiada, que tuvo lugar en



la ciudad de La Paz.

Después de estos hechos, bien se puede mostrar en la cruz funeraria que guardará los restos del Ilustrísimo Granado, el testimonio de una vida que inspirada por el catolicismo, convence por el más tocante de los sentimientos humanos—la caridad—de la bondad y de la verdad de la religión. Así demostró por el ejercicio del bien, la elevación de la doctrina que hubo aprendido. Puso su gloria en el testamento del Señor—amaos los unos á los otros; y por ello no perecerá su memoria. *Ipsa palam faciet disciplinam doctrinae suae, et in lege testamenti Domini gloriabitur.....Non recedet memoria ejus et nomen ejus requiratur á generatione in generationem.*

III

EL título más bello que existe en el ministerio sacerdotal es el de fundador, porque para alcanzarlo se necesitan prendas morales de vigoroso esfuerzo. La actividad más convencida debe ponerse en juego, para allegar los elementos materiales y morales con que se asegura un asilo á las ideas,

y se dota á las ciudades con instituciones y edificios, que las adornan é ilustran. Una fuerza poderosa de amor se requiere para emprender la obra de casas, que revelan el grado de elevación de las doctrinas y el crédito que gozan en el país de su ubicación. Es preciso que la idea vibre tenaz hasta obligar al fundador, al sacrificio de su reposo, de su tiempo, de sus bienes, ¡y cuántas veces de su honor! En la economía divina es una gracia especial, la que Dios emplea para suscitar esos seres privilegiados, encargados de la tarea de edificación y plantación. *Ecce constitui te, ut edifies et plantes.*

En un departamento relativamente modesto en sus recursos, pudo el Ilustrísimo Granado dar á conocer el espíritu laborioso que lo distinguía, consagrado desde los primeros días de su episcopado, constantes desvelos á la inauguración de un plantel de enseñanza católica. Con una insistencia verdaderamente pastoral pidió el favor de los gobiernos, el socorro de sus diocesanos, la colaboración de los hombres más ilustres de la República, hasta el punto de haber logrado en propiedad para su iglesia, el local en que actualmente funciona el Seminario Conciliar de San Luís de Gonzaga; haber colocado al frente de su colegio los personajes más encum-



brados de Cochabamba, y ponerlo en pié de proveer instrucción á cuatrocientos escolares anualmente. El número indica un crédito popular, resultante de la diciplina y de la competencia, que sólo existen cuando el jefe de un establecimiento lo cuida de inmediato. Si allí falta una organización verazmente canónica, también sobra el fruto recogido en tantos alumnos cristianamente educados, y con todo, la obra tiene vida asegurada y podrá contraerse á realizar el plan del Tridentino.

Un poco antes de la fundación del Seminario, y con una sagacidad protectora de la moral pública, vemos al Ilustrísimo Granado, empeñado en la institución del monasterio de Capuchinas, que existe con número competente de religiosas. A esta fundación se inclinaba el místico Prelado, por cuanto la Iglesia favorece las instituciones contemplativas, propagandistas perfectas del principio moralizador de la castidad; porque ellas están amparadas por la libertad de las profesiones, respetables siempre como todo derecho humano; porque no es posible imponer vida activa á la generalidad social; y con el convencimiento de ser los monasterios un refugio á la orfandad y á la creencia íntima de no poder desempeñar otros deberes activos. Con hogar se

guro y excluidas de los peligros humanos, viven allí esas religiosas, solicitando las bendiciones divinas para los pueblos y recordándoles la posibilidad del predominio del alma sobre el cuerpo.

La fundación de la casa "Hijas de María", sostenida por contribución popular y destinada á la educación de señoritas huérfanas, convertida hoy en establecimiento de instrucción, es otra obra de su conato misericordioso.

La antigua Matriz de Cochabamba, cuya planta primitiva en forma de cruz no sería reconocida por su fundador el canónigo Urquiza, se ha transformado en una suntuosa basílica, cuya nave tercera no tuvo el consuelo de consagrar el señor Grando.

Un recogimiento de señoras iniciado por la piedad de dos esposos creyentes, que aprontaron algunos recursos para la realización de esa obra nueva, ocupó las últimas vigiliass de este Prelado consumido por el celo santo de la casa del Señor.

Junto á esta continuada serie de trabajos materiales, en cuya designación hemos quedado cortos, ¿consignaremos todavía su tarea de edificación espiritual y evangelizadora? ¡Ah, señores! Vosotros sabeis el renombre del Crisóstomo boliviano; escu-

chásteis sus inspirados acentos, la unción dulcísima de su palabra; tuvisteis ocasión de conocer el imperio de una labia fecunda, unido á la verdad de nuestros principios religiosos, conmoviendo al impenitente y al devoto sincero. ¿Quién resistió á su persuasión tiernamente abrumadora? No nuestro pueblo de dócil enseñanza, pero tampoco aquel reputado Bibliotecario, remiso á la voz del Vaticano, Vígil, quién en el curso de un panigírico de Santa Rosa, predicado en Lima, sintió correr por sus mejillas ese rocío del alma, cuya eficacia no quiso aprovechar. ¡Cómo sabía el Señor Granado, emplear el lenguaje de San Buenaventura, para contar las glorias de María, declarada inmune del pecado original, comentando el *Ipsa conteret caput tum!* ¡Con cuánta fuerza sabía probar la infalibilidad pontificia, dando parte á sus diocesanos del dogma *ex cáthedra!* ¡Cuánto se aproximaba á Jeremías, en su oración fúnebre á las víctimas del 26 de mayo, repitiendo en “bronco ululato” el *Recordare Dómine quid acciderit nobis!* Y aquella voz del que prepara los caminos del Señor, descendía también á los campos, se producía en el lenguaje del indígena, limitaba sus recursos oratorios al alcance de sus oyentes, infundía el catecismo en las almas, para vol-

ver después á las ciudades, y con todo ellujo de la oratoria sagrada describir los terrores del Gólgota, el testamento de Jesús y la redención de los pueblos. La voz del cielo trasmitida por el más bizarro orador de la América se ha extinguido.....! Herido de muerte el Pastor, no conducirá más el aprisco á los valles deliciosos de la buena doctrina, que sólo él conocía.....

Ipse palam fáciat disciplinam doctrinæ suæ et in lege testaménti Dómine gloriabitur. En ámplio horizonte, en obras de altísima importancia descubrió su doctrina el señor Granado; puso su gloria en la exposición verbal de la ley del Señor; fundó edificios que guardarán su tumba con respeto; y demostró que la fecundidad moral del catolicismo no está agotada; por ello no perecerá su memoria y su nombre será recordado de generación en generación. *Non recédet memoria ejus, et nomen ejus requirétur á generatione in generationem.*

I V

AL travez de todos los rasgos de una completa dedicación al ministerio de las almas, se nota ya la valiente firmeza con que el Ilustrísimo Granda, se entregó al cumplimiento del deber sin tregua ni descanso; no obstante hay un orden de sacrificios personales, que acabará de marcar las líneas de su silueta moral. Nos referimos á la constancia con que durante ventisiete años atendió el gobierno de la diócesis de Cochabamba. Pero...¿habéis reflexionado alguna vez sobre la importancia de un gobierno eclesiástico? Es la dirección moral de todo un pueblo sin más elemento que la palabra; sin otro medio coersitivo que el juicio de Dios, demasiado remoto para espíritus materializados por la pasión; sin más recompensa que la satisfacción de la propia conciencia. Es el desempeño de un juzgado, de una policía, sobre una porción docta, convencida de su importancia, acostumbrada al respeto general. Es el apostolado de las grandes consultas, de las correcciones más delicadas, de la conservación de depósitos como la fé y la disciplina, contra las cuales conspiran incesantemente la nove-

dad y la soberbia. Un gobierno eclesiástico obligaba por consiguiente á lograr un predominio moral, harto difícil de obtener sobre multitudes, á una prudencia esquisita capaz de imponerse sobre canonistas versados, á una vigilancia sapientísima que pueda impedir la acción corrosiva de los tiempos. Apreciando con justo criterio la tensión de espíritu que es preciso soportar en ese cargo, se puede considerar la firmeza de carácter que distinguió al Prelado de Cochabamba. Ni su reiterada renuncia de la mitra dice en contrario, porque su obediencia á los mandatos pontificios que le imponían permanecer á la cabeza de su grey, manifiestan aun más energía para aceptar una intimación al martirio lento del deber.

El Ilustrísimo Granado supo llevar en su administración espiritual, á la realidad el consejo de San Ambrosio. "Es preciso unir la severidad con la dulzura, hacer de ambas un feliz temperamento, de manera que los súbditos ni se irriten por un rigor extremado, ni se relajen por una indulgencia excesiva. *Miscenda ergo est lenitas cum severitate, faciendum quoddam ex utroque temperamentum, ut neque multa asperitate exulcerentur subditi, neque nimia benignitatem solvantur*"; y gracias á él, tuvo



el consuelo de conservar una dichosa paz en esa diócesis, cuyas parroquias rurales visitaba con frecuencia y atendía con la administración de sacramentos y de la palabra divina. En esas peregrinaciones penosas, era donde principalmente lucía esa humildad venerable, que jamás debe faltar al superior, como nunca debe quitarse al inferior el peso de la autoridad. *Nec autoritas desit inferiori, si res poposcerit, nec humilitas superiori.*

Un gobierno desempeñado con tanto acierto no podía menos que llamar la atención general, la que en forma de premio honorífico fué interpretada por el Poder Legislativo y por el Ejecutivo, en sentido de elevar al señor Granado á esta Sede Arzobispal; pero los hombres que consultan desinteresadamente la voluntad de Dios y la de los pueblos, solucionan estos casos con santo magisterio. La renuncia del señor Granado, impuesta por otra parte por sus diocesanos, aseguró con paso magnánimo el porvenir de la silla primacial de la Plata, y de la episcopal de Cochabamba. Como acto de plena satisfacción á esta Capital y de acatamiento profundo al nuevo Arzobispo, vino después el señor Granado á gozar del hospedaje de ambos, con motivo de la celebración del Concilio Platense en 1889.

Tampoco hubo descuido el señor Granado, la reunión de las santas asambleas eclesiásticas en su diócesis, ya que ellas son el foco de esas reformas restauradoras de la honra de la religión y de la dignidad del culto. El Sínodo de Cochabamba se hizo notable, por haber sido el primero de los celebrados desde el advenimiento de la República y por sus sabias disposiciones vigentes.

Así en larga é incontrastable carrera gubernamental, empezada á los veinticinco años de edad en la Vicaria Capitular en Sede vacante de Santa-Cruz, seguida en el vicariato del ejército constitucional del General Achá, en el provisorato primero y luego en el episcopado auxiliar de Cochabamba con el título de Obispo de Troade, *in partibus infidelium*, y coronada por la propiedad de la misma diócesis de Cochabamba, dió muestras remarcadas de su amor al trabajo el señor Granado; y del mismo modo en las cuestiones en que se interesaba la independencia eclesiástica, supo afrontar el peligro, ofrecerse al sacrificio, según resulta del valoroso memorial que dirigió al General Melgarejo, reclamando el derecho de formar aranceles parroquiales.

Si la fuerza de las almas, es la robusta consagración á los deberes que les corresponde cumplir,



ved el hermoso panorama en que aparecen las obras del Ilustrísimo Granado, y recordad que el final de su visita pastoral á la Provincia de Arque. está señalado con el crespón de duelo que la muerte dejó sobre sus restos.

No ha de crecer el musgo sobre la tumba del señor Granado, el polvo del olvido no ha de borrar su nombre, porque la Historia recibiendo el atestado contemporáneo, lo ha de guardar como prenda querida del campeón del deber episcopal, como recuerdo del Santo que sobre la tierra no tuvo más gloria que la obediencia á la ley del Señor. *Ipse palam faciet disciplinam doctrinae suae, et in lege testamenti Domine glorietur..... Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiratur a generatione in generationem.*

V

ORNAMENTO ilustre de la Iglesia fué el dignísimo Obispo, cuya muerte lamentamos. Con su recuerdo aun podemos convencer al eséptico de la eficacia de la caridad sacerdotal, de la fecundidad moral del catolicismo, y al creyente podemos pre-

sentar un modelo de virtudes sublimadas por la fortaleza.....Pero, ¡ha! con su vida teníamos un espectáculo de religión, una señal de las misericordias divinas, y no es bastante el nimbo de gloria que orla su sagrado nombre para detener el duelo, que mientras más pase el tiempo será más aservo. Sus hermanos en el episcopado tenían un manantial de valor y fuerza en su palabra y en su ejemplo; la patria un Pontífice de alto valimiento en los altares de Dios, y no pueden comprender de pronto los unos su orfandad, y la otra la pérdida de aquel hijo, que tantas coronas de honor hizo depositar con las demás naciones sobre su frente.

Todos buscamos un lenitivo en esta fúnebre ceremonia, donde los honores postreros se han agotado; en la que se agitó la sangre de las eternas recompensas para glorificar en la inmortalidad al que los pueblos llamaron «el Santo»; cumplimos con el deber del cristiano entregando el espíritu del señor Granado á las misericordias del Altísimo; más ¡ay! cuántas veces todavía deploraremos la falta de aquella representación celestial, que en la tribuna sagrada nos refería en lenguaje moral las fruiciones de la eternidad, y se presentaba en los altares con las palmas de la castidad, el báculo de la caridad, y el in-



.....

Padres de familia, guardad la memoria de aquel Prelado, que si fué grande por su inteligencia lo fué tanto más animándoos y acompañándoos en la tarea bendita de trabajar por el bien futuro de la patria y de sus altares. La verdad, la justicia y el valor para defenderlas, jurad que amareis en vosotros y en vuestra generación para ser dignos de este siglo, ilustrado en vuestra patria, con el monumento

de altas virtudes de un conciudadano vuestro.

Señores Sacerdotes: hemos conocido un santo; él era nuestra legítima gloria, nuestra cumplida bendición, la flor purísima de nuestra Iglesia..... Dios le ha tomado para sí, deploraremos su traslación con la convicción íntima de la esperanza cristiana: contaremos sus virtudes mientras vivamos, para asociarnos á ellas.

Diócesis de Cochabamba ¿quién no acompaña tu intenso, tu profundo duelo? ¿Quién no repetirá en esta hora de tu desgracia, con San Gregorio: el pueblo infeliz llora, porque no puede gozar largo tiempo de las bondades de tal Pastor, *sed infelix populus civitatis lugendus est, qui pastorem talem diu habere non meruit?* ¿Quién no llorará contigo la pérdida de tu padre, de tu amigo y de tu brillantísima corona de alegría, de honor y de gloria? Pueda volverte á la resignación, la parte que toman tus hermanas en la aflixión que te abrumba, la nobleza con que te prometen guardar tu nombre asociado al del señor Grana- do, y el recuerdo de que los santos no acaban su misión en este mundo, sinó que la amplian y perfeccionan en la presencia de Dios. Eras grande en la e- popeya de la independencia, eras de las primeras por tu valor en la defensa de la patria, acaso faltaba á

tus preséas una bella gloria religiosa que se añade á tu patrimonio histórico. Que tus justas lamentaciones muevan al Padre de las misericordias á perpetuar las virtudes de tu último Obispo en tu silla episcopal.

Señores. Que el duelo nacional simbolizado por las banderas enlutadas de la patria; que el clamor de la Iglesia levantando la hóstia de salvación, sean acogidos y confirmados por el Cristo en sus juicios eternos; y el espíritu del Ilustrísimo señor Francisco María del Granado, represente á Bolivia católica en los cielos: Amen.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL CURA DE LA
CATEDRAL

Dr. Manuel María Alcócer,
EN REPRESENTACION DEL PARROQUIADO.

Señores:

ABRUMADO por el dolor y torturado por melancólicos pensamientos, vengo como representante del Venerable parroquiado, á verter lágrimas amargas sobre los restos venerandos del Ilustrísimo señor doctor Francisco María del Granado y á deplorar la pérdida de este gran hombre, de este génio tutelar del pueblo que ha llenado toda una época de la historia más notable de nuestra Iglesia.

Entre los Obispos que la Divina Providencia ha

colocado en la Diócesis de Cochabamba, desde su fundación, el más sobresaliente ha sido sin disputa el Ilustrísimo Granado. Ninguno ha reunido en grado tan eminente las prendas del corazón, las virtudes evangélicas, el ornato de una educación fina, culta, insinuante y agradable, los dones de una inteligencia viva, profunda y penetrante, una instrucción teológica vasta, extendida á los demás ramos del saber humano y las dotes de una elocuencia arrebatadora como orador sagrado, hasta el punto de que dudo que haya alguno en Sud-América que le iguale en este orden. Recuerdo haber escuchado los primeros sermones de nuestro eminente Obispo, cuando éste era aun joven. Tronaba desde el púlpito, con su voz robusta, sonora y metálica, en frases fulminantes y palabras de fuego contra los vicios de la sociedad. Su impetuosa elocuencia, me recordaba entonces á Masillón en sus sublimes arrebatos.

Atraía los corazones por las inocentes emociones de la virtud; vencía las pasiones por la vehemencia de la reprensión, ganaba la imaginación de su auditorio por el brillo seductor de las figuras oratorias. Su celo ardiente por la virtud y santidad de las costumbres, fulguraba en sus enérgicos discursos, y algunas veces era tal su vehemencia que arrasaba á

su auditorio en lágrimas, mezcladas de gemidos y gritos de arrepentimiento. Me tocó escuchar esos discursos recién entrado en la juventud, en aquella edad en que las emociones recibidas son ardientes. Las palabras del orador atravezaban mi alma como saetas de fuego, y las impresiones q' entonces recibí, vibran aún en el fondo de mi existencia. Llegado á la edad madura, sus sermones, eran una admirable concentración de profundos pensamientos y de una lógica que imponía el convencimiento, sin dejar de estar animados de elocuencia reposada y magestuosa.

El ilustre Obispo ha señalado su episcopado con rasgos de perseverancia y de gloria. En efecto, en una época, en que el Seminario era más bien una sombra de institución que una realidad, porque la tutela peligrosa del Estado gravitaba sobre él, ha removido al impulso de su prudencia, sagacidad y talento una montaña de obstáculos que dificultaban la realización de aquel plantel. Para llegar á ese fin laudable, venció las resistencias de los ministros de Estado con paciente esfuerzo, hasta lograr establecerlo en local propio y sobre sólidos fundamentos.

Se gozaba en cooperar y sostener la formación de las asociaciones piadosas para cultivar las virtudes y las casas de beneficencia y enseñanza, entre las que



se cuenta el establecimiento de las Hijas de María, debido á él; plantel que rinde en el orden moral y en el régimen práctico de la vida, ópimos frutos.

Rara habilidad tenía para apaciguar descontentos, cortar los litigios y desarmar envidias que tendían á la hostilidad. Su dulzura y mansedumbre, han producido mejores efectos (en los corazones dóciles) que la severidad y el rigor, de tal manera que los culpables llegaron á temer más la acción de su dulzura y lágrimas que cien penas. Su máxima era esta: «con el vinagre no se cazan las moscas, sino con la miel.»

El Sínodo ó Concilio Diocesano que con supremo esfuerzo, consiguió reunir en esta ciudad, dió la medida de su alto talento y de su erudición en materias teológicas. Los sesudos y brillantes discursos del joven Obispo fueron la lumbrera de tan respetable asamblea. Finalmente, el último Concilio provincial reunido en Sucre, ha dado á conocer la importancia de sus dotes culminantes, ante la sociedad culta de la capital. La labor paciente del génio que funda y afianza instituciones benéficas, que manda construir monumentos que desafían al tiempo, que lega á la posteridad el tesoro de sus conocimientos y experiencia, vale por siglos en la vida de la humanidad.



Todo esto lo ha hecho el Ilustrísimo Granado. La luz que brilla en la augusta frente de este ilustre Prelado, irradiaba desde el fondo de su alma noble y de su conciencia pura.

No podía contemplarlo en el templo sin enterneamiento. La dulce apacibilidad de su rostro; su humildad constante que se notaba en todos sus actos; la elevación de su alma que resplandecía dulcemente en sus facciones serenas; la tranquilidad y mansedumbre que rodeaba toda su persona; su corazón todo compasión y caridad hacia los infelices, hacían de él un tipo de perfección cristiana.

¡Ah! señores, las virtudes que brillan en las palabras y obras de un justo nos recuerdan á Cristo Redentor y nos hacen creer en él; nos aproximan á Dios dándonos una idea clara de la misericordia Divina, porque los santos son como los satélites del Sol de la eternidad cuya luz y effubios de vida moral, reflejan sobre los mortales de este triste planeta.

No podía ver la desgracia sin emoción y sentimiento. Su renta episcopal fué el patrimonio de los pobres y socorría una porción de miserias sin nombre que se ocultan á los ojos de la curiosidad. Abría su mano munificente á los menesterosos con el gozo de un Obispo y la libertad de un príncipe.

Una carrera tan brillante y hermosa llegada al mediodía de la vida, parecía presagiar una tarde apasible, una vejez rodeada de cuidados y de homenajes; pero ¡ay! no ha sido así. El término de su destino había llegado para él, y la hora de la orfandad sonó para esta desolada grey. Así lo ha decretado la Providencia. ¡El dolor señores! se inquieta y se queja.....la religión y la razón callan todavía. ¡Ah! Su pérdida es una calamidad pública. La muerte ha destruido uno de los factores más poderosos del progreso social, del bien, de la virtud y del apostolado de la palabra evangélica.

El ángel del bien, de la religión y de la paz, ha tomado su vuelo hacia el cielo, después de esparcir en esta región de la tierra el aroma de la verdad, después de haber transfigurado, con la luz pura de su conciencia y de los eflubios de su virtud celestial, el espíritu naciente de este pueblo; después de haber dejado en nuestro poder pedazos de su corazón y los reflejos de su alma, como prendas de nuestra eterna gratitud.

¡Adios amoroso, dulce padre y nuestro protector! Adios providencia de esta sociedad! ¡Adios cisne encantador! Apagásteis de súbito y para siempre

la armonía de vuestros trinos melodiosos, después de haber hechizado nuestros oídos con los acentos de un canto dulce y angelical! ¡Adios! gozad del galardón eterno que os ha preparado el Dios de las misericordias, en premio de vuestras grandes virtudes y heroicos sacrificios. Habeis alcanzado la felicidad y nosotros apuramos la copa del dolor y de la desgracia.



Discurso pronunciado

POR EL PRESBITERO
DR. BASILIO ARÉBALO.

SACABA, SEPTIEMBRE 25 DE 1896.

*Tibi derelictus est pauper: órphano tu crí
adjutor.*

A tí se te ha dejado el pobre, tú serás auxi-
lio del huérfano.

En el libro de los Salmos, Cap. 9. v. 38.

No pasa más que un año señores, que en una de nuestras vecinas Parroquias, y con ocasión del tristísimo aniversario que hoy conmemoramos, dirigía mi pobre y desaliñada palabra á los que me escuchaban, con el corazón penetrado por el más intenso dolor, y con los ojos arrazados por el más amargo é inconsolable llanto, al deplorar la inesperada y nunca bien llorada muerte, del Padre más solícito y cariñoso, del más Santo y sábio de los Prelados, del varón más preclaro y eminente, honra y prez del Episcopado Sud-Americano, del que fué en vida el apoyo del huérfano y desvalido, el protector del mendigo,

el consuelo del menesteroso, de nuestro digno y amado Obispo doctor Francisco María del Granado, quien, al desaparecer de en medio de nosotros, ha dejado un vacío inmenso, y que no se llenará sinó después de mucho tiempo, porque hombres de su elevada y gigantesca talla, hombres dotados de sus altas y relevantes cualidades, Dios manda al mundo, cual grandes y luminosos faros, colocados á trechos en el camino de la viagera humanidad, para que ilustrándola con sus luces y talentos, y edificándola con sus ejemplos y virtudes, conduzcan á sus semejantes por los senderos del bien y de la verdad.

Uno de esos hombres ilustres y prominentes, uno de esos genios esclarecidos y célebres, fué el Ilustrísimo Granado, quien desde sus más tiernos años, revelaba ser andando el tiempo, una brillante lumbrera, distinguiéndose y sobresaliendo á sus compañeros, por su extraordinario y claro talento, por su profunda humildad; por su trato dulce y afable, su carácter noble y desinteresado, y más que todo, por su caridad y compasión, con las faltas y miserias propias de la humana flaqueza; cualidades todas que presagiaban para el joven Granado, un porvenir dichoso y feliz.

En efecto, una vez llegado el Ilustrísimo Granado,

á esa edad la más crítica de la vida, edad en que se vacila y se estremece el hombre más esforzado, sin poder elegir el estado que pueda ser más á propósito para ser útil á la sociedad y conseguir su eterna felicidad, él, conociéndose á fondo, y creyéndose íntimamente ser llamado por Dios, á esa carrera la más digna y santa, cual es la carrera del Sacerdocio, resuelve de una vez y para siempre, romper con los alhagos y seducciones mundanas, despreciando con ánimo varonil, un porvenir halagüeño que le depara, el rango y comodidades de su ilustre familia, la cual no vacila en acceder á sus inclinaciones, haciéndolo ingresar entre los Ministros del Señor.

Es entonces cuando Granado, muy joven aun, ordenado de Sacerdote, y poco después consagrado Obispo auxiliar, por el mismo Prelado que le confirió la primera tonsura, principia á brillar como una refulgente antorcha puesta por Dios, para difundir la luz de su doctrina y ejemplo, en medio de la sociedad Cochabambina, desempeñando con ese tino, sagacidad y prudencia, que le eran peculiares, los cargos más difíciles y delicados: ya de Profesor del Colegio Nacional, ya de Capellán del Monasterio del Carmen, ya de Prebendado del Coro Catedralicio, más después Vicario de Ejército y Vicario Capitular de Santa Cruz, y



últimamente de Obispo, cargo en el que como todos lo saben, sobresalió por su acendrada bondad, y su ilimitada caridad, para todos y cada uno de sus amados diocesanos, y cargo señores en cuyo desempeño, ha saboreado sereno é imperturbable el acibarado cáliz de atroces desengaños, de infidelidades amargas y de negras ingratitudes, con la paciencia y heroísmo de un verdadero mártir, hasta entregar su alma á Dios, quejándose de sentir *angustia* en su pecho.

Y cómo no había de ser así señores, si como lo dijo en esos días de su fallecimiento uno de nuestros escritores, que ese corazón era un Banco, ¡extraño Banco! donde todos depositaban sus quejas, sus dolores y aflixiones ¿donde la desconsolada madre, la atribulada viuda, el infeliz mendigo, el desamparado huérfano, encontraban junto con el socorro material que aplacaba sus necesidades, el consuelo y el aliento que levantan las fuerzas del que sufre y padece? si á ese corazón acudía el que ya más no podía diciendo confiado lo veré al Obispo?

Y como á mí me consta señores, de la presencia de ese varón santo, nadie salía desconsolado, si alguna vez, las indispensables erogaciones de su pesado cargo, le privaban del grato placer de hacer caridad, no vacilaba en obsequiar al que le pedía, has-



ta lo más estimable y valioso que poseía. Enumerar señores, detalladamente, todas las virtudes públicas y privadas del Ilustrísimo Granado, relatar sus nobilísimas acciones con una breve oración como la presente, sería una tarea demasiado larga, y ella está reservada á otra clase de personas.

Entretanto, queda cumplido señores un deber exigido por la gratitud y el reconocimiento, á que todos, cual más, cual menos, estabamos obligados á la imperecedera memoria de nuestro amadísimo Padre, que tanto se ha desvelado por nosotros, y que con tanta solicitud ha trabajado por nuestra temporal y eterna felicidad.—Y ahora, que ya no tenemos la dicha de verle, ya que no podemos escuchar su elocuente y facinadora palabra, y contemplar su simpática y amabilísima fisonomía, en el púlpito, en el altar, y en su dulce trato familiar; solo nos resta elevar al cielo incesantes y fervientes plegarias, por el feliz y eterno descanso de su alma, y después señores imitar, y más que todo practicar en la medida de nuestras fuerzas, y según nuestro estado y condición, las grandes y exelsas virtudes de que en vida fué modelo y ejemplar, para de ese modo recibir como él, el justo homenaje del amor y gratitud de todo un pueblo, que en el día de su inhumación exclama en medio de su dolor:

*A tí se te ha dejado el pobre, tú fuiste auxilio del huér-
fano. «Tibi derelictus fuit pauper: orphano tu fuisti
adjutor.»*

¡Sombra querida y veneranda del más amable
y cariñoso de los Padres ¡sombra querida del más
santo y sabio de los Prelados,! si como sinceros cató-
licos creemos que el hombre cuando muere, no muere
todo él, sí como no lo dudamos, vuestra alma goza a-
llá en el cielo de la visión beatífica, hoy, aniversario
primero de nuestra temporal separación, ruega al Dios
de clemencia infinita, por todos y cada uno de vues-
tros afligidos y huérfanos diocesanos, especialmente
por aquellos a quienes distinguísteis en vida, con
vuestro particular cariño y predilección, alcanzándo-
les aquello que les sea más necesario y conducente,
para terminar su peregrinación en esta tierra de llan-
to y de miseria, donde los habeis dejado solos y sin
consuelo.—Y sobre todo, alcanzadnos de aquel, de
quien procede, toda dádiva óptima y todo don perfec-
to, un Sacerdote, dotado de un corazón conforme al
corazón de Dios, que reemplazándoos en el penoso y
difícil cargo del Episcopado, conduzca y guie vues-
tro rebaño, desde las áridas y desiertas playas de este
mundo, á las fértiles regiones de la dichosa eternidad.

Entre tanto descansad en paz.

Discurso fúnebre.

PRONUNCIADO POR EL PRESBITERO

Dr. Manuel Erasmo Arze.

Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reded mihi Dóminus in illa die Justus Judex.

Buena batalla he peleado, he acabado mi carrera, he guardado la fé. Por lo demás me está reservada la corona de la justicia, que el Señor Justo Juez me dará en aquel día.

S. Pablo. Ep. 2ª á Tim. Cap. IV. v. 7. 8.

SEÑORES:

¿QUÉ contemplan en este momento desgarrador nuestros ojos bañados en lágrimas? El eco de qué siniestro acontecimiento ha empalidecido nuestros semblantes y sumido el espíritu en un mar de abatimiento y desolación?

Nuestra actitud elocuentemente dolorosa lo dice con una sola palabra ¡la muerte!.....punto final del resumen de todas las grandezas y amarguras del hombre sobre la tierra!

Cúmplenos, señor, llenar el triste y doloroso deber de dar el último adiós al padre que nos deja huérfanos en la hora suprema de la separación eterna. Tócanos pronunciar esa palabra sobre los venerandos restos del Pontífice sagrado, palabra que sintetiza cuanto puede sentir un corazón amante transido de dolor al golpe fatal de la pérdida de una gran lumbrera, irreparable; palabra que deja escapar del fondo del alma el sentimiento comprimido por un grito que proporciona el desahogo al quebranto en la hora de las supremas ansiedades; palabra en fin, la única que el lenguaje del dolor, al bordo de la tumba, ha encontrado para expresar su profunda amargura.....¡adiós!.....

¡El dolor!.....ardientes lágrimas, gotas de llanto que el alma vierte sobre el corazón cavando, cual si quisiese sepultar en él la memoria de una sombra querida, ocultar para siempre la última luz de ese gran destello de la divina esencia que pasó como el sol brillando y derramando sus beneficios!

¡El dolor!.....no tiene forma ó talvez sea

la de las lágrimas que corren, no tiene más expresión que el silencio sombrío entrecortado por hondos suspiros y gritos desgarradores que exhala el alma atribulada.

Quisiera pintaros con los colores más melancólicos, con expresiones bastante amargas, para que podáis tomar todo el peso abrumador de la fatal pérdida del hombre más grande, que era la perla del Santuario, el brillo de la ciencia, gloria del Parnaso boliviano, el esplendor de Cochabamba, orgullo de la Nación y honra del Continente Americano. Quisiera hablaros de la gran Columna de nuestra Iglesia, cuyo desplome inesperado ha conmovido en sus bases nuestra sociedad, haciendo vibrar más que nunca las delicadas cuerdas del sentimiento que vemos traducido en el llanto general. Quisiera, señores.....¡oh vano empeño que cae al pie de mi impotencia. El sagrado coloso me abruma como la montaña al polvo, con el gran poder de su inteligencia; me impone silencio el genio de su elocuencia. El poderoso y sublime eco de su palabra arrebatadora, nos hace temblar todavía como el estallido de un rayo omnipotente en el fondo del Santuario. La ternura incomparable de la bondad sin límites, fiel reflejo del atributo de Dios, encarnada en la alta per-

sonalidad del ilustre Prelado, junto con esa sonrisa angelical que brillaba como un reflejo divino en su fisonomía simpática, nos hace palpar el corazón.

Señores, si la Europa tuvo la dicha de poseer al inmortal Bossuet, la América ha tenido la gloria de contemplar á otro quizá igual ó superior en el poder de la palabra; pero siempre más elevado por las excepcionales prendas que embellecían, sublimaban al immaculado Pastor, al amante Pontífice Dr. Francisco María del Granado.

Quizá más que otros habeis conocido en la intimidad del trato el esplendor de esa alma, la grandeza de sus virtudes, que rompiendo la capa de la modestia, salía como el perfume de las flores á embalsamar el ambiente social. El aroma de su santidad hacía temblar y caer de rodillas por una influencia misteriosa, al libertino de inteligencia y de corazón, infundiendo en todos profunda veneración y respeto, atrayendo como el imán, ante la grandeza de su alma encerrada en una mediana estatura física.

Su constante consagración al cumplimiento de elevados cargos sacerdotales, la energía de su genio oratorio desplegada durante 36 años en la Cátedra sagrada, su labor episcopal por el espacio de 27 años con tanta lumbré, competencia y honra del Episco-

pado universal, su caridad evangélica, que le hacía copia fiel de la dulce bondad del Salvador, ejercida con todos sin excepción de condicionalidad social; sus servicios en altas horas de la noche en los hogares desolados, donde el médico espiritual batallaba con la muerte eterna en el lecho del dolor, llevando la palabra de perdón al moribundo y el bálsamo del consuelo á la familia enlutada, que recibía en sus reflexiones dulces la resignación santa, como palabras del mensajero celestial; penetrando donde quiera con igual solicitud al triste tugurio del miserable, como al lujoso salón del potentado, prodigando doquiera raudales de su tierna bondad paternal.....

Nunca, nunca, señores, podríamos terminarla indicación sola de las virtudes que en su conjunto embellecían á aquella alma predestinada á obrar sólo todo el bien posible en la tierra; nunca podríamos acabar la indicación de la excelsas prendas personales: su candor, su esquisita afabilidad, el dulce timbre de su voz encantadora, la expresión conmovedora y apasible de sus ojos, el poder fascinador de su espíritu, nunca podremos encarecer, cual lo merece: el corazón no tiene toda la fuerza necesaria para sentir y el lenguaje carece de palabras para expresar.

¡Veis, señores, todavía, todavía la veis á esa



cándida paloma cruzar nuestras calles derramando su bendición, veis todavía apiñarse al pueblo para besar aquella mano bien hechura providencial, escucháis todavía brotar de aquellos benditos labios palabras de amor, palabras de consuelo; veis todavía esa santidad personificada, esa alma justa que detenía el brazo de la justicia del altísimo quien sabe de qué desventuras, de qué calamidades en justa sanción de las iniquidades de este pueblo!.....

¡No es posible, señores, encarecer suficientemente la alta figura del ilustre personaje que por sus eminentes dotes se hizo el objeto digno de la veneración y del amor de todos.

Bástame decir en última palabra, que con la muerte del gigante orador, Bolivia pierde al eminente genio admirado por otras naciones quizá como un reproche dirigido á nosotros, que, no conocíamos la joya celestial engastada en este cuerpo para apreciar tal como lo merecía; los altos poderes de la República, al, consejero prudente que ahorraba tardíos arrepentimientos de resoluciones precipitadas; la Iglesia boliviana su más robusta columna; Cochabamba, su gloria, su esplendor, su lujo, la joya que no volverá á encontrar jamás, el Clero ¡el Clero, señores! ¡Pobre Clero!.....al denodado, al ti-

tán defensor, al antemural de sus intereses; la Diócesis entera, al tierno y amante padre, al amparo de sus desventuras, al paño de sus lágrimas; la sociedad, al guardian de su libertad, al Angel tutelar, al promovedor de instituciones benéficas; las familias al sostén, al reparador de sus discordias, al único armonizador de sus hogares, porque no había poder humano que resistiera á la ternura y dulce acento de su palabra arrobadora; el amigo, el sufrido, el desgraciado, el confidente, joya inestimable de sus cariños, al que compartía de sus penalidades restañando las llagas morales y ocultando cualquier secreto que se le confiaba en el fondo de su alma; el mísero hambriento á la Providencia que con mano oculta le proporcionaba el pan; el infortunio su consuelo eficaz; las virtudes, su más alta personificación en nuestro ilustre Pastor.....¡Todo se ha perdido!.....

¡Cátedra de la verdad: cayó el majestuoso cantor de la sangrienta tragedia del Gólgota! cayó el esplendor de gloria! cayó el augusto intérprete de los dolores de la Pasión del Redentor ¡cayó el intérprete del sentimiento! cayó nuestro amor, nuestro consuelo, nuestro amparo!.....

¡Talvez nos aplace ante el Tribunal supremo del pcco fruto de sus fatigosas labores en más

de 36 años de su predicación incesante! ¡Talvez seamos responsables, juventud, á vosotros me dirijo, sereis responsables un dia, resuene bien esta palabra en vuestro corazón, sereis responsables de los trabajos de nuestro ilustre difunto padre, en presencia de la Justicia Suprema, sino copiais alguna de las virtudes de este modelo de identidad más aproximada al original, el Divino Jesús!

Resuene, señores, en el fondo de nuestro corazón el eco de su sublime palabra. Conservemos su memoria en el sublime conjunto de las enseñanzas del Cristianismo que nos ha legado el ilustre Pastor que nos deja para siempre especialmente la fé, la caridad, la bondad que tanto nos ha inculcado con sus luces, con su palabra, con sus ejemplos, la fé, especialmente, sin la cual ninguna institución social puede subsistir; sin la fé no hay honradez ni se pueden servir los caros intereses de la Patria con esa abnegación del gran republicano que lloramos, "sin la fé no podemos agradar á Dios," (*"Sine fide imposibile est placere Deo"*. S. Pablo.)

Fructifique la semilla que ha sembrado y nuestro corazón sea la tumba de su imperesedera memoria. ¡Adios!...tierno y amante padre ¡nuestra separación no sea tan cruel! ¡Ya que nose abren esos

labios ni fulguran ya vuestros ojos, interponed al Eterno en la mansión de la inmortalidad, una ferviente oración, una tierna plegaria por la felicidad de esta desgraciada República, por esta desconsolada ciudad, por esta grey desconsolada!.....

¡Adiós! prenda querida, habeis recibido ya la corona de vuestras virtudes y la palma de vuestras victorias allá..... y aquí para nosotros, queda el vacío, el dolor, la orfandad!.....

Cochabamba, septiembre 28 de 1,895.

Discurso dirigido

À LA MEMORIA DE U. S. ILUSTRÍSIMA

Dr. FRANCISCO MARIA DEL GRANADO,

POR EL PRESBITERO

Dr. EZEQUIEL ARZE.

Opera Dei revelare et confiteri honorificum est,

(Job XII 1.)

SEÑORES:

ENTRE los distintos cargos q' el hombre puede desempeñar, no hay uno que se pueda comparar con el sacerdocio. La misma magestad real tiene que inclinarse ante la magestad del sacerdote. El Rey,

domina desde la cumbre de las sociedades humanas; pero su autoridad, aun cuando sea la más absoluta, no se ejerce sinó en un orden subalterno y en provecho de intereses que el tiempo mide. El sacerdote sube más allá, se cierne entre las celestes bóvedas del em-píreo y penetra por su carácter de tal, hasta en la eternidad. Del Rey se podría decir que es tomado de entre los hombres y constituido para ellos en lo que es del hombre; pero, el *sacerdote* como dice el apóstol, es tomado de entre los hombres, constituido para ellos en lo que es de Dios (1). En él se encarna el pueblo para acercarse al Señor, en él concentra sus oraciones y sus votos la sociedad religiosa, para ser más eficaces; en él, se imprime más expresiva, más viva y más augusta que toda autoridad de la tierra, la imágen de la Divinidad para derramar sobre el mundo las bendiciones del cielo; él habla en nombre de los hombres y obra como habla y obra en nombre de Dios. El es el hombre público por excelencia, el ser sagrado. Su nombre expresa lo que es y lo que hace.

Esta alta idea del sacerdocio no es una novedad, señores, se la encuentra en los orígenes de la sociedad y en la historia de todos los grandes pueblos.

(1) Heb. v. 1º.

Ahora bien oidme señores católicos, ¿por qué están enlutados vuestros ojos con las quemadoras lágrimas y heridos vuestros corazones con tremenda llaga? ¿Por qué vuestros altares enlutados, dominando en vuestras calles y plazas el espanto y la pena? ¡Ah! señores: no podemos más oprimir en nuestros corazones sin desirlo de una vez. Pasamos al presente por un escenario de cruento dolor en este paraíso del nuevo mundo: que nuestro sol venéfico y de la más viva esperanza se eclipsó con el manto intenso de la eternidad.....! ¡S. S. *Ilustrísima Dr. Francisco María del Granado!* ¡Aquel sol de los soles de Sud-América, cuyos rayos penetraron hasta los confines del anciano mundo.....! ¡Ah! qué contraste es este Dios mío! necesitábamos á él, como al *Leon Fuerte de Judá*, y nos lo quitáis! ¡Oh! Dios de bondad: apiadaos de nosotros, salvadnos en la deshecha tormenta que nos circunda. ¡No veis destrozados casi los baluartes de las vírgenes de Judá y hambrientas y desaliñadas y víctimas del más cruel abandono las vírgenes de Jerusalén.....! El Pastor, está herido y el rebeño por doquier! ¡Oh! hasta cuándo ha de pesar sobre nuestras cabezas el anatema que lanzárais en vuestra justa indignación contra esta república dolorida! Llegue el momento



de vuestras misericordias y amanezca de la piedad el rubio rosicler de la mañana?.....

Si señores: si no hubiéramos visto que el *Es-
píritu del Señor habitaba* en nuestro pleclaro é ilustre
Pastor; sinó hubiéramos visto que el Dios de Israel,
se valió de esta santidad candorosa para *apagar la
sed y hartar el hambre* de los pobres; sinó le hubiéra-
mos visto seguir las inspiraciones de Dios y el *movi-
miento de su corazón y sus deseos*; si sus labios no hu-
bieran sido *los depositarios de la ciencia*; si los pueblos
no hubieran recibido de su boca, el conocimiento de
la moral evangélica y la más sana política q' respeta la
ley y el derecho del prójimo, *nuestro Ilustrísimo Dr.
Francisco María del Granado*, no hubiera edificado,
si podemos decir, *casas estables* de amparo para la
orfandad y la miseria; ni hubiera ordenado tantas fun-
daciones religiosas, ni preparado numerosas falanges
y legiones de sacerdotes, que luego se esparcirán por
el mundo «como una especie de red y de cadenas en-
trelazándose con maravilloso artificio»: *quasi in mo-
dum retis et catenarum sibi invicem miro ordine contes-
tarum* (1). Es muy loable el descubrir y publicar
las cosas de Dios.

(1) Prob. 30. 5.

¡Sí, rebaño sin Pastor, comprended y ved, que Dios pone unos hombres cerca de otros para la salvación de todos! Pone al sabio cerca del ignorante, al hombre de fé cerca del incrédulo, al caritativo junto al menesteroso, al compasivo junto al cruel, al elocuente persuasivo junto al entuciasta, y así avienen los extremos para el gobierno del mundo. He aquí, por ejemplo: perece el mundo por la trasgresión, se le promete su redención y sumergido por las vías de la idolatría Dios libra á Israel: tras la batalla de Farsalia muere el Hombre-Dios; y entre las atrocidades del gentilismo llueve sangre del Gólgota. De las persecuciones se levantan los santos; el martirio propaga la fé; y, cuando el Norte se desploma sobre el Occidente, aquellas masas adoran á Jesus. Aflijida estaba la Iglesia con la invasión de los Turcos, habla un hermitaño en el Concilio de Clermón y tras su palabra se arrastran al Oriente medio millon de hombres

Muy bien sabía nuestro mansísimo Prelado, pequeño en estatura ¡pero, grande en su alma, como la palmera, la vida ejemplar y las fervorosas exhortaciones del apóstol de Andalucía!: Dícelo á las claras su *Epistolario espiritual*; enséñalo el mismo Duque de Gandia: publícalo la fama que por *apóstol* le tiene,

y apóstol que ablandó el empedernido pecho de innumerables pecadores. Nuestro elocuente Obispo Granada, solo esperó una palabra encendida, la palabra de Dios, que es fuego para los que esperan en El (1), se siente dominado y subyugado por la unción del santo ministro de Dios. Y aun más todavía puedo decir: si el gran mártir San Sebastian, sufría aquellas saetas, entre ambos podrían convertir en otra lluvia de saetas, que con mucha dulzura y suavidad, rompian el pecho de los pecadores, abriendo las puertas del divino amor. ¡Oh! si fuera posible que penetráramos en los arcanos de esas almas que fujitivas del mundo buscan el amparo de la Iglesia, para hablar con Dios y bendecirle, y anonadarse en su soberana presencia y darles gracias por los trabajos que les envió!

¡Qué cosas buenas diríamos! Qué de almas arrancadas del barro de este mundo y ansiosas de traspasar los cielos! Qué de corazones heridos y cuantas flechas doradas y que suspiros de lo hondo del pecho y qué lágrimas, manando del cristal de los ojos, como fuentes!.....

El Ilustrísimo señor granado, llevaba á tales

(1) Req. libro 3^o. VII 17.

extremidades el amor de Dios que pudiera decir con San Lcorenzo Justiniano: *Vidimus sapientem pro nimietate amoris infatuatum*: vimos al sábio, como infatuado á causa de su excesivo amor. Tan allá fué el apóstol divino que dió á los pobres sus adornos más preciosos de sus vestiduras, testigo no solo yó, miles. ¡Oh charitas!, ¡oh charitas!, ¡oh charitas!—Sería menester que se nos borren todas las ideas que tenemos recibidas desde que nacimos, para dudar de la fuerza de esta sublime virtud por la que el hombre asciende hasta Dios, así que Dios ha descendido hasta él. ¡Pues bien, así comienza el sábio con la humildad y termina con la caridad! Pero, esto no es todo con el señor Granado. Se levantan doctrinas erróneas, soplos del canoso mundo y se estrellan contra su venerable frente. En efecto señores: y bien lo sabeis, ¿cómo se presentó? Como una llama que ondea, como una estrella que dá hermosos resplandores, como un perfume delicado y suave, así parecía siempre entre sus amados diocesanos tiznados por ese deleznable contagio, lo que él, desterró suavemente con la sabiduría de su corazón. Y con esto, amados compatriotas no tardó en ser el cedro que crece ó el olivo que arroja sus brotes, ó el plátano que dá sus frutos á la corriente de las aguas.

El Dr. é ilustre Granado, aprendió de un libro

.....el modo de llegar á una perfección muy grande: él, aprendió la pureza de conciencia, y caminar por el sendero del bien, para dirigirnos por las sendas del Atleta Divino. Renuncia puestos y destinos más honoríficos y todo su consuelo era protegernos hasta su lecho frío y aun más allá de la eternidad. Y, puedo y debo, deciros: al terminar su carrera Episcopal, dijo con acento profético: *Penatrabo omnes inferiores partes tevice, et incipiam omnes dormientes, et iluminabo omnes separantes in Domino (1)* Penetraré por última vez hasta á las inferiores partes de mi Diócesis, y mirare á todos los que duermen é ilustraré á todos los que esperan en el Señor.» ¡Oh! señores: y esta verdad no lo ha sido así. ¡Su mirada adivinaba hasta las raíces del alma! ¡Ah! señores: con menos santidad ¿cómo hubiera podido cultivar la mística viña del Señor, y hacer que fuera fecundo en raras virtudes un campo estragado por los vicios añejos y modernos que no podemos acabar de deplorar! Hortigas, espinas y maleza, estos eran los frutos que el mísero campo llevaba; y, el inmortal Obispo de Troade, con su donosura aparejó.

Ea pues, Srs. y dignos representantes del Cabildo

(1) Eclá

y vosotros, jóvenes católicos y pueblo todo, huérfanos sin Pastor, ofrezcamos en aquella víctima un sacrificio de alabanza, manifestando nuestra gratitud por los grandes é innumerables beneficios recibidos mediante nuestro benefactor Francisco María del Grana-
do. Justo es que proclamemos sus bondades, las bondades que usó con nosotros. Sí, en este templo donde sus venerandos restos yacen. Voces de dolor, y de júbilo y de salvación resuenen en esta morada de los justos; porque la diestra de Dios hizo maravillas Abranse las puertas del Tabernáculo de la justicia y entrando por ellas tributemos al Señor, acompañando nuestros acentos los Angeles, los Arcangeles y los Querubes, todos entonemos aquel himno sagrado *Te-
deum laudamus &c.* Más nosotros los que quedamos en este mundo infeliz, digamos: *Tu autem Domine miserere nobis Amen.*

Ezequiel Arze.

DUELO.

*Y dejas Pastor santo
Tu grey en este valle hondo, oscuro
En soledad y duelo,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro.*

FR. LUIS DE LEON.

HEMOS llorado todos la pérdida del admirable apóstol cuya, existencia, extrictamente arreglada á los severos principios de la moral católica, fué vivo y decisivo argumento contra los sofismas de la impía incredulidad.

Cuán bella, cuán sublime, es esa religión cuyos misterios, practicándola, se ponen tan encima del vulgo de los hombres.

Admirable sin duda, la que puede ostentar entre sus apóstoles á Francisco de Asís, Carlos Borromeo, Vicente de Paul, Francisco María del Granado y otros, que honrando á la humanidad como miembro de la gran familia, dedicaron su existencia á la fecunda obra del bien, no solo combatiendo con perseverante empeño el mal y las humanas dolencias, sinó también estimulando con su ejemplo las buenas acciones y reclutando prosélitos que colaboren en la única obra que jamás, mientras la virtud exista, será censurada: ¡La Caridad!

Ay! mientras entre las humanas flaquezas exista la ambición, Césares y Napoleones, se suscitarán á porfía, prodigando la sangre de sus hermanos y cubriendo de luto á la humanidad, en obsequio de ese vano fantasma q' se llama gloria y cuyo efímero éxito no vale la sangre del último soldado que cae al pié de su trono.

La Caridad, la modesta caridad pasa callada por el mundo, reparando los daños que el orgullo y la ambición amontonan como ruinas, entre cuyos escombros sclozaba la humanidad.

Pero, en tanto que los tronos que la ambición levanta, se derrumban; mientras que los cetros de los poderosos de la tierra, caen rotos en astillas al



impulso de embravecido proletarismo; solo hay un trono que prevalece sobre su sólido pedestal de amor; es el de la Caridadá cuyo torno se agrupa la humanidad, buscando garantías para su existencia.

Los héroes de la ambición y del orgullo tienen su día, ciñen sus frentes de laurel lozano; pero no hay día más corto que el de su gloria, ni flor más efímera que su laurel.

Los héroes de la Caridad pasan modestos hasta el momento en que la humana gratitud les edifica altares, que no se destruirán.

Su gloria será eterna, como es eterna la Caridad hija predilecta del Supremo Conservador del Universo.

Humanidad doliente, agrúpate en derredor de esa sagrada tumba, doblemente santificada por los restos del varón admirable, que fué el dechado de todas las virtudes, y por su llanto de gratitud, lágrimas santas, que bendice Dios.

Humanidad desvalida! llora la pérdida de uno de esos seres que la Providencia puso junto á tí: para consolar tus penas, para enjugar tus lágrimas, para dar la luz da la esperanza en la tempestuosa noche del infortunio.

Y tú, hambre ignorada, miseria desamparada,

pobreza vergonzante, que en silencio te retuerces, sin los auxilios de la amistad ni del parentesco, sin el recurso siquiera del mendigo, que puede sin rubor extender la mona pidiendo una caridad por amor de Dios, llora, llora el llanto de Ugolino..... para tí se eclipsa la esperanza!

Y tu también sociedad católica, que en el momento de la encarnizada lucha ves desaparecer á tu mejor campeón, al héroe del ejemplo y de la ideapobre rebaño sin pastor, llora tu espantoso porvenir.

Irguiéndose está la inpiedad que armó sus tiendas lejos de tí, por miedo á ese atleta que desaparece.....Mírala cual se afana, cual avanza¡Dios Misericordioso! ¿por qué te has llevado á nuestro pastor?

Así lo ha dispuesto la Providencia; por todo consuelo quedan en nuestro templo las reliquias del santo varón á quien durante su vida hemos amado tanto y á quien lo lloraremos por mucho tiempo sin olvidarlo jamás.

Terminó la misión del sacerdote, empieza la apoteosis del santo.

AVELINO AGUIRRE.

Cochabamba, septiembre 28 de 1895.

Ilustrísimo FRANCISCO MARIA DEL GRANADO,

NACIÓ EL 19 DE AGOSTO DE 1,835.—

MURIÓ EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1,895.

PERTENECE á la ilustre pléyade que vino después de la dominación española. Despertó á la existencia en la ciudad de Cochabamba, de la unión legítima del señor Francisco del Granado, natural de Santa Cruz y la señora María Manuela Capriles, distinguida matrona de Cochabamba.

Inició sus estudios en el Colegio Seminario de esta misma ciudad, y, cuando comenzó esa primera alborada de su existencia, su madre tomó entre las joyas que tenía, un anillo de brillantes, diciendo á su marido: «quiero conservar esta joya para mi hijo, la guardaré y cuando la vendición del cielo, le haga Obispo, se la daré por esposa».

Estraña coincidencia! Cuando á la edad de 33

años, era nombrado Obispo de Troade *impártibus infidelium*, aquella madre seña en los dedos de su hijo el más valioso de todos los tesoros del mundo! Era en efecto una inspiración ó un deseo de madre? Parece que el destino hiciera sus misteriosas revelaciones sobre el porvenir de una de estas almas levantadas, que guían la humanidad en los escollos de la vida.....

.....

Encargado del gobierno de la Iglesia de Cochabamba, en 22 de junio de 1,868, fué consagrado en 1,871.

De entonces comienza aquella existencia, más llena de obras, que de instantes. Pero no es este el lugar oportuno para decir cuanto pudiéramos respecto á ese noble corazón, ni esperéis una larga enumeración de sus obras: algunos de su vida, basten á caracterizar la fisonomía moral del hombre, que tan profunda tristeza nos ha causado, con su instantánea desaparición.

Era de regular estatura; llevaba en el semblante impresa la expresión de la clemencia y de la gravedad; sus gestos tenían mucho de encanto; era en su lenguaje, afable y comedido, en su actitud, humilde sin bajeza.

La tribuna fué su puesto de combate. Sólo, ca-

si sólo, se afrontó en la contienda, contra las tendencias de su siglo, sin más escudo que su piedad cristiana, ni otras armas que su elocuencia.

En este orden ha legado á la posteridad, modelos de verdadera elocuencia sagrada.

Hombre de profundo sentido religioso, amó la fé de sus mayores, porque comprendía mejor la Providencia.

Sus virtudes evangélicas, le habían formado una aureola luminosa. Hay hombres que parecen haber hecho profesión del bien, siguiendo los dictados de su conciencia; y lo que fuera un acto de virtud para ese talento esclarecido, era tal vez una debilidad á los ojos del vulgo.....!

La santidad es muy rara en nuestros tiempos. Ah! esos seres, que, al volcar las fojas del breviario, viven en lo infinito, contemplando más de cerca á Dios, son muy superiores á la humanidad.....

Entre los rasgos más notables de su larga carrera Episcopal, es importante el papel que desempeñó en el «*Concilio provincial platense*», cuyas *sinodales* fueron en su mayor parte, resultado de su iniciativa ó llevan el sello de su ilustrada opinión y de sus consejos.

He ahí la columna tronchada por la muerte,

aun antes que los años hubieran emblanquecido su cabeza. Pero él ha vivido como un sabio, y ha muerto como santo.

Había hecho su visita pastoral en medio de las bendiciones de los pueblos del tránsito, y antes de morir, quiso abrazar á sus diocesanos, en la víspera de su magestuosa peregrinación á la otra vida.

Un día después de su regreso, aquella alma generosa, estaba postrada en el lecho del dolor; vivió para el corazón y el corazón le dió la muerte.....

Al exhalar el último suspiro, creyó el santo que la única actitud digna ante Dios, era la de hinojos; y con su voz temblorosa, exclamó ¡«HAGAN INCARME! ¡HAGAN INCARME! ¡JESUS! ¡JESUS!.....» y aquel grito profundo, dejó la huella del dolor impresa entre sus labios, y su eco se oyó en la eternidad.....
.....!

Cochabamba, marzo 30 de 1,898.

Adrian Aneiba.

Rimas.

—
FRANCISCO MARÍA DEL GRANADO.
—

(SONETO.)

En vano está mi espíritu rendido
En pos de una elegía, una balada,
Que fuese á tu memoria consagrada:
Mitad canto febril, mitad gemido.

¡Oh!—Si debiera el porvenir herido
Por el rudo pesar, con mano osada,
Colmar el antro de esa oscura nada
De un monumento en lo inmortal perdido.

¡Virtud y santidad! ¡Filantropía!
Trabajador potente en la oratoria
Y obrero de la idea en la poesía!
.....

¡Ah!—No, los genios que guardó la historia,
Son como tú: construyen á porfía
Su propio pedestal, su misma gloria.....!!

Cochabamba, marzo 20 de 1,898.

Adrian Aneiba.

Recuerdo.

No evoquemos los terribles recuerdos, no los evoquemos sinó como enseñanza y ejemplo.

Busquemos su huella de luz.—En las oscuridades de nuestro penoso viaje; cuando surjan las intranquilas oxilaciones de la conciencia; en los desfallecimientos, cuando la duda muerda nuestra convicción; cuando las bajas pasiones nos arrastran á la ruindad busquemos todos, los hermanos en el dolor, busquemos anhelantes ese luminar que más sube á medida que el tiempo va y por qué buscar lo que no existe? Rotas las jarcias, hecha pedazos la brújula y el buque próximo á hundirse, lanza el marino á los cielos una mirada que pregunta y suplica.—Para qué pide al cielo lo que le niega la tierra?

Es que la intuición de esos lejanos países del alma la tiene el hombre por ser hombre y las márgenes del camino están sembradas de puntos luminosos.....

Nuestro santo prelado era uno de ellos.
Hay que decir quién fué?

Granado, el Obispo, el padre de su pueblo, era en las faenas de la inteligencia obrero convencido.Buscó la verdad, la amó y murió por ella.

Era carácter.—En grado heroico la virtud y murió plácidamente arrullada por sus cantares.

En sentimiento. Amó á los hombres, aun que los hombres lo amaran y murió en el fuego de una ardiente caridad. Esa inmensa hermandad del alma consumió su vida.

Habrá muerte más gloriosa? Morir abrazando la *verdad*, patrimonio de la inteligencia; víctima de la *virtud*, ancla del alma y rindiéndose á los brotes de la caridad inmensa!

Es hermoso y digno del hombre morir así.—

Y entonces, uno se da cuenta porque hay cajas mortuorias que bajan sobre rios de lágrimas, escuchándose por toda plegaria gritos de dolor, zollosos y bendiciones.

Mayo del 98.

Enrique Arze.

Francisco María-

(BÍBLICA.)

I

La sangre hizo estéril la tierra, el invierno mató los pájaros, el verano desoló el campo, y lo que desgarró el hielo, lo consumió el fuego, y el hambre fué en el erial y la sed en el desierto.

II

Entonces el hombre maldijo, y su maldición le repitieron los escuetos montes, y tuvo miedo, y como los lobos buscó asilo en la caverna, y en la oscuridad brillaron los ojos de la *fiera del remordimiento*.

III

Fué el tiempo, y la necesidad azotó el orgullo de los hombres, y la mujer fué madre, y la humanidad

lloró, y la tierra reseca, ávida bebió sus lágrimas.

IV

Entonces Dios se apiadó de los hombres, y en el desierto se alzó una palmera frágil á las brisas, fuerte á las tempestades, y fué la imágen de la esperanza y á su sombra se halló consuelo.

V

Y se nutrió de las lágrimas que á sus pies por ancho cause corrieron, y espigó un lirio blanco que alumbró en la noche, y los frutos de su caridad dieron cosecha á los que no tenían huerto, y la luz fué en los espíritus y el bien en los corazones.

VI

Y el mendigo que se duerme sobre la piedra, le vió alzarse en las alturas, y ser la escala de los ángeles del Señor, que subían la oración de la tierra y bajaban la gracia del cielo.

VII

Más el tiempo es traidor y asecha la dicha de los hombres, y el rayo hiere al que lleva la copa de oro, y apaga la luz en el festin.

VIII

Y las flores que frescas se abren en la alborada, marchitas se apagan al crepúsculo, y así la *planta del amor*, que losana vejetó en el día, á la tarde mística se inclinó á la tierra, porque el sufrimiento hizo reventar su corazón, y la amargura del dolor alejó su espíritu.

IX

Y en sus entornados ojos, se velaron los mirajes de la ternura, y en sus labios se extinguió la dulce nota de su arrullada sonriza, y al tallo que se tendió rígido en el lecho del dolor, el torrente de la vida lo arrastró á su fondo, envuelto en el blanco lienso de sus espumas.

X

Y los huérfanos hijos de los miserables quedaron desamparados, y fué como una familia en que se muere el padre y es la consternación y el luto en los corazones.

XI

Y todos besaron su mano helada y lo labaron con su llanto, y cuando en las lamentaciones se quemó incienso, la lumbre de los cirios reflejó en su frente el nimbo acético de la aureola de los santos.

XII

Y desapareció entre el polvo del camino, y la eternidad fué con él, y entonces se oscureció el horizonte, iluminándose á instantes con los tremecientes resplandores de una lejana claridad que se disipó ligera, confiando á la memoria de los hombres, la historia de un ángel que cruzó la vida, bajo las formas de ese bello arapo que se llamó:—FRANCISCO MARIA.

Abril de 1,897.

M. C. A.

DISCURSO

DEL PRESIDENTE DE LA CORTE DEL
DISTRITO, DR. EULOGIO BAYÁ:

SEÑORES:

CON tanta sorpresa como sentimiento, con tanto terror como dolor profundo, ha recibido el vecindario de Cochabamba la inesperada muerte de su Ilustre Prelado, cuya memoria nos toca honrar en este momento con la solemnidad debida al que revestido de cargo tan eminente, supo suministrar á sus fieles el pasto espiritual, gozando como eclesiástico, de una reputación sin mancha.

Muchas veces, concurriendo á ceremonias como éstas, que por desgracia son tan frecuentes, he escuchado discursos fúnebres llenos de elogios inmerecidos, porque parece que la tumba de los muertos re-

clamara la indulgencia, el olvido y el perdón. Pero hoy, se necesita de este triste privilegio, para hacer el elogio, más cumplido del Prelado intachable á quien lloramos. Conjunto inesplicable y prodigioso de talento y de candor; mezcla nunca vista de vastos conocimientos y de confianza infantil; generoso sin límites para socorrer al pobre y aspiraciones limitadas y modestas para su propio interés.

Profundamente conmovido por lo solemne de este instante, profundamente afectado por la desgracia que sufre toda la Diócesis, apenas podré agregar algunas palabras más.

El doctor Francisco María del Granado, ha sido el campeón más esforzado de los derechos de la Iglesia.—El primer orador sagrado que ha tenido la República de Bolivia, y cuyo prestigio ha pasado las fronteras.—Con su oratoria inflamada y persuasiva, con el encanto fascinador de su palabra y con el ardiente amor á sus fieles, supo contenerlos en sus pasiones y conducirlos por la senda del deber. Corazón recto y alma justa, que encontró en la conciencia, en el honor y en la fé, el secreto envidiable de saber morir. Muerte irreparable que hace salir del fondo del alma el grito de la pena y hace brotar de los ojos abundantes lágrimas de la más honda amargura.

Para no dejarnos llevar del vértigo de la desesperación, apelemos á la fé que derrama en la profundidad de la herida, el bálsamo de la conformidad. En los contratiempos de la vida, en los momentos de conflicto y de dolor, exista la consoladora idea encerrada en una sola palabra luminosa y espléndida, que llamamos Providencia, á cuyos inescrutables designios lo único que corresponde es la resignación.

Dentro de esa urna funeraria se distingue el rostro pálido del Pastor de hombres, cubierto en esa variedad de guirnaldas blancas que simbolizando la pureza de su alma, parece que ella ascendiera al cielo bajo la forma de un punto blanquísimo.

Alma sincera é inmaculada, de caridad evangélica, de sencillez infantil. Inteligencia robusta y preclara, que con su palabra llena de unción y elocuencia enalteció la humildad y la pobreza.—Verdadero Pastor de esta grey, recibid el agradecimiento de vuestros fieles que quedan desamparados en la orfandad, para que más tarde recibais la bendición de la historia. Sobre todo y lo que vale más, ya habreis recibido, entre los arpegios del órgano tocado por los ángeles, la bendición de Dios, de cuya misericordia infinita alcanzareis que sean salvas nuestras almas.

Discurso pronunciado

POR EL DR. ANGEL MARÍA BORDA, EN REPRESENTACION DEL COLEGIO DE NIÑAS «HIJAS DE MARIA» EN PRESENCIA DE LOS RESTOS MORTALES DEL ILTMO. SEÑOR OBISPO.

SEÑORES:

EL pueblo de Cochabamba, ha sido conmovido en todo su pedestal y se encuentra preso en el más vivo é intenso dolor, y con él todos los pueblos católicos del nuevo continente, porque la Iglesia ha perdido la columna más sólida que le servía de apoyo.

Es el Ilmo. doctor Francisco María del Granado, es el Obispo preclaro, es el *varon justo*, es el que ha dejado un vacío irremplazable. Señores: cuando el sentimiento domina, se embotan las facultades intelectuales.

El Criador le dispensa su gloria eterna, arrebatándole cual un nuevo Elías con raudo vuelo al Cielo.

La gloria inmarcesible que ciñó su frente du-

rante su vida, estaba reservado á su genio bienhechor y á la poderosa virtud de su alma, que influía como la misma Divinidad, consolando y haciendo llevaderas las miserias humanas.

Recordar sus virtudes, sus sentimientos, sus luces, la mano providencial y generosa en favor de los desgraciados, sería tarea inútil, basta la opinión general fundada en sus dotes especiales y en la bondad característica de su bella alma, derramando favores por do quiera, sin reserva y sin excusa alguna. Él era el que á expensas de sus desvelos y de su misma vida, consolaba todo infortunio. No lo preguntéis á nadie y básteos consultar vuestro corazón y vuestra conciencia.

Por eso es que recibe el homenaje justo que le tributa el pueblo desesperado, en especial las huérfanas «Hijas de María» á quienes represento, que llora la pérdida de su padre más amoroso y de su más cariñoso Pastor y concurre y concurrirá siempre, á tributarle la ofrenda perpétua de su admiración.

Consagrado Obispo muy joven á los 33 años de su edad y quizá el único de esta edad en el mundo católico, estuvo predestinado para ser el defensor de los fueros de la Iglesia y realizar el bien, hasta que en esta misión cumpliendo abnegadamente su A-

postolado, se abrazó resignadamente á la muerte, para descansar de sus dolores, fatigas y trabajos.

Ahí tenéis al más ilustre entre los Obispos Sud-americanos, que si ayer nos cautivaba con sus irresistibles hechizos para hacerse amar tanto, hoy nos deja sumidos en la más completa orfandad. Nadie quería la vida á condición de separarse de un **SER** tan amado; nadie podría contrapesar el justo dolor de la pequeña grey de sus huérfanas, que en su consuelo estaría cada una dispuesta á dar su alma por él.

Las palabras dulzura, bondad, benevolencia, caridad, habrían quedado escritas sin un ángel que, como el Ilmo. señor Granado, las hubiese personificado en su existencia, dando pruebas de ello, en aquella casa que la deja recomendada á la filantropía social, y que es necesario conservarla en memoria de tan venerable Prelado.

Señores, Cochabamba de hoy más, ya no escuchará la palabra mágica y arrebatadora de su virtuoso Pastor, el clero no contará en sus tribulaciones y horas de prueba con el seguro sosten de su ilustre Jefe, y junto con las pobres huérfanas, nosotros no tendremos ya el padre solícito que velaba por nuestro bien.

Ilmo. señor Obispo! desde el trono de donde

escuchas el lamento de un pueblo desgraciado, recibid su reconocimiento, rogando por él y por las huérfanas que habeis abandonado. Nosotros quedamos confiados en los ruegos de un ser tan perfecto como vos. Si el cuerpo es el instrumento del alma y esta lo es de Dios, la vuestra no puede menos que descansar en el seno del Eterno, de donde con vuestra mediación, esperan seguir vuestras huérfanas, disfrutando los favores que en vida les habeis dispensado, y que hoy se encuentra congregada á veneraros y despedirse protestando no olvidaros jamás.

Ultimo. señor descansad en paz.

Francisco M. del Granado

Cómo celebrar dignamente memoria tan pura y tan sagrada?

Ensalzar las tribulaciones y las victorias del *justo*, es proponerse más de lo que puede la tan pomposa, como vana retórica de la tierra.

Querer enaltecer al *santo*, es pretender encumbrarse á una esfera sobrehumana; y hacer resonar entre las melancolías y miserias de la proscripción, los jubilosos y sublimes acentos de la Patria.

Y siendo sacratísimo y sin mancha el nombre del insigne varón, del predilecto de Dios, que en blando y majestuoso vuelo, se elevó á las celestes alturas en medio del hondo y general sollozo de su grey adolorida; no hay, nó; mas que dos maneras de conmemorarlo cual se merece: el llanto amarguísimo de los hijos que dejó sumidos en la orfandad, y el himno triunfal de los bienaventurados que lo recibieron en el Paraíso.

Palabras?—Nó.

¡Lágrimas, sí copiosas y ardientes lágrimas aquí abajo!

E intensas y dulcísimas efusiones de amor y de alborozo allí arriba!

¡Francisco María del Granado!

Así se llamó entre los hombres ese nuncio del Cielo que, en mortal vestidura, descendió por un instante á embalsamar con el delicioso aroma de las virtudes é iluminar con los límpidos destellos de la verdad este lóbrego y tristísimo valle donde la humanidad gime desterrada.

Fué en el mundo un mártir; y es en el Cielo un Angel.

Por la senda áspera y espinosísima de la justicia, se elevó á la serena región de la santidad.

Enjugó muchas lágrimas; y se bebió silenciosamente las que de su siempre augustiado corazón brotáran á raudales.

Endulzó amarguras sin cuento; y apuró hasta la última gota el cáliz de las que su evangélica misión le deparára.

Nunca dejó de procurar un oportuno y eficaz lenitivo á los más punzantes dolores; y él, sin cesar doliente, soportó con heroica resignación y devoró-

los todos.

Dicen que el sol experimenta tempestades indecibles y se estremece con convulsiones cuyos intensísimos sacudimientos no cabén en mente humana; y en tanto que reserva para sí tanta agitación y tan continua y estupenda borrasca, muéstrase rutilante y sereno á los orbes del sistema planetario, derramando por do quiera torrentes de espléndida claridad y de calor benéfico y fecundo.

Así fué el santo Pastor de la grey cocha-bambina.

Su profunda á la par que candorosa mirada difundía las plácidas é inefables irradiaciones de una pureza inmaculada y de una sabiduría según Dios.

Y en tanto que la luz fulgurosa de su alto entendimiento y el ardiente fuego de su grande corazón se desbordaban por sus labios y se realizaban por sus acciones en elocuentísimas y saludables enseñanzas, en consuelos paternales, en tiernos afectos, y en dulces llamamientos, y en delicados auxilios y en generosos sacrificios; él, el que lo aliviaba, lo curaba, lo remediaba todo: él, el médico de los enfermos del alma, el amparador de los infortunados, el padre de los pobres; él era el verdadero *Varón de dolores*, y sufría pasión, pasión íntima y cruelísima, por el bien

de sus amados hijos; y sufrió muerte, dando por ellos todo el inapreciable tesoro de ciencia, de virtud, de bondad, de abnegación con que el Altísimo enriqueciera su privilegiado ser!

Hermosa encarnación de la caridad cristiana, cumplido su redentor apostolado, después de “coger una corona de espinas al pie de la escala de Jacob”, se durmió apaciblemente.

Y—¡qué arrobador espectáculo el ofrecido á la memoria espiritual del creyente!—mientras los hombres vierten amargo y abundoso llanto sobre el lecho funeral donde yacen sus mortales despojos, él ha despertado en el celestial Edén á los melodiosos acordes de esa música inefable que embelesara á Isaías en medio de los trasportes de un éxtasis divino.

¡Oh esclarecido y ejemplar Prelado: bendito seas!

¡Lloráronte los indigentes en la tierra; y los escogidos celebraron tu entrada á los cielos!

¡El mundo te echa de menos; y te estrecha Dios contra su corazón infinitamente amoroso!

Hoy no derramamos ya lágrimas de duelo por tu ausencia; ya nó.

Hoy llenos de filial confianza, imploramos tu

poderoso valimiento ante el Padre de inagotable misericordia.

¡Santo y angelical Pastor de Cochabamba:
ruega por nosotros!

La Paz, 13 de marzo de 1,897

Aurelio Beltrán



Homenaje

En Memoria

DEL

ILUSTRÍSIMO OBISPO

DR. FRANCISCO M. DEL GRANADO

§ I.

ALZATE una vez más y mira el Templo
En que vibró tu voz:—está vacío;—
La virtud se amortigua sin tu ejemplo,
Y la mendicidad tiembla de frío.....
«Luz, sí, luz, mucha luz!» la que contemplo
Irradiar de tu tumba, santo mío,
Para el ciego apóstata que gime
Al peso de la duda que le oprime!

“Luz, mucha luz!» y el Niágara divino
De tu palabra tempestuosa y tierna!.....
Ha crecido la hierba del camino;
Y la senda sin tí parece eterna;
Es muy duro vivir. Ha hecho el destino
En cada corazón una caverna,
Oh! apóstol de la fé, ven!.....ven!.....escúda
A los que mueren de cansancio y duda.

Sé el *lazarillo* bondadoso y sábio
Que á dirigirles cariñoso vuelve,
Con palabras de amor, por cada agravio
Que en infames blasfemias se resuelve;
Que vibre otra vez más tu puro labio
Que hace dos años que ya no se mueve;
Que reboce ese verbo no imitado,
Que es hoy un Tequendama conjelado:

¿No oyes el grito de dolor profundo
Que estremecer pudiera á los querubes?
Ay! quién pudiera devolverte al mundo
Y arrancarte del fondo de las nubes!
Porque dejas tu grey en lodo inmundo
Por qué sin compasión tan raudo subes?
No te mueve la voz del que solloza
Golpeando las rodillas en tu loza?

Desoyes á los hijos que quisiste.

Y que envalde te buscan enlutados!
Porqué si eres un angel te dormiste,
¿Por qué están esos hijos olvidados?
¿Quién por mi Patria desmembrada y triste,
Y quién ¡ay! otra vez por sus soldados
Ha de pedir á Dios glória y renombre
Si yá la Historia disputó tu nombre?

Aun deben conmoverte todavía—
Si ante Dios la memoria no se pierde—
La peste que á tu pueblo consumía,
El sol que reecó su campo verde,
El grito de la infame alevocía
Del chileno servil que hasta hoy nos muerde;
Más nada te rindió, te ha visto el mundo
Incitar á la lucha al moribundo.

¡Cuántos enfermos pálidos dejaron
Su lecho de dolor aniciando glória!
¡Cuántos febricitantes te abrazaron,
Rogando que dijeras á la Historia:
Que morir por la Patria te juraron,
Que élla fué la deidad de su memoria.....
Y al pedir sollozantes una espada
Quedó vidriosa su pupila helada!

Recuerda, santo mío, que en la tierra
Mora tanto chacal y tanto lobo,

Que mirarla siquiera nos aterra.....

Allá está la nación que invoca el robo,

Y aquí está la impiedad que grita «guerra!»

¡Guerra á muerte á la Cruz! Justo es mi arrobo...

Mal que plegue al infame del solfista

Mientras haya impiedad habrá conquista!

Súrge otra vez! en medio del tumulto

De los que buscan patriotismo envano

Con doctrinas absurdas de otro culto

Enemigo gratuito del Cristiano;

Diles que el que se ajita siempre oculto,

Socabando la fé es un villano

Que invoca sin derecho el patriotismo,

Que no lo sentirá nunca en sí mismo.

¿Qué le importa el hogar, qué la familia,

Al que negando á Dios niega su credo?

A caso el desgraciado que se afilia

A falange sectaria, dirá: puedo

Sin ese lazo que con Dios concilia,

Luchar y reluchar sin tener miedo?

Mentira! sí, mentira! quién tal dice

Es un loco impostor, un infelice!

A los que tal proclaman sin sonrojos

Haciendo de su duda necio alarde,

Les verás en la lucha alzar los ojos,

Pidiendo al cielo por piedad les guarde;
Véles mil veces sollozar de hinojos
Cual cabe á la bajeza de un cobarde,
O morir cual Voltaire desesperados
«De Dios y de los hombres olvidados!»

Oh! ven,—que es fuerza que tu voz suave
Retumbe descisiva en este suelo,—
Con las alas abiertas, como el ave
Que cuida del calor de su polluelo;
No nos olvides más! sonriente y grave
Muéstranos el camino que vá al cielo,
Un mundo de creencias se desploma,
Vén por amor á Dios y amor á Roma!

§ II.

El tardo paso de la pobre viuda
Cubierta de cendales, no te mueve!.....
Ella puede morir.....¿Qué dá la vida
Si en la cabeza y en el alma hay nieve?
Solo de la orfandad celosa cuida,
Temblando de este siglo diez y nueve;
Y al inclinar rugosa su ancha frente
Ay!—exclama—de tí, rubia inocente!
Sin pan, en el hogar húmedo y frío,

Nada te dejo yó sinó mi nombre;
Sé que le olvidarás, tierno ángel mío,
Como todo se olvida—no te asombre—
Sentirás en el pecho hondo vacío
Que calmará la imágen de algún hombre.....
Nunca á la infamia tu virtud sucumba
Si no quieres que salte de mi tumba.

Y escúchale plañir al borde mismo
Del lecho donde está tu cuerpo inerte,
Entregada al sopor del misticismo,
Temblando de la vida y de la muerte:—
El tiempo es un abismo, y otro abismo
La eternidad en que te ví perderte;
Aborresco la vida padre santo,
Y pido por favor lo que odio tanto!

Quiero vivir muriendo, macilenta
Sin pan, ni abrigo tiritar orando;
Rezar y suspirar con mi hija hambrienta
Que en vano mira al cielo sollozando;
Que el llanto, de mi rubia no sustenta,
Y ese llanto, señor, me está matando,
Por piedad! sino tengo pan, ni abrigo,
Que se muera mi huérfana conmigo!

.....
Y niños harapientos sin amparo,

Y ancianos vacilantes sin apoyo
Todos, interrogando al cielo avaro
Han hecho de llorar un ancho arroyo,
En cuyo fondo cristalino y claro
Ha dejado yá el tiempo su verdoyo.....
Tantos ojos ardientes, tantos ojos,
No pueden dar calor á tus despojos!!

§ III

Varón imaculado, no desdeñes
Siquiera la virtud que te reclama,
Despierta! sí, despierta, ya no sueñes:
El grito de las vírgenes te llama!
De éllas que te pidieron les enseñes
Cómo se vence á la impiedad que brama:
Si no tornas al campo de la vida
Manchada la virtud, será vencida!

Basta por Dios! Levanta! ya no duermas;
Torna otra vez al campo que dejaste!
Que han de ceder las almas por enfermas
Cuando el aliento de su fé se gaste;
Ay! si las vieras cómo están de yermas
Te matará otra vez tanto contraste.....!!
—No te alces de tu tumba.....de ese hueco!:

El campo ya sin flores está seco!

Todo tan triste yá, todo tan yerto,
Que en valde busco tu virtud sencilla;
Tú sembraste, señor, en el decierto,
Do germina ya á penas la semilla;
Tu fé, tu religión «*huelen á muerto*»;
La falta de creencias nos humilla,
Y tu pueblo, señor, ayer tan bravo,
Del Nuevo Mundo Sur es el esclavo!

No alientes, no regreses, te lo ruego,
Al suelo dó la infamia se condensa:
Ha caído la nieve sobre el fuego,
Cayó sobre las honras la vergüenza;
Tu Patria, conducida como un ciego,
Soporta sin romper la nube densa
Que le cubre negruzca, impenetrable,
Cuando puede morir blandiendo un sable!

Adios, señor! ya pide solamente
Valor y dignidad para Bolivia.—
«Fuego en el corazón luz en la mente»
Busque la muerte que el dolor alivia;
No importa que impacible el Continente
Goce en mirar correr su sangre tibia.....
¿Qué valen estas pobres existencias
Si se defiende honor, Pátria y creencia?

Es tiempo de imitar al moribundo,
Que envuelto en sus andrajos de mendigo,
Llegó á amar las miserias de este mundo
Y á decir á su bárbaro enemigo:
Quiero vivir aun más, quiero un segundo
Por mi Patria y mi fé luchar contigo,
Si es igual ante el cielo *nuestra ofrenda*
Seguiremos los dos la misma senda.....

Y *asidos* á la efímera existencia,
Es tiempo de lidiar sobre la foza,
Dios, Patria, Dignidad!: triple creencia,
Que mano gigantezca, qué os destroza?
Ni qué sábio escudado por su ciencia
Os borrará de un alma generosa?—
Morir es ofrecer solo un tributo
Al Ser eterno, al único absoluto.

Morir es despertar de la modorra
Con que el alma del genio se refrena;
Todo absorbe el sepulcro, todo borra:
Grandeza.. pequeñez, placeres, pena,
Preciso es que el espíritu recorra
Una senda más dulce, más amena;
Dejamos en la forma lodo y hielo,
Que escale nuestro *yó* cantando al cielo!
Para hablarte, señor, á tí que fuiste

Casto, patriota, bondadoso y sabio,
Temblé en la mezquindad de mi alma triste,
Sin conceguir mover mi impuro labio.....
Ajitaste las alas y partiste.....
Y acaso, por ventura, te hice agravio
Al llevarte indeleble en la memoria
Como gloria de Diós y pátria gloria?
Te hice daño, señor?.....Llama á combate
El clarín del deber sobre la tierra,
Aun podemos batirnos, porque aun late
Un corazón ardiente por la guerra:—
Es la hora suprema del rescate,
Y al alma, convencida nada aterra,—
Bandera y Cruz de un Gólgota sangriento,
Formarán nuestros cráneos vuestro asiento!!

.....
«Scicio!» grita tu pueblo sacudido
Por las borrascas del destino aleve,
Y «scicio!» como Cristo escarnecido,
Sus ojos suplicantes á tí vuelve;
No le dejes, señor, en el olvido:
Mira que en sangre y en sudor se envuelve,
Y en medio de esa sed se le convida
Todas las las amarguras de la vida!
No le dejes sangrando solitario,

Sin demandar á Dios tenga clemencia,
Que se há alzado otra vez otro Calvario
Por este siglo que decanta ciencia;
En él cada nación es un cicario,
«Sepulcro barnizado» sin conciencia,
Que ultrajando las leyes del hermano
Hace un Jesús del pueblo Boliviano!

Pide á ese Dios que todo lo perdona;
Que no haga de tu pueblo otro cordero;
Aun podemos quitarnos la corona.
Desprender nuestras manos del madero,
Y oprimiendo la herida que se encona
Manejar como un látigo el acero:
Fustigador tremendo de canallas,
Segador de la mies de las batallas.

En tanto que el fusil vomite fuego,
Y el rugidor cañón arroje lava.
Ni un grito de dolor, ni un ay! de ruego,
Lance tu estirpe religiosa y brava;
Nuestra evullente sangre ofrezca el riego
Del bautismo, á tu Patria semi-esclava,
Diga con Cristo el último soldado:

«*Todo se ha consumado!*»

Cochabamba, marzo de 1897.

Ernesto A. Beltrán



El Obispo Granado

Y los derechos de ENTIERRO.

HAY tanta miseria en el mundo, que da grima su recuerdo.

En medio de la humanidad cristiana, hay una gabela que aflige al desgraciado: *los derechos de entierro.*



Es gabela que aqueja á la viuda y al huérfano,
al anciano y al niño.

Es gabela que enturbia la fuente más pura y
cristalina del cristianismo: la *caridad*.

Es gabela aplicada al dolor y al llanto.

Es gabela que arranca provecho de la tumba.

Es la vida que cobra *derechos* á la muerte.

Si muere un padre dejando numerosa familia
sumida en la desolación, pobre y abandonada, esa fa-
milia tiene que alistar los *derechos de entierro* antes
de enjugar sus lágrimas y antes de comprar el luto
que ha de cubrir su orfandad.

Si fallece una madre dejando criaturas en bra-
zo extraño, esas criaturas gimen y sollozan inconsolables,
porque el pan que les ha dejado aquella amorosa madre,
se ha convertido en *derechos de entierro*.

Si una viuda llora á raudales, arrodillada, de-
lante del cuerpo inerte de su esposo, esa viuda es in-
terrupta por un agente eclesiástico que va á con-
venir los *derechos de entierro* antes de las exequias
fúnebres.

Si una familia afortunada rodea el cadáver de
un hijo ó de un hermano, esa familia es la que menos
reposeo tiene en su duelo porque numerosos cantores
y sacristanes la violentan para cobrar mejores *dere-*

chos.

Si una desdichada labriega del campo ha perdido al compañero más honrado y laborioso, esa labriega tiene que llorar mucho más al pagar los *derechos de entierro* con el único ganado que posee y que tanto ama.

Si un pobre indígena vive ajitado en su miserable estancia porque sus hijos no tienen madre, ese indígena se vé herido de muerte al desprenderse de aquellos hijos para que vayan allá.....á cubrir los *derechos de entierro*.

¡Basta, basta!

Si tanta calamidad aflige á la humanidad, si tanta miseria aqueja al desgraciado, para eso hubo un misionero de Dios, el más *justo* de los hombres, que enjugar supo el llanto de aquella familia huérfana, de aquellas criaturas, de aquella viuda, de aquella otra familia de fortuna, de aquella labriega, de aquel indígena.

Basta de *derechos*, dijo, y se puso al lado de la orfandad.

Era tan pobre como los demás pobres y fué padre de ellos.

Recojiendo en un solo cristal, el cristal de su ternura, todas las lágrimas de la orfandad, fué á ense-

ñarlas al Concilio Platense del 89 para conseguir lo que raros, muy raros ministros de Dios se habían propuesto.

Ese Concilio supo escuchar con unción la consoladora y edificante palabra de aquel misionero de Dios, que en vida fué el Ilustrísimo Obispo doctor Francisco María del Granado.

Todos los ministros guardaban silencio; solamente él, el único, imploraba por la orfandad hasta conseguir la abolición de la fatídica gabela de los *derechos de entierro*.

¿Habrá quién le imite?

¿Habrá quien ampare al huérfano con la verdadera *caridad* del doctor Granado?

Talvez nadie, nadie.

Cuanto más se aleja el día fatal en que le perdimos, tanto más se ahonda el vacío que se abre aquí.

«*Major autem horum est caritas*»: la caridad fué su mejor virtud.

Sí, la *caridad*, sublime virtud que solamente Granado supo practicarla con la ternura célica de Cristo.

Si para el santo Arzobispo de París, Monseñor Sibour, se inscribió aquel símbolo en las coronas

que ornaban su túmulo, para el *justo* Obispo Granado hay que inscribir este otro:

FE, ESPERANZA Y CARIDAD:

Hé ahí, lo que fué el señor Obispo doctor Francisco María del Granado.—

Q. E. P. D.

Isaías Chávez,
(Filippo.)

Recuerdos.

“Al son del arpa

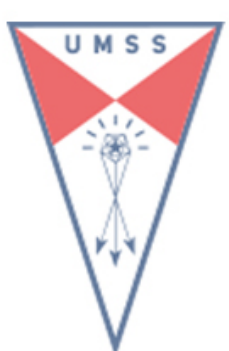
DESACORDE Y TRISTE”

EL

ILUSTRISÍMO SR. OBISPO DR. D.

FRANCISCO MARÍA DEL GRANADO.

ALLÁ en la aurora, de mi edad temprana,
Herido por la luz la vez primera,
Bajo de un cielo azul de ópalo y grana,
Vi una inmágen que dulce y placentera,



Me miraba, sonreía; su ternura
Era inmensa, sin fin...era un oceano!
Crei eternas mis horas de ventura
Y alhagado viví por este engaño.

Varias veces al día me buscaba
Mescándose en mis juegos como un niño
Y en mis cándidas frases el hallaba
Bálsamo á su dolor.....¡con qué cariño.

Festejaba mis bromas—Me quería;
Fué mi infancia un edén bello y florido;
Por volver á esa edad ¡qué no daría!
Oh! ¿dónde encontraré mi primer nido?

Arrullaba mi sueño con sus cuentos,
Me enseñó varios bíblicos pasajes,
Tradiciones de antiguos monumentos
Y la historia de muchos personajes.

Entré á la juventud y ante mis ojos
Desplegóse un brillante panorama;
Vi mi senda con flores sin abrojos
Al travez de esa edad que todo inflama.

Refrenó la razón mi ardiente brío;
Los cuentos se trocaron en lecciones;
Cada palabra de mi santo tío
Entrañaba muy serias reflexiones.

Me indicó los escollos de la vida,
La recia tempestad de las pasiones,
La impiedad corruptora y fementida
Que roe la fé de honrados corazones.

Vi desde entonces en la fé un lucero
Mi único norte en el combate humano;
Mi lábaro es la cruz! y de ella espero
La eterna gloria como buen cristiano.

Mas tarde mis mejillas surco el llanto,
Prodigóme raudales de consuelo;
Me mostraba en sus pláticas el santo
Abrirse ante el dolor benigno el cielo.

II.

Pasó el tiempo; una cana y otro cana
Plateó sus sienes: era su ornamento;
Se ahila la flor mañana tras mañana



Y empolva la cabeza el pensamiento.

El nació para el bien ¿pues quién ignora
Que fué su vida eterno sacrificio?
Era su blanca mano protectora
Alivio al hambre, y corrección al vicio.

El melancólico ay! del pobre hambriento;
Del niño huérfano el doliente grito;
De la miseria el trágico lamento;
El enfermo, la viuda y el proscripto.

Absorvieron su vida consagrada
Al remedio del mal eternamente;
Augusta fué su caridad callada,
El orgullo *jamás* alzó su frente!

Bondadoso y festivo, la sonrisa
Fué la dulce espresión de su semblante;
Su acento era el murmurio de la brisa
Y era sa voz sonora y penetrante.

No envidió su pureza la blancura
Angélica del niño; su alma bella
Era un cristal de tráporencia pura,

Tan casta como hermosa es una estrella.

Sacerdote del Cristo, en la tribuna,
Se alzó gigante, colosal, inmenso,
Como su voz no resonó ninguna
En este pueblo que le oyó suspenso.

Pastor amante, cuidadoso y bueno
Guardó su grey como reliquia santa;
Luchó contra el error letal veneno,
Que mata el alma, que la fé quebranta.

III

Pálida está su frente y abatida;
¡Que triste su mirada; siente angustia
Su pobre corazón.....está sin vida!
Lánguida el alma desfallece mustia.

La fiebre lo devora sin delirio;
La angustia lo consume ¡que tortura!
Apura resignado su martirio,
Resignado, su cáliz de amargura.

El fragor de la lucha al fin abate:
Cayó rendido el gladiador atleta,
Herido el corazón en el combate,

Cerró sus labios de orador y poeta.

Pues de hinojos (1) esperó la muerte
Que al justo su rigor jamás aterra;
Cayó el apóstol valeroso y fuerte;
Un vértigo sintí.....se hundió la tierra!

Plegó sus alas la paloma pura,
Alzóse al cielo como blanca nube;
Allá á lado de *Dios*, allí á la altura,
Ha ocupado su asiento de querube.

Está lejos.....se fué.....su ausencia siento!
Ahora riego su tumba con mi llanto;
Le busco, quiero verle, ¡váno intento!
Le tributo mi amor; le quise tanto!

Sea siempre su nombre bendecido,
Por su grey, que al narrar su grata historia
Guárde la imágen del Pastor querido,
Rodeada de los lauros de su gloria.

Cochabamba, marzo de 1,896

Félix A. del Granado.

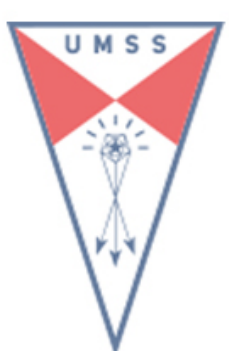
(1) Mandó á los que lo asistían que lo pusiesen de rodillas; acaso por respeto al decreto del Altísimo quiso morir hincado.

Cataclismo social.

RARA vez, las sociedades sufren el cataclismo del dolor y del pesar, en una gran escala.

Sólo las grandes desgracias, producen este fenómeno.

Los sentimientos del dolor se aunan en una sociedad, cuando ella, sufre una adversidad de grande magnitud ó pierde un ser que ha sido su benefactor y el objeto de sus más caras afecciones. Solo el



grande amor y el profundo respeto por las virtudes y el saber, producen un sentimiento como el que hoy sufrimos.

El dolor es más ó menos intenso según el grado de afecto; pero todos lo sienten; porque todos comprenden la magnitud de la pérdida: el más humilde labriego y el más encumbrado del alcázar, están bajo el poder de ese sentimiento.

Los hombres, cuyo saber siembra las verdades más puras en una sociedad é ilumina la vida de ésta, dirigiendo el eje del progreso, reciben ese afecto general con la modestia que corresponde á su talento y son acreedores á la veneración y al dolor cuando desaparecen.

Como son pocos esos genios, son también pocos los dolores colectivos que afligen á una sociedad. Es por eso, que un duelo general *es notable*.

La vida social, para en su marcha y la consume el dolor que la abruma.



La pérdida del Ilustrísimo Prelado, es hoy, la triste causa del duelo de Cochabamba. Los corazones se agitan en terrible tortura, un denso velo

de dolor les cubre. Cual de ellos no exhala un suspiro de pesar?

Quién de nosotros, no ve el triste é incolmable vacío que deja el ilustre hombre?

Qué cochabambino—qué boliviano, no comprende la magnitud de la desgracia que nos ha sorprendido?

La sola idea de no verle más, desespera á todos.

Esa palabra que ayer edificaba miles de corazones con sábias doctrinas de moral y religión, hoy se pierde en lontananza.....y abisma el dolor.

Su eco, repercute aun, en los espíritus y desgarrar más el corazón.



El Supremo Hacedor nos ha quitado á nuestro benefactor por excelencia; ha querido que este pueblo saboree solo amarguras sin un instante de consuelo.

El Ilustrísimo Granado, nos deja para siempre!.....retira su bondad cristiana para no volverla á merecer.

El obrero sagrado que lleno de candor y dul-

zura trabajaba por su grey con el amor más puro, hoy no existe!.....

Por qué Dios mío, abandonas así á un pueblo?

Por qué á tu representante en este valle de lágrimas lo recoges?

Acaso tu doctrina no necesita ya de tu sagrado ministro sobre la tierra?

Sea! tu voluntad, tus designios no alcanza la pobre humanidad á comprender.

El pueblo de Cochabamba, llora! justamente llora! ha perdido al gran sacerdote de la Iglesia.

Ha perdido al defensor más ardiente del cristianismo, que combatió con rara perseverancia los errores de la humanidad.

Ha perdido, en fin, su providencia!

Hay demasiada razón para que sufra *el cataclismo del dolor y del pesar*.

Comprende, que queda huérfana por siglos, de sus edificantes doctrinas.



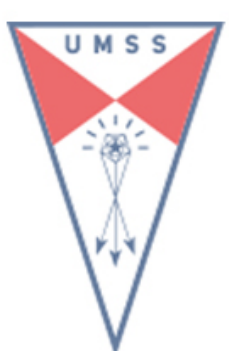
La juventud tiene el sagrado deber de la gratitud al sabio, al inmortal maestro, que con amor paternal edificara sus sentimientos cristianos.

Practiquemos todas sus sagradas lecciones y
veneremos su memoria.

Dios reciba en su seno, al *justo*!

Cochabamba, septiembre 28 de 1895.

Deciderio Gandarillas.



Discurso

PRONUNCIADO POR EL PROFESOR DEL COLEGIO SEMINARIO.

Dr. Federico Irigoyen.

SEÑORES:

EN los días de dura prueba en que el quebranto y el dolor imperan, no es posible ninguna calma ni reflexión.

Esta situación penosa, tiene lugar cuando de súbito desaparece una gran luz que servía de norte al pensamiento y cuando se oculta para siempre á nuestra vista, el iris de paz que disipaba las tempestades del corazón.

Nada es comparable al Buen Pastor, que dá la vida por su grey.

Hoy el huérfano dice, he perdido á mi cariñoso padre y la viuda repite, ya no existe mi sombra propicia.

El Colegio Seminario deplora la pérdida del infatigable obrero de la instrucción pública.

El Ilustrísimo Granado no ha omitido medio alguno á fin de que se inculque á la juventud la sana doctrina y la moral sin tacha; y procuraba á todo trance la puntual observancia de las leyes que garantizan las inmunidades de la conciencia católica.

Si la elocuencia es un poder del alma, que conmoviendo el corazón humano, procura el amor á Dios y á los hombres, nadie como el Santo Obispo de Cochabamba, supo emplear esta arma poderosa en la propaganda y la defensa de las verdades divinas y la moral del Crucificado.

Sacerdote en canecido en el servicio de la Iglesia y la patria, la historia sabrá apreciar sus virtudes heroicas.

Mientras tanto, el pueblo de Cochabamba, con un movimiento de amor y gratitud sin ejemplo en lo pasado, no sabe qué hará para honrar la memoria del Ilustre Prelado.

El bello sexo le obsequia á porfía guirnaldas y coronas que simbolizan su amor y reconocimiento.

Pueblo generoso, habeis correspondido con toda justicia y afecto, los desvelos y sacrificios del más digno Príncipe de la Iglesia americana.

Nuestro Santo Prelado, fué la personificación viva de la *virtud y el génio*. Su caridad inagotable, siempre encontraba recursos para socorrer el infortunio y las casas de beneficencia:

Los mortales que han consagrado su vida á la santa causa de la verdad y el bien, serán coronados.

Señores, la virtud tiene un premio eterno, infinito: ¡Dios!

Federico Irigoyen.

Discurso

PRONUNCIADO POR EL S.^r.
PREFECTO Y COMANDANTE GENERAL,
Dr. Julian María López.

SEÑORES:

VENIMOS á cumplir uno de los últimos deberes que como amigos, como ciudadanos y como católicos tenemos hácia la memoria del que fué Ilustrísimo Obispo de esta Diócesis.

La muerte del respetado y tan justamente querido señor Francisco María del Granado, importa no un accidente individual, sinó una desgracia social, deplorada por todos y sentida con más ó menos in-



tencidad; pues habrá quien haya perdido su benefactor, quien no escuche la palabra de consuelo y resignación, quien no sienta agitarse en su pecho la esperanza, porque el ángel de la caridad y el cariñoso Pastor, ha volado para siempre á la mansión de los justos.

Hacer el bien porque es bien, ocultando á la una mano el beneficio que hacía con la otra; callar las faltas de su grey con la prudencia propia de los corazones justos, evitando el escándalo, eran los rasgos característicos de nuestro venerable Prelado.

No sintió nunca el odio, perdonó á todos, cumplió sus deberes hasta el sacrificio; el pan de su casa era del pueblo y su apoyo en las horas en que el espíritu desfallece, lo encontraba cualquiera que lo buscare.

Apacible y lesponsivo en su trato, era en su modo de ser atractivo para los que llegaban á conocerle.

Elevado y conceptuoso cuando hacía cuestiones de actualidad.

Arrebatador en la palabra cuando se le oía en la tribuna sagrada.

Vasta y sólida ilustración; tenía inmenso el corazón é inagotable para la virtud.

Discípulo de Cristo supo llevar á la práctica las hermosas enseñanzas del Evangelio, procurando realizar las doctrinas del Divino Maestro, que 19 siglos irradia inextinguible hoy desde el Calvario.

El dolor que manifiesta Cochabamba, en todas sus clases sociales, que se confunden en el mismo pesar, son el legítimo tributo á las exelsas virtudes del immaculado doctor Granado.

La justicia popular es casi siempre la más severa y la más cabal, porque ella significa la gran sanción de los pueblos.

Nadie tenía más derecho que el Ilustre Obispo á que su pueblo lo amase y respetase.

No olvidemos, señores, me dirijo á ansianos y jóvenes, los ejemplos que en vida nos ha dado; seguirle en ese camino es la manera de honrar su memoria, haciéndose entonces Cochabamba digna de haber sido conducida por él.

Julian María López.

El Ilustrísimo doctor

Francisco María del Granado

OBISPO DE COCHABAMBA.

“Mi padre... se ha muerto!”
(Un niño del pueblo.)

I

EL insigne personaje cuyo venerado nombre encabeza estas líneas, murió á las 8 de la noche del 25 de este mes. «*Ha vuelto al seno de la eternidad esa alma justa.*»

La dolencia física que lo ha arrastrado al sepulcro, no ha sido larga, pues ha durado solo un día.

El más humilde siervo del Eterno, ha obedecido y volado á su llamamiento, en el acto de escucharlo. Alma demasiado probada, conciencia pura, corazón aquilatado, no se hallaba ya sujeto á ese trámite de dolor que se llama última enfermedad y que remata en una prolongada agonía. En el acto en que el ángel de la muerte lo envolvió en sus alas enlutadas para conducirlo á la presencia del *Ser* que recompensa á los buenos, el señor Granado se conmovió sin asustarse, palideció de respeto, inclinó su cabeza en señal de santa obediencia, “*dió un suspiro,..... y espiró!*”

Y cuando franqueada ya la atmósfera sublimar, se vió deslumbrado por las eternas claridades que rodean al “*Dueño de la vida,*” su cuenta fué limpia, sencilla, correcta y comprobada; esa bellísima cuenta que le rendía Pablo, cuando el verdugo cortaba su cabeza:

“*Señor! Bonum certamen certavi, fides servavi,; cursum consumavi!*”

El mismo autor de la vida, lo ha dicho por sus sacrosantos labios.

“*La vida, es un préstamo á intereses. El señor reparte á sus siervos, capitales desiguales que les entrega en TALENTOS, para que los devuelvan á su san-*

ta mano, con más sus ganancias''.....

El Capital que al venir al mundo recibió el señor Granado en *Talentos*, fué inmenso.—Vino recargado de una obligación abrumadora; pero, ¡que bien la ha cumplido!—Lleva un capital duplicado. Ciertamente, que no ha logrado hacerlo, sinó trabajando los sesenta años de su vida terrestre, hasta dislocar sus miembros y gastar sus huesos. Su sangre se ha agotado en el lleno de ese mandato providencial, hasta que su cabeza se ha desvanecido en torrentes de sudor frío, y su corazón se ha paralizado de mortal cansancio; pero, ¡qué importa!—¿Acaso no era esa su obligación?

«*El que trabaja es digno de su salario,*» ha dicho ese mismo «*Soberano Señor*» que así reparte á sus siervos *talentos y fatigas*, calculando en milésimos la potencia y la resistencia de sus servidores, á la cantidad del capital divino que les confía, y la muerte, no es otra cosa que el ajuste definitivo de ese salario abonado con munificencia infinita. Es la liquidación final de los servicios prestados, la inerrable calificación de ellos, y la dación pródiga de la recompensa debida.—*Mérito moral*, es una letra de cambio contra el Eterno, y nuestro querido Obispo, ha sido llamado á recibir la cancelación de ese crédito,—el

único que constituye riqueza absoluta é imperecedera. Un ilustre Cochabambino, le ha satisfecho enteramente al Todo-poderoso que lo llamó al fin para ministrarle posesión real de su inmenso patrimonio en las celestes llanuras, con un goce que jamás ha de terminar.

La *inmortalidad*, es común á los buenos y á los malos, á los malditos y á los benditos; pero, la de estos últimos, debe ser una porción de bienaventuranaz que no empieza á gozarse, sinó en el acto en que la muerte los conduce cerca del Sol de Justicia. Nuestro Obispo ha ido allí.

II.

Es por eso que, cuando en el sistema de la naturaleza, sobrevienen esas suaves transformaciones orgánicas y antropológicas que los vivientes llamamos con el espantoso nombre de *muerte*, el que muere, no llora, cuando es hombre justo. ¿Por qué había de llorar el día en que el Señor ofrece abonar su crédito y le llama á recibir rico salario, ¿por qué?—Un miserable hombre repugnaría con pavor, transformarse en Querubín? Sus pesados pies, se paralizan y disuel-

ven como barro, pero en cambio, siente que alas de fuego le nacen en el corazón para surcar el eter incommensurable, con la celeridad del pensamiento, ¿y por eso habría de llorar?

Imposible es explicarse en el lenguaje humano, la estupenda realidad de este espléndido fenómeno. La muerte es una transformación feliz, del hombre en Querubín. Por lo mismo, el que se transforma, no llora. No hay ejemplos apropiados y ni siquiera remotamente análogos que traduzcan esta idea. Cuando Napoleón tomó asiento á bordo del «*Bellerofonte*» para caminar á su prisión, resbalando sobre las olas de un océano que se asustó de cargar sobre su masa á semejante peregrino, las ardientes lágrimas de sus amigos entibiaron las aguas de la bahía que lo cobijaba por la vez postrera, con vista á esa Europa que el gigante había llenado con su presencia. Solo él, yacía imposible, sereno, silencioso, contemplando el mundo que se ocultaba de él, huyendo bajo su planta, hasta que el Mariscal Bertrand, le dijo:

«¡Advertis, Señor, que los que lloran son los que se quedan»?

La transformación que el Héroe sufría en ese momento, no conmovía al que la estaba sufriendo, pero el dolor arrazaba á los que la veían como espectado-

res ó la contemplaban como filósofos, y, ¡que horrible transformación esa de un héroe en un prisionero! Prometeo desarmado de su terrible poder y vencido, era aherrrojado en una roca solitaria perdida en la bruma de los mares! El Sublime Emperador se había metamorfoseado en Gnomo, y sin embargo, esa espantosa metamórfosis no le arrancó un ¡ay! de los que profería el mundo asorado. «*Los que lloraban, eran los que se quedaban*».

Tal sucede á la Iglesia cochabambina por la pérdida de su Pastor.—El día ha avanzado ya mucho y por excepción, no ha abierto el redil el cariñoso zagal que acariciaba conduciendo á sus ovejas y las hablaba con alhagos. El Sol ha pasado del zénit y vá ya á morir en su ocaso. La oveja bala triste, hambrienta de ver á su dueño, ¡y el pastor no parece!—Ese descuido es inconcebible, «*en ese pastor que dá la vida por sus ovejas.*» Será que lo han desgarrado las fieras del desierto?—¿El lobo hambriento, habrá hecho su pasto de ese conductor tan amante y tan abnegado?—

No!—El rebaño está abandonado y sólo, porque «*El Señor*» ha recogido á su guardian, llamándolo á su lado para recompensarle como es debido. «*Esclavo fiel*», le ha dicho: «*Descansa en mi compa-*

ña. *Hoy empezarás á comer conmigo en mi mesa, manumitido de las cadenas de la vida y relevado del trabajo que tuviste hasta el sacrificio y el martirio.»*

«HODIE MECUM ERIS IN PARADISO!»

III.

¿Y el rebaño?—Quedó sólo y por eso llora.

Hace bien en llorar, puesto que él es el que queda. En cuanto al pastor, está gozando á estas horas á lado del Señor, de esa primavera eterna que esmalta de flores perennes las interminables praderas del Paraíso. Ha cambiado su residencia y al mudar de domicilio, enormes alas blancas le nacieron en sus axilas. La metamórfosis ha sido repentina y completa. El pastor se ha vuelto crisálida celeste. Ya está entre los seres imponderables, inmateriales y alados.

Hacen bien en llorar las ovejas que quedaron abandonadas y aprisionadas en el redil, y aun no es bastante. El raudal de llanto que la Iglesia cohabambina ha hecho llover sobre los frios restos de su Prelado, no está todavía en razón del inmenso bien que ha perdido.—

Cochabamba, no se ha dado todavía cuenta de

la magnitud de su desgracia. Hombres como Granado, no produce el mundo cada día.

Carlos III ordenó á fines del Siglo pasado, que un fraile carmelitano venga al Arzobispado de los Charcas. Ese fraile era sin duda el hermano mayor de nuestro Obispo. Llamábase Fray *José de San Alberto*. El Monarca español al imponer al hijo de Raymundo Lully que ocupe esa silla, dijo:

«*Quiero hacer á la América un obsequio de mucho valor*».....

Al Obispo Granado no nos obsequió un príncipe de la casa de Borbón. Ha sido un obsequio de la Providencia misma, que cuando quiere ser munificente, lo es en la medida de su poder. Por eso es que cuando quiere ser pródiga, lo aprisiona á un Querubín bajo la miserable envoltura de un hombre, y lo envía á peregrinar entre los mortales. Pero, también es justo que un día se lo recoja. ¿Por qué había de prolongar mucho su destierro?—Además, talvez ese Querube hace falta cerca de su trono.

Entre tanto, «*los que quedan que lloren*», y si no comprenden de pronto la magnitud de su desastre, la comprenderán más tarde, lo cual agrava más, si cabe, la fuerza punjente é incisiva del dolor.—Nada es más cruel que la contemplación del niño que juega

distraído, entre los cuatro sirios que alumbran el cadáver de su abnegado y amante padre. Están rígidos los brazos que mecían muellemente al objeto de su amor. El corazón que por él latía con febril ímpetu, se ha entumecido con el hielo de la muerte. El ósculo quemante de cada mañana y de cada noche, se ha marchitado en los labios del cadáver, como la flor que ha deshojado el cierzo inclemente. Todo ese Tesoro de bondad inefable, acaba de perder un huérfano que en su infancia no calcula el tamaño de su desventura, cuando mira sereno los restos de su padre tendido en su último lecho. Se le pregunta entre sollozos de mortal tristeza, que fué de su padre.....

«*Mi padre*», repone el inocente, «*se ha muerto*»!

Si pues, el padre del pueblo cochabambino,— «*se ha muerto!*»—La ciudad amodorrada por el pesar, se agolpa con la vista baja, cerca de su urna cineraria. ¡No mide bien todavía, lo que ha perdido!

Así debió suceder en grande escala, á aquel pueblo nómade pero creyente, que acampaba al pié del monte Horeb, dirigiendo su ansiosa vista hácia la elevada gruta donde había subido á esconderse para siempre, el padre más solícito que jamás han cono-

cido las naciones. Moisés había subido á orar y suplicar al Omnipotente, impetrando gracia para su pueblo, y el Omnipotente lo arrebató entre los torbellinos de su aliento, y un pueblo quedó huérfano en pleno desierto, exclamando con tristeza:

“Nuestro padre se ha perdido!”

Esto bello pasaje, se repite sin cesar, como reflejo pálido del misterio del Oreb. No hay pueblo, no hay época histórica, que no lamente una orfandad. Los padres de pueblos, saben morir. Pues, es menester que haya pueblos huérfanos y enlutados.

IV

No hay hipérbole en estas reflexiones, inspiradas por un justo pesar. La vida mortal del señor Granado, ofrece una perspectiva semejante á la del cielo en las serenas tardes de primavera: un espacio azul, sin nubes ni celajes, una completa uniformidad magestuosa, en que solo se destaca la esforzada práctica del bien, sin sombras, sin manchas, sin solución de continuidad, sin lagunas.

Nació en esta ciudad el 19 de agosto de 1,835 del doctor Juan Francisco del Granado y la señora

María Manuela Capriles. Su padre era un médico que se descepcionó por completo de la ciencia que había cultivado con ardor en su juventud, pues cerró sus libros, renunció para siempre á su profesión y se retiró á la ciudad de Santa Cruz de donde era oriundo, llevándose á su tierno hijo, para vivir con él, haciendo una vida que rayó en la misantropía. Debió ser hombre de imaginación ardiente, pues la ciencia no satisfizo con sus oráculos á su anciosa curiosidad, flaqueó su fé en el poder de la inteligencia humana, y su desencanto llegó hasta el esceptisismo. No le quedaba sino morir en paz, y renegando del saber de los hombres, quedó en su retiro, pero lo despidió á su hijo de 14 años de edad, para que se educase en Cochabamba á lado de su madre.

En 1851 frizaba en la pubertad é ingresó en el Colegio Seminario donde el jovencito Granado se distinguió por su seriedad, su humilde compostura, su cordialidad para sus compañeros de aula, su respeto para los superiores y más que todo, por una memoria feliz y un extraordinario talento.—Su vida escolar, fué una no interrumpida série de lauros que se le tributaron á porfía. La envidia era impotente contra él. ¿Quién hubiese tenido envidia de una superioridad indiscutible, realzada por una modestia que



tenía las trazas de la más perfecta mansedumbre? Los triunfos literarios y científicos del joven Grana-
do, eran propiedad y diploma de honor de todo el Se-
minario, que se vanagloriaba de tener tan eximio re-
presentante.

Alma de poeta, tenía predilección en la litera-
tura y la poesía, por la oda y el Teatro. Sentía vi-
brar en su corazón las fibras que han dado inimita-
bles notas, en las concepciones de Sheakspeare, Cor-
neille, Rasine y tantos otros maestros. En el Tea-
tro, se habría exhibido como un gigante; pero,—su
destino era otro. No podía finjir pasiones, quien es-
taba llamado á calmarlas, y ahogó voluntariamente
una imaginación rica, vigorosa, creadora, llena de gra-
cia, para habrir su corazón á sus semejantes. En el
Teatro, podía lucir un gran talento: pero era más ur-
gente que en el altar sea un santo, y recibió de manos
del Obispo señor Salinas las órdenes sagradas, el 4
de diciembre de 1,858. El joven de alta sociedad
alhagado por un brillante porvenir, lo renunció todo
para ocultar sus méritos, envolviéndolos en la humil-
de túnica del Levita.

En 1,857 fué profesor auxiliar de Literatura
y Fundamentos de la Fé. En 1,859 fué Profesor de
humanidades en las clases 4^a. y 3^a., de este célebre Co-
18

legio Nacional de Cochabamba, ¡que á decir verdad, es el lujo de la Universidad Boliviana, desde que la República existe. Se recuerda con recogimiento y respeto, la fascinadora mirada del Profesor Granado, cuando hablaba en nombre de la ciencia. Siempre la fuerza y la autoridad juntas, serán los atributos soberanos de la inteligencia. La bulliciosa juventud cochabambina, olvidaba que era travieza en presencia de ese manso profesor, que sin embargo, sabía inspirar un supersticioso respeto. Una penetrante mirada del señor Granado, llena de candor y reflejando bondad, habría hecho llorar de arrepentimiento, al más reacio de sus inquietos escolares.

En 1,860 fué nombrado por el Venerable Cabildo Eclesiástico de Santa Cruz, Vicario Capitular en Sede Vacante, y allí hizo respetar la autoridad del Prelado, con una firmeza que no era de sospechar en un hombre tan manso. Le horrorizaban la licencia y la indisciplina en el seno de la Iglesia, donde todo debe ser santo, para llevar dignamente el sagrado nombre de su Divino fundador.

Vuelto de haber desempeñado esa elevada función que es rigurosamente episcopal, pues es nada menos que la de los «*Celadores*» instituidos por los primitivos cristianos, desempeño el cargo de Provi-



sor y Vicario General de esta Diócesis, al mismo tiempo que fué promovido á Prebendado en este Coro Catedralicio, sin perjuicio de servir como Capellán en el Monasterio de Carmelitas de esta ciudad. Todas estas funciones desempeñó con el tacto, la contracción y la sagacidad que le eran peculiares.

Más tarde, el General Achá solicitó y obtuvo de él sus servicios de Vicario General del Ejército todavía desempeñaba esas funciones, cuando vió con espanto en la jornada del 28 de diciembre de 1,864 para siempre memorable entre nuestros días aciagos, á ese hombre "*mitad mónstruo, mitad héroe*", demoler á balazos la constitucionalidad y la vida institucional de la República, y alzarse en nombre de la fuerza bruta, con los ruidos jirones de la soberanía nacional, para adornar con ellos, su casaca de sargento.—(Mariano Melgarejo.)

Acaso el «hombre de las batallas y de las orgías,» no ha respetado en Bolivia, sinó al joven sacerdote Granado. Hombre de claro talento á despecho de todos sus desórdenes, se enorgulleció de elevar á la dignidad episcopal, á ese Prebendado tan venerable en su juventud á semejanza de Gonzaga, y sabiendo bien que el señor Granado detestaba sus vicios, se honró de que durante su bárbara y desastrosa do-

minación, se hubiese unjado á un Obispo santo.

En efecto, en 1,867 fué elegido Obispo titular de Troade y auxiliar de la Diócesis de Cochabamba, *in pártibus infidelium*, hasta que por el retiro del anciano y cansado Obispo doctor Rafael Salinas (de grata memoria) fué consagrado Obispo de Cochabamba, el 30 de noviembre de 1,868 á sus 33 años tres meses de edad.

Ha sido tal vez el Obispo más jóven de la América latina, y á Dios gracias, ha sido también uno de sus más ilustres Obispos.

V.

HACÍA 14 años que no tenía vida el Seminario donde él se había educado, y donde convergían sus más dulces recuerdos de la infancia, de la juventud y del Colegio, y en 1,873 hizo esfuerzos para rehabilitar ese plantel con un personal selecto. Si el éxito no ha correspondido á sus esperanzas en la marcha y el progreso de ese Colegio, es sin duda por la deficiencia de los recursos con que ha podido contar para impulsarlo, especialmente en la parte científica de la enseñanza.

Diez años más tarde, en 1,883 renunció la mitra secretamente; pero el vecindario de Cochabamba en que se destacaban en primera línea las nobles matronas de la ciudad, le obligó á retirar esa renuncia que fué secuestrada en el portafolio del Culto, y le obligó por el medio más eficaz: el de la tierna y encarecida súplica á que él era incapaz de resistir, aun que fuese á expensas de su vida.

Elegido Arzobispo de la Plata en 1,886 renunció esta alta dignidad, por no abandonar su querida Cochabamba, y seguramente también, por humildad. Más tarde, al fallecimiento del Reverendísimo Puch, se negó igualmente á reemplazarlo, y contrajo los últimos años de su cansada vida, á saborear los albures de ella, con la grey que el cielo le confió.

Nada nos ha dejado escrito, si bien sería de sobra como monumento de su singular, talento, coleccionar y publicar sus sermones, como los del Obispo de Meaux. Sin la magestuosa é imponente presencia de Bossuet (pues era pequeño de estatura, enfermiso y débil) reunía sin embargo accidentes oratorios que rara vez adornan á un hombre. Voz metálica, arrogante; mirada escrutadora y profunda, arrojaba por sus pupilas, raudales de inosencia y de candor. —Sábio—en su trato ordinario con los Doctores y los



Padres de la Iglesia, formulaba la doctrina de Cristo ante sus hijos, concórdandola con las ciencias físicas y comprobándola con la historia que la hacía palpar en enormes síntesis, del mismo modo que Bossuet.

Y tal vez, mucho más que el Aguila de Meaux, se imponía á su auditorio por su unción sublime de sacerdote. El de Meaux, tenía la tacha de aristócrata y soberbio. Granado era humilde como un Car-tujo. Por eso, su auditorio siempre le ayudaba á llo-rar, porque la peroración de sus discursos, siempre era un gemitó largo y prolongado. Si él hubiese habla-do en presencia de Luis XIV y de su brillante Cor-te, tal vez no se hubiese atrevido á apostrofar nunca al «*Arbitro del mundo*» para que aprenda á humillar-se; pero, estamos seguros,—era muy posible, que lo hubiese hecho llorar.—¿Acaso la gran Corte, tenía hombres cuyo corazón era amazado de otro barro que el de los cochabambinos?

Se parecía al gran Bossuet, hasta por su pre-dilección á las oraciones fúnebres. Era una Imagi-nación melancólica, magestuosa y grave. Ciertó es, que no tuvo príncipes como Condé ó Reinas como la de Inglaterra, cuyo cadaver hacía patético directo y terrible; pero, ¡qué importa!—Cada año tenía al Gran Mártir bajo cuya cruz, gemía como un cisne. Las tres

horas de la Cruz, se extaciaba cantando y llorando, debajo del Santo árbol. Tenía de ruiñeñor el trino. De grande orador sagrado, tenía un corazón tierno é inflamado de caridad. No hablaba en un púlpito común. Su tribuna era el Calvario mismo en que alguna vez, los hemos creído ver á Juan y á la Magdalena, llorando mudos: A Granado *explicándose* á lado de los dos.

¡Y esa lengua se ha endurecido! ¡Y esos labios se han cerrado ¡frios!.....los cochabambinos¡Dios Santo!.....ya no volveremos á oírle!

Ahora, en los campos de la bienaventuranza, no departirán con él las grandes figuras y los santos de la Ley antigua. Su compañía, será sin duda, de Santos americanos. Estará departiendo en las orillas del invisible Eúfrates, á la sombra de floridos juncos, con Isabel Flores (Santa Rosa), Toribio Mogrovejo, San Alberto, Bartolomé de las Casas, Juana Azurduy de Padilla, Eulalia Buroz, Policarpa Salabarieta, y tanta otra agradable compañía (1).

(1) La primera y segunda, muertas combatiendo por su patria; la tercera fusilada por ella misma.



VI

ERA un ciudadano y un ardiente patriota. Por eso profesó toda su vida, profunda veneración al inolvidable La Tapia, y más de una vez, le hemos oído en la sagrada tribuna, encomendar lleno de amargura y abatido de pesar á los guerreros que marchaban á combatir defendiendo la patria, contra una agresión que etérnamente será un alevoso crimen,—cuando Chile apuñaleaba con felonía á sus vecinos. Las dominaciones de Melgarejo y de Daza, han sido para él una época de luto, puesto que lo eran para su querida patria.

Es bajo el inmenso prestigio de estos antecedentes, que concurrió á la Capital de la República al Concilio Platence cuyo discurso inaugural pronunció, escuchándole un inmenso auditorio, abrazado de la fiebre de escucharle. Dada la colosal reputación oratoria del Príncipe de la Iglesia Cochabambina, había sed devoradora de oírle, y el gentío se atropó con furor para ver en la Tribuna del Espíritu Santo, á este heredero de los Bernardos y los Crisóstomos.

Pero, el señor Granado, era sobre todas cosas

Obispo Católico, y antes que hombre, era Obispo. Le vida era incomprensible para él, sin la Iglesia Romana, y tenía bajo este respecto, la inflexible intolerancia del expositor Teólogo. En su modo de pensar, las palabras *crimen y Revolución francesa*, eran sinónimas. No veía de este movimiento colosal, más que las horrendas viciones de un Rey mártir, de una Reina degollada, de las hecatombres de Setiembre, de las blasfemias de los Cordeliers y los Jacobinos, el Rhin transformado en una línea estratégica en q' se libran terribles batallas, el Danuvio, el Pó y el Ródano, arrastrando sus ondas enrojecidas con sangre humana, la Alemania siete veces bañada en sangre, la Italia, la Bélgica y la España despobladas al filo del sable, la Europa ennegrecida con el incesante fogueo del cañón, el derecho insurreccional transformado en dogma, el principio de autoridad divina envilecido por los suelos, el Papa apresado y ultrajado, la bayoneta convertida árbitra suprema de las naciones, el culto del Gé-nio humano representando por la Diosa ; Razón y personificado en Bonaparte;.....para nuestro Obispo, la revolución del 89, no era más que la noche larga de una fiebre universal. un acceso de furor espantoso en que todo era tétrico y sombrío, y cuando hablaba á la brillante juventud Sucrense, desahogó

ese rencor siempre comprimido y siempre inagotable, abrió su tierno corazón y exhaló su odio contra ese terrible movimiento de demolición y ruina.

Era un Obispo, ¡que hacer!

La juventud Sucrense cometió la falta de no perdonar ese odio de Santo, en gracia á la buena fé y á la pureza de intención del orador.—Debía callar en presencia del Obispo católico, y dar razón á su sistemática detracción. Jamás un Obispo puede ser panegirista de la Revolución, por más que la Revolución, venza, humille y abata á sus impotentes enemigos. Necesaria es también la tolerancia para estos, al menos en la persona de sus eximios representantes como el Señor Granado.

«Hombre de mucho talento, pero implacablemente fanático,» le dijeron, y no es así. ¡Qué!—Hubierais querido acaso, que Pío VII haga el elogio de su prisión en Fontainebleau?—Es mucho exigir, por cierto, y esa exigencia desatentada, hirió profundamente el amargado corazón del Señor Granado.

VII

27 años ha regido y conducido á su Iglesia



—más de un cuarto de siglo, y ha fallecido, cumpliendo apenas 60 años. El sufrimiento moral lo ha conducido al sepulcro.—En verdad, su vida ha sido un *via crucis*, bien sufrido y callado. No tenía derecho de hablar, y tenía obligación de callar.

Preciso es haberlo visto en el ejercicio de sus augustas funciones, apurando en silencio, pero hasta sus eses, «*el cáliz de la amargura*», y esa copa la ha tomado, día á día, momento á momento.

Un Obispo, no es una figura de fantasía vestida de seda grana ó morada, para ostentarla en solemnidades de Tabla. Cuando él sabe cumplir su deber, es un depositario general, de todas las cuitas, de los sufrimientos y de los dolores que trabajan á una sociedad. El no se desayuna, sin haber tomado antes una posión de lágrimas que es imposible que falten en una sociedad y que necesariamente, tiene que humedecer la mano amiga del Prelado, cuyo calor no se enfría ni con el helado aliento de los agonizantes. Los últimos encargos del padre de familia que muere, son para él.—La madre de una familia, le revela sus congojas y sus pesares secretos, en medio de un abundoso llanto. El atraso económico de los unos, los compromisos de estos, las desgracias imprevistas de aquellos, las conmosiones y las luchas intestinas,.....

todo debe hallar éco en el corazón de ese confidente obligado y único,—co-deudor solidario de cuantos padecen por cualquier motivo que sea.

¿En qué no intervenía el Señor Granado?—Si la justicia ejecuta á un culpable, el Obispo ha de recibir la confesión de su remordimiento y ha de calmar su tribulación, ofreciéndole un fragmento del cielo. La novia á quien los celos atormenta, el amante desdichado que no tiene esperanza, el infeliz cuya filiación bastarda lo hace un desheredado, llevan su reclamo á deponerlo bajo la cauda episcopal que por algo tiene tanto vuelo. «*Venid á mí los que padecen,*» había dicho Cristo. Pues en la tierra, tiene un representante aquien ocurren todos sin ser llamados, una víctima expiatoria de todos los males y las calamidades, tanto públicos como privados.

En una sociedad todos los asociados llevan sus ahorros y sus capitales, á depositar en los Bancos que el crédito social ha establecido.—Esas enormes cajas, reciben dinero y almacenan riquezas deslumbradoras. La magnificencia pública y su poder productor, se guardan allí en barras, ó en moneda sellada de oro ó plata.—Esos sótanos son un receptáculo de todo lo que tienen los hombres atesorado. Es el sudor caído de la frente del hombre, condensado, solidi-



ficado, convertido en un metal duro, laminable, maleable y ductil; pero, ¡ay! otro Banco público existe, que no es más que el corazón elástico y frecuentemente llagado de un pobre hombre. El público lleva allí á depositar todas sus miserias, que aglomera y consigna en cantidades estupendas. Banco de penas, Banco de angustias, tesorero de sinsabores, cual más, cual menos, deposita su óbolo de disgustos en ese «*monte de piedad*».

Cuando las leyes positivas callan; cuando la Constitución del Estado nada dice; cuando la vindicta pública enmudece, los padecimientos secretos y vergonzantes, buscan un receptáculo para deshogarse, y vacían todas sus quejas en un alma que abarca todas las jurisdicciones en el fuero de la conciencia. Quejarse al Obispo, casi equivale á quejarse á Dios. Cuando menos, es el recurso supremo de la desesperación, el juez del pleito perdido, el Ministro necesario del perdón que santifica,—el médico que cura muchos males con las panaceas del olvido, el Apóstol de las reconciliaciones necesarias, el gran árbitro de todos los delicados negocios del fuero interno.

El que ya no puede más, dice: «*lo veré al Obispo*».

Pero, es menester que ese pararrayos de la pe-



na en sus mil variadas formas, sea un Granado, es decir, que ejerza funciones de padre é invista carácter de tal. A él le deposita cada cual su pena. De él sacan todos, ya que no un caudal, siquiera sea un átomo de esa consolación que embalsama.

¡Estrañó Banco! Depósito de penas y dolores. Emisión de alivio y de consuelo.

Pero, llegó un día en que ese corazón ha rebosado.—El depósito ha excedido de la raya que forma su colmo. El padre de sus conciudadanos, ha cargado su pecho con excesiva cantidad de angustia. Es por eso que ha muerto del corazón.

VIII

EL Cristianismo tiene el privilegio exclusivo de formar esos caracteres que resisten indefinidamente á los más furiosos embates del dolor y de la pena. La religión conforta y vigoriza, dá aliento. energía y resistencia increíbles,—como se observa en sus mártires. El dolor físico, se vuelve un embeleco para estos heroicos retadores del tormento material y moral, tanto más heroicos para arrostrar el sacrificio, cuanto

más humildes se les vé en sus relaciones con sus semejantes.

Nuestro Obispo, hombre a quien nada se le puede reprochar en su vida privada, cuya existencia fué escenta de debilidades, flaquezas y miserias, cargaba con bisarria y sin quejarse, todo el peso de las debilidades y flaquezas de los demás, y abrumado de tanta fatiga, tenía dos cualidades características: La una era la de que de esos labios, jamás salió ni indirectamente el reproche, y mucho menos el denuesto para nadie. Se denunciaba un crimen ante él, y en lugar de reprenderlo, ¡lloraba en silencio!—No tenía carácter ni para castigar el delito.—Su exhortación, siempre era súplica encarecida, deprecación vehemente procurando todavía atenuar el delito ó falta, ante el mo sindicado.

Y como el crimen causa un mal, se creía obligado á expiarlo él, sufriendo por el culpado.

El Obispo de Hipona fué así. Jamás en su presencia se hablaba mal de nadie ni se afeaba vicio ó defecto alguno, y su ardorosa caridad que es la última palabra del Evangelio, se extendía «*hasta á los enemigos de la fé*». La caridad no conoce enemigos.

Su otra virtud favorita, era esa esterioridad invariablemente serena, apasible y risueña. Su alma

torturada, estaba siempre oculta por una fisonomía cuyo modo de ser ordinario. era la amable y candorosa sonrisa. Ese cielo no tenía nubes, sea que el dolor físico quebrante al hombre, sea que el dolor moral le sofoque. ¡Caracteres egregios!—Esos seres extraordinarios son como Scévola que deja quemarse un brazo sin preferir un ay! y sin encoger los músculos de su cara.

Cuéntase que Santa Teresa de Jesus. era una mujer atormentada por terribles dolencias físicas, y que, nunca exhaló una queja, embevida siempre en la contemplación de la belleza perfecta é ideal de Dios, que su imaginación de fuego le hacía entrever de un modo sobrenatural. Ese corazón tan ocupado en amar, absorbía absolutamente su ser. Santa Teresa no tenía tiempo para sentir el dolor físico, tanto es cierto que en los caracteres superiores, la vida del espíritu toma tal desarrollo á espensas de la materia, que esa materia queda olvidada y eliminada en las abstracciones de que se alimenta la intelijencia. Una fuerte impresión moral, hace olvidar las necesidades materiales, y el inefable contentamiento del espíritu, irradia placer infinito en un cuerpo atormentado por sufrimientos corporales.

Así la religión del Crucificado, llega á los mis-

mos resultados que esa sublime escuela imaginada por la filosofía Griega, pero por caminos muy diferentes, y con éxito muy desigual. El Stoico, desprecia el dolor físico, ¿por qué?—Por orgullo de hombre.—El cristiano no siente ese dolor, ¿por qué?—Porque no tiene tiempo de tomar nota de él, absorbido en la contemplación del Ser infinito. El stoico hace el bien por cumplir las leyes de la naturaleza; el cristiano lo hace porque se somete á la voluntad infalible y Suprema. El discípulo de Zenón, se yergue con altivez y ordinariamente se declara vencido, dejando su bella doctrina relegada á las páginas de un libro. El discípulo de Cristo, impetra con humildad y recibe una energía sobrenatural que remata necesariamente en una grandeza imposible de encarecer. El stoicismo es un mito. El Cristianismo es una grande y divina realidad.

Un ejemplo entre nosotros: el Señor Granado. Alma tan delicada y sensible, era "*el hombre de las penas*", y sin embargo, ¿quién no ha conocido esa imperturbable sonrisa de contentamiento perpetuo?—¿Cuándo no tenía la risa del hombre bueno en los labios? Devorado des ufrimientos, parecía no obstante irradiar placer por su frente. El dolor lo consumía, pero, ¡siempre estaba en un lecho de rosas!

¿Exageramos?

Pues entonces, debíais ver su cadáver. ¡Todavía sonreía con su habitual bondad! La muerte no ha podido dar á su fisonomía la apariencia del desagrado. La muerte no ha podido modificar sus pupilas ni encoger los músculos de su frente!

He ahí la obra de la religión que santifica. Hacer á los humildes tan fuertes, que son superiores á la muerte misma.

Esa es la muerte de los santos: La de nuestro Obispo.

Ahora, ha terminado para nuestro Obispo, esa dulce sonrisa que servía para disimular y ocultar el fuego del sufrimiento elevado hasta el rojo, calcinando el cuerpo y alma.....

.....

¡Ya no hay más sufrimiento, Sor!— ¡Ha acabado la página sangrienta y tétrica de la vida!—Gozad Sor., gozad, que pocos tendrán tanto derecho como vos, y que ese goce merecido, sea por siempre, jamás!

Cochabamba, septiembre 28 de 1,895.

Remember.

Los honores fúnebres tributados al Ilmo. Señor Granado, han sido como merecía ciertamente nuestro Ilustre difunto. Toda la ciudad sin distinción de clase social ni de persona alguna, se ha agolpado á llorar sobre su féretro.

Murió á las 8 p. m. del 25.—El 26 permaneció su venerado cadaver en el palacio episcopal donde el gentío se agolpó sin cesar, de día y de noche, para convencerse *de visu* de que en verdad, había dejado de ser, un hombre tan raro y tan querido.—Fué necesario que el cuerpo de bomberos y un piquete de la columna de guarnición contengan algo, á la muchedumbre que afluía allí en tristes oleadas.

El 27 á las 10 a. m., fueron trasladados sus restos á la Catedral que él Consagró, y se mantuvo á la espectación pública hasta el 28 á las 3 p. m. en que debían inhumarlo. Es fama que la clase artesana y en especial las mujeres del pueblo, burlaban la vigilancia de los Guardianes del sagrado resinto, para robar al Señor Obispo muerto, una ebra de su cabello ó una fracción de sus vestiduras, con el fin de hacer de esos objetos un amuleto. Si el hecho es cierto, he ahí un

robo que lejos de ser delito, es un culto sensillo tributado á la virtud.

A las 3 de la tarde del 28, el V. Cabildo Eclesiástico encabezando á las corporaciones, sacó el féretro al atrio del templo donde hicieron uso de la palabra el señor Prefecto del Departamento General Julian María López, el señor Vice-presidente del Honorable Concejo Municipal doctor Lizandro Quiroga, el señor Presidente de la Corte de este Distrito Judicial doctor Eulogio Bayá, el señor Rector del Colegio Nacional doctor Manuel Tabora, el profesor de Historia del mismo doctor Espectador Vergara, el Vice-rector del Seminario Conciliar doctor Federico Irigóyen y el Párroco doctor Manuel María Alcócer.

El cadaver del Señor Obispo puesto en una urna de vidrio, era llevado sobre las cabezas de sus conductores y desfiló en un radio de tres cuadras en derredor de la plaza "14 de Septiembre" entre los oficios de difuntos entonados por el clero, y las marchas fúnebres tocadas por una banda militar. El convoy se componía de toda la población esparcida en tan dilatado itinerario. Un hermoso carro repleto de guirnaldas, precedía al cadaver.

En una de las columnas que sostienen la capilla de los sagrados Corazones de Jesús y de María en

la Catedral, se preparó un nicho donde se dispuso con artística habilidad, un sillón dorado á dirección del ingenioso Doctoral de este Coro señor Aniceto Alba Vallejo; más, antes de depositarlo en este último asilo, hicieron todavía uso de la palabra, el Presbítero doctor Andres Sarmiento, el igual doctor Erasmo Arze, el doctor Angel María Borda, el doctor Melitón Goitia, el Reverendo Padre Pierini del Colegio de "*Propaganda Fide*" y el joven Ernesto Careaga.

Escusado es decir que estas alocuciones cuya mayor parte se hicieron en representación de las diversas corporaciones del país, fueron tan sentidas y conceptuosas, como inspiradas por el sentimiento mismo.

Al cerrar la noche, fué depositado el episcopal cadáver en su nicho, llevando su báculo, en esa actitud de pontificar en que fué tan magestuoso y venerable, durante 27 años, y se le cubrió con una loza. Prestándonos la palabra sensilla y feliz del señor Arcediano de este Coro doctor Jasinto Anaya, "*he ahí, en esa loza cineraria que le ha cubierto, el último resí-
duo de su grandeza*"!

Otro remember.

VUELVE el Señor Granado de haber hecho su última visita pastoral en los curatos de las provincias X, Y, Z,..... muy fatigado, pero aparentemente sano. No podía caminar más de una cuadra, sin que la agitación de su pecho le ahogue. Dícese que vuelve de su gira episcopal, materialmente intoxicado de disgustos y sinsabores, que él sepultaba como de costumbre en ese pecho ya muy colmado de contrariedades.

El Presidente de la Municipalidad de Quillacollo doctor Darío Montaña, de acuerdo con la Junta y con todo el pueblo, lo reciben oficialmente en él, haciendo los esfuerzos posibles para congratularlo y distraerlo, entre porfiadas manifestaciones de respeto y de cariño. El Prelado se queda cuatro días en Quillacollo.

Pasa por Quillacollo el hermoso carro fúnebre que nuestro Concejo Municipal, ha tenido la feliz ocurrencia de hacer traer. Venia con su lanza rota; pero, el mueble es efectivamente precioso.

Al verlo, el Ilmo. pasajero, queda muy contento de esa adquisición que ya era inaplazable. Uno

de los circunstantes, le dirige este saetazo, ocurrencia del acto.

“¿Quién estrenará este carro, señor?”

Se turba el Prelado, abre sus enormes ojos tan penetrantes y tan hermosos, y para ocultar su sorpresa, recurre á su risa tan melancólico como habitual:

“Já, já, já!—¿Quién estrenará este carro? ¡Qué tristeza idea! Já, já, já!—¿Quién será?”

Al día siguiente, apenas llegó á la ciudad, dizque le esperada, más de un caliente entripado.— Lo de más.....ya lo sabemos.

El ha estrenado ese lindo carro mortuorio.

PRESIDENCIA DE LA JUNTA MUNICIPAL

Tarata, septiembre 26 de 1,895

Al señor doctor José Quintin Mendoza.

Cochabamba.

Señor:

La Junta que presido, en sesión extraordinaria del día de hoy, lo ha nombrado á U. su Delegado.



para asistir al entierro de su Ilustrísima, llevando la palabra oficial á su nombre.

Para cualesquier objeto, transcribo á U. la ordenanza dictada al efecto.

Con tan sentido motivo, cábeme la honra de suscribirme como su

atento

servidor

Majín de Mendoza.

COPIA.—Presidencia de la Junta Municipal. Tarata, septiembre 26 de 1,895.—Habiéndose recibido en esta fecha la infausta noticia de la muerte de S. S. Ilma, doctor Francisco María del Granado, Obispo de la Diócesis, cabe á la civilidad y cultura del pueblo de Tarata guardar un duelo extricto, manifestando así su sentimiento, por tan irreparable pérdida. —En su virtud, publíquese por bando, enlútese los edificios públicos y casas particulares durante tres días; pásese copia de esta orden al señor cura encargado, para que por su parte, mande celebrar los ofi-

cios de difuntos según rito.—Majín de Mendoza.—Es conforme.—Tarata, septiembre 26 de 1,895.

Demetrio Noya.

*Al señor Presidente de la Honorable Junta Municipal
de Tarata.*

Señor Presidente:

He recibido su estimable oficio de hoy, en que á nombre del municipio que U. dignamente preside, se ha servido U. constituirme representante del aflijido pueblo de Tarata, para llevar la palabra en su nombre, en la triste solemnidad de depositar en su último lecho, los restos mortales de nuestro venerado y santo Obispo el doctor Francisco María del Granado.

La delegación de nuestra querida Comuna, ha llegado muy tarde, cuando ya terminaba la magestuosa solemnidad con que la Iglesia cochabambina guarda los despojos de nuestro ilustre Prelado, por manera que, no he podido llenar el cometido de

ese pueblo, verbalmente como hubiese deseado; pero, me adelanté á interpretar y manifestar nuestro común dolor, en las columnas de EL SIGLO XX, que debe reputarse como una ofrenda especial del pueblo de Tarata, á la pura é inmaculada memoria del tercer Obispo de Cochabamba.

Con este triste motivo y deseando que el Providente nos envíe un pastor digno de suceder en sus augustas funciones, al santo personaje que hemos perdido, me suscribo de U. y de esa Honorable Junta, muy atento—

Seguro

Servidor.

José Quintín Mendoza.

Cochabamba, septiembre 28 de 1,895.

Sub-prefectura de la Provincia de Tarata.

Septiembre 28 de 1,895.

Al señor doctor José Quintín Mendoza.



Señor:

A nombre de la autoridad Política, representada en este pueblo por el suscrito, me insinuo eficazmente con U. á fin de que se digne representarla en el entierro del Ilustrísimo Obispo de la Diócesis.

Con este motivo, tengo la alta honra de suscribirme como su—

obsecuente

servidor.

José C. Canedo.

Al señor Sub-prefecto accidental de la Provincia de Tarata.

Señor:

Contesto á su atento oficio de hoy, en que se sirve U. constituirme representante de la autoridad política de esa provincia (del mismo modo que el municipio de ella) para manifestar el dolor de ese pueblo, sobre los restos mortales del egregio Prelado

doctor Francisco María del Granado, á quien con justo motivo hemos debido llamarle con el dulce nombre de "*nuestro padre*",—manifestándole que esa honrosa delegación que habría tenido mucho agrado en cumplir, la he conocido muy tarde y pasada ya la triste solemnidad con que la viuda Iglesia de Cochabamba, ha guardado el frío cadáver de su incomparable Obispo.

Pero, me cabe la dulce satisfacción de haber escrito con lágrimas y en nombre de mi querido campanario, la humilde ofrenda que registran las columnas de EL SIGLO XX que le incluyo.

Agradeciendo su confianza en este momento de aflixión que la Providencia nos ha enviado, me suscribo de U., muy atento

Seguro

Servidor.

José Quintín Mendoza.

El Ilustrísimo Señor

FRANCISCO MARIA DEL GRANADO

OBISPO DE COCHABAMBA.

LA noticia de la muerte de tan prexelso boliviano ha causado duelo nacional.

¿Por que fué Obispo? No. Han muerto varios sin que se produjera ese lamento tiernísimo del pueblo huérfano.

¿Fué un rico, un poderoso? Nó.

Fué un humilde pastor de su grey;—un sacerdote cristiano de vida ejemplar, inmaculada; un hombre de talento, de vasta instrucción; un orador digno de la Cátedra del Espíritu Santo; un hom-

bre del pueblo que ejercía la caridad sin odio para nadie.

El duelo nacional ocasionado por la muerte de tan ilustre personaje no es de forma, no es oficial, ni obligado por decretos supremos, como acontece cuando mueren los que se hallan en el poder: es homenaje al hombre que ha dignificado á la humanidad con la práctica de la virtud. Cúanta gloria merece quien se impone al amor respetuoso de sus conciudadanos y compatriotas por haber sido útil á ellos, por haber sido virtuoso.

El noble pueblo de Cochabamba, conocedor íntimo de las virtudes y mérito personal del que fué su Ilustrísimo Obispo, ha manifestado su gratitud, su amor, en espléndido funeral.

Todas las clases sociales, sin excepción han depositado en la urna funeraria del Obispo Grando, la hermosa guirnalda de amor, formada por las valiosísimas flores del respeto, del sincero afecto, de la admiración, que ostentaban el perfumado rocío de las lágrimas de la gratitud.

Sus ilustres hombres, sus pensadores, le han dedicado merecido elogio en forma correctísima, elegante, instructiva, con el sensato enlace de sus ideas, anunciando la inmortalidad del dignísimo Obispo.

Sus matronas, sus beldades, agrupadas con el pueblo, con los niños, han elevado su casta oración á Dios pidiéndole gracia, la luz eterna, para el padre espiritual, cuya falta ha sido llorada sinceramente.

Cesó la vida del hombre.—La envidia, la negra calumnia, pudo haber empañado el terso cristal de una reputación inmaculada, y no lo hizo por que fué imposible; ahora principia la apoteosis del héroe de la vida.

En esta lucha constante del alma con las necesidades de la materia, cuan pocos son los virtuosos.

Veinte años de dura prueba, á la espectación pública de la malediscencia, han confirmado la honrosa reputación del afamado Obispo de Cochabamba.

No hay quién no le llame el justo. La población de Cochabamba le tributa homenaje excepcional y con ella todo Bolivia.

Indudable es que la infausta noticia de la muerte del señor Granado, cauce igual emoción entre los hombres ilustrados de los Estados vecinos, que conccían la fama del insigne Obispo é ilustre vate, y en todo el orbe católico, porque el orador sa-

grado que interpreta con fidelidad la doctrina cristiana con tanta sabiduría como sagacidad, debe ser llorado por los altos dignatarios de la Iglesia, por el clero en general; porque fué la honra y préz de su clase; por todos los cristianos, porque confirmando con su conducta la belleza de la doctrina, dignificó en su persona á la universalidad de los creyentes.

Imagínaos por un momento que al rutilante brillar del medio día, viérais morir al sol, dejar de existir ese astro del Universo; tal es la impresión causada en Cochabamba por la muerte de su venerado y muy querido Obispo.

Sus bien meditados discursos, sus conceptuosos y floridos versos, una conducta irreprochable, dan testimonio de su privilegiada inteligencia.

El testimonio de veneración del pueblo boliviano, al virtuoso Obispo, forma la base del monumento que le consagra la inmortalidad en la memoria de sus conciudadanos y compatriotas.

Con lágrimas vertidas por el noble sentimiento de la gratitud, recordarán los huérfanos y desvalidos, del verdadero padre del pueblo.

Los sacerdotes, en su árdua tarea, recordarán de aquel compañero humilde que los dignificó

con su ejemplo.

El pueblo boliviano ha gravado ya en su historia la apoteosis del héroe de la vida, del dignísimo discípulo del Crucificado.

Virtud! bendita seas. Tú dignificas al hombre á su propia vista; le enalteces; le procuras el mayor de todos los bienes: la satisfacción de la conciencia; la paz del alma: y lo que es más preciado, la certeza de una vida eterna, llena de gloria; vida de espíritu sin las imperfecciones de la materia.

¡Virtud! no eres solo una palabra, sintética que expresa todas las buenas acciones de los mortales, existes realmente personificada en aquellos seres, que por la cultura de su inteligencia, dan tal predominio á su voluntad, que en la constante lucha de la vida, se sobreponen á las imperfecciones del organismo, á las viles pasiones que causan la infelicidad de los hombres.

Uno de esos felices mortales ha sido el señor Francisco María del Granado; pruébalo el testimonio no solo de Cochabamba, sinó de todo Bolivia.

Bendito sea.—Su memoria servirá de fé y esperanza para su pueblo, que tiene el deber de

seguir la luminosa huella de su padre, de su pastor.

Felíz el pueblo que tiene tan dignos modelos que imitar.

Oruro, octubre de 1,895.



Monseñor

Francisco M. del Granado

A un hombre grande.

QUÉ merece el mortal que siendo hermano
rastros de un ángel en su senda imprime?
que aun que dichoso busca al ser que jime
y aun que titán llama al pequeño—*hermano*?
el que es alto. eminente, soberano
más sin que á serlo la ambición le anime?
el que es humilde sin ser vil, sublime

sin ser deforme, y grande sin ser vano?

No merece, sin duda, que arrogante
la voz le alabe ó le alce nuestro celo
un monumento audaz que se levante
algunos piés sobre el nivel del suelo:
merece, sí, que el mismo Dios le cante
y que su pedestal llegue hasta el cielo.

Sucre, mayo 1,897



Discurso pronunciado en las exequias

fúnebres del Ilustrísimo y

Reverendo Obispo de

COCHABAMBA

POR EL DR.

Mamerto Oyola.

SEÑORES.

ME consideraría indigno de volver á este asiento, sinó pronunciara dos palabras en tan so-

lemne ocasión.—Lo comprendéis, señores. no es mi ánimo derramar fraces inspiradas, que suelen producir golpes de excena, corrientes facinadoras de elocuencia.—No: los sueños de la vida pasaron ya para mí.—

Uno de los más grandes Obispos de Sud-América, el que fué Francisco María del Granado, ilustre hijo de Santa Cruz é insigne Prelado de Cochabamba, ha vuelto al seno del Eterno que le dió origen, después de esa lucha incesante del bien contra el mal, del vicio contra la virtud; de esa lucha, en que cada hora que pisa, es un dolor, y cada minuto un sacrificio.—Cuando pensaba que algunas ovejas les descarriaban, las llamaba á redil: ¿cómo?, con el acento de su dulce y lírica palabra, tierna solícita y llena de mansedumbre: atributo sublime de los grandes espíritus.—Se levantó á las altas concepciones de la ciencia; para combatir con ella los genios del mal; desde lo alto de la Cátedra; de la prensa; reimprimiendo obras escogidas, á fin de apartar del corazón de la juventud, el tóxico de las doctrinas sensualistas: su vida fué vida espiritual: renunció el Arzobispado, y varias veces quiso separarse de su Diócesis: su Mitra fué símbolo espiritual del verbo, colocado entre

Dios, y su grey ¡que grande fué el egregio Sacerdote, hijo de las verdes palmeras, y pastor de la ilustre Ciudad de Cochabamba; de la tierra clásica de la libertad, y patria de encumbradas ilustraciones: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos:» *«multi sunt vocati pauci vero electi»*.—(San Pablo).

El Señor Granado feliz sobre esta tierra, movediza, fugaz; fué acariciado y respetado de la parte más culta, hoy lo es doblemente, gustando de las beatitudes del espíritu en la vida eterna. Cuando Mirabeau se hallaba próximo á la muerte, la juventud Parisiense, se apresuraba; á ofrecerle su sangre para salvar su vida, es que sobre la frente de ese coloso de la elocuencia, brillaba la chispa del genio.—Sobre la frente del ilustre Mitrado, no sólo brillaba la chispa del genio, sinó más que todo, los resplandores de la virtud más pura: nosotros podemos decirle: «¡Oh! quién hubiera muerto por tí». Escogido como la blanca azucena de Salomón; para ser madre de la celeste flor de Nazaret; escogido para dejar ejemplos, de virtud y vida santa, ha vuelto atraído por la mano que le ungió la frente, con el Óleo de la inmortalidad.

Con el alma contristada dirigimos un voto de condolencia á la acongojada ciudad de Cochabamba por la sensible pérdida de su digno Prelado.



Francisco M. del Granado

(In memoriam).

«En triompho sur tous les cocuis.»

COPÉE.

Príncipe de la Iglesia, tú de virtud modelo
Fuiste, y el pueblo un trono te alzó en su corazón;
Bolivia que te amaba te llora hoy en su duelo;
Que tu inmortal espíritu, que vive yá en el cielo,
Escuche de este pueblo la férvida oración.

El pueblo que bendice tu nombre, y tu memoria
Llorando está tu ausencia, magnánimo pastor;
Tu nombre que ha pasado purísimo á la Historia,
Lo evocará la patria, pues de ella fuiste gloria
Y del episcopado gloria también y honor.



A tu memoria digno, brillante monumento
La noble Cochabamba mañana elevará,
Pues no se aparta nunca de tí su pensamiento
Y ella honrra las virtudes, la gloria y el talento,
Y tu recuerdo en ella por siempre vivirá.

La mística azucena, la cándida violeta
Formando en tí se vieron la más hermosa unión;
A la virtud de santo, la gloria de poeta,
Y tú en un trono digno del santo—rey—profeta:
Un trono que lo forma de un pueblo el corazón.

Tarija,—1,897.

Francisco M. del Granado

Quiero mostraros en una
sola muerte, la muerte de
todas las grandezas humanas.

BOSSUET.

GRANADO ha muerto.....y la
noticia arrancó de todos los pechos, un grito que
tenía el acento con que lloran los huérfanos: "ha
muerto el Padre del Pueblo". Sí; el Padre del Pue-
blo, porque todos los de este vecindario le hemos
querido con afecto filial. Partía su pan con los po-
bres; consolaba á los aflijidos; predicaba la verdad;

quería á todos y á todos edificaba, con su vida inocente, prolongación de su vida de niño, pero llena ya de santas acciones y de pensamientos graves, de dulzuras infinitas y de calladas pesadumbres.

Un día, no lejano entré en su obispalía, como de costumbre; esta vez sin ser visto. Estaba de pié, en la puerta de su habitación de estudio, un mendigo, viejo cubierto de mugrientos harapos; parecía el infelíz una sombra que se había escapado por la grieta de un sepulcro, tal era de macilento.

Al verle me detuve, cuasi en el vestíbulo.

Entonces salió el señor Granado. Me figuro verle todavía: su estatura pequeña, pero con buenas proporciones; su cabeza gruesa; su frente ancha; sus ojos apasibles; su continente grave y afa-
ble; salió y después de poner una limosna en la palma de la mano rugosa del pordiosero, creyendo talvéz que nadie le observaba, besóle en la frente, con paternal ternura.....

Esta escena íntima no estaba aislada, la precedieron otras igualmente solemnes y otras las sucedieron de análoga solemnidad; quiero decir que el óptimo Obispo de Cochabamba, vivió con la mano constantemente extendida hácia los desvalidos. Si mi pluma siguiera la línea de mis recuerdos sola-

mente, sin guiarse por los ajenos, escribiría un libro y no estarían aun, en sus numerosas páginas, todos esos actos cristianos, disimuladamente estudiados por mí, durante algún tiempo.

Es por ello que me limito á recordar ese hecho, ese solo hecho, tomado sin selección, para mostrar has'a que punto puede perfeccionarse la naturaleza humana, en el seno de la Iglesia Católica, más bien que para honrar la memoria de Granado.

Cuando los turbiones de la desgracia agitaban un hogar, aparecía Granado con los inagotables consuelos de la religión y con los recursos de su caridad, como recordándonos que cuando sus yá muy apartados tiempos, se desató el viento en horrendos silvos y su eco resonó en las inundadas montañas, fué entonces, que rozando las ondas con el ala, voló la paloma de Noé.....Granado era para los desgraciados lo que aquella paloma fué para el arca: simpático anuncio de haberse alejado la tempestad.

En cumplimiento de su augusta misión el Obispo de Cochabamba, ocupaba con solicitada frecuencia la cátedra del Espíritu Santo: allí, también era admirado: ilustrado de inteligencia poderosa, de



dicción correcta y sonora, sus sermones empezaban por calmar el espíritu de los oyentes y levantarlo. después, arriba, más arriba hacía el cielo azul en cuyas serenas inmensidades se saludan las almas de los que han muerto y de los que están orando.

Cuando Granado hablaba, permítaseme la hipóbole, podía haberse á través de su discurso, la idea, volando de percepción en percepción, como el águila *profero*, hasta pozarse en la cumbre más alta del sentimiento religioso. Sus discursos salían envueltos de sus labios en eso que la Bruyère llama: "tristeza evangélica", *que es el alma de la elocuencia cristiana*.

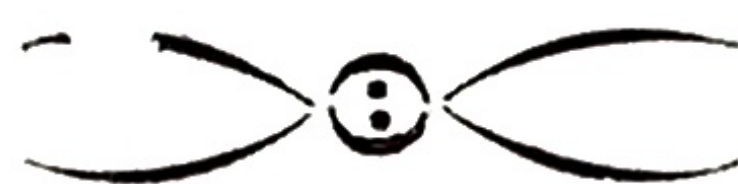
En el gobierno de la Diócesis, Granado tenía una igualdad asombrosa de carácter; siempre la misma mansedumbre, por lo que algunos poco expertos creyeron que era demasiado débil. Ah! sí; débil; pero su debilidad, era la dulce languidez del alma sin remordimiento, la debilidad del sacerdote, de esa divinización de lo humano, que no aborrece, que no devuelve el ultraje, que ama y que perdona.

Afable y sonriente para los buenos, afable y lloroso para los malos, tales eran sus dos manifestaciones. La sonrisa y la lágrima, son los dos extremos por los que se tocan la tierra con el cielo, lo fini-

to con lo eterno.

¡Granado ha muerto!

Inclinemos las cabezas.....



Francisco M. del Granado.

Señores:

CUANDO contemplamos en la vida, la existencia de esos hombres privilegiados que se presentan como constelaciones luminosas en el cielo de la Patria, y al desaparecer nos dejan la memoria refulgente de su personalidad; preciso es entonces hacer el recuerdo de sus talentos y virtudes, considerándolos bajo la triple faz de la inteligencia, del sentimien-



to y de la voluntad, dotes exelsas con que el Criador ha distinguido al hombre, su privilegiada criatura, formada á su imagen y semejanza.

Así, señores, espero de vuestra benevolencia, que le permitáis en este momento, al humilde pero querido amigo del que fué Ilmo. señor Obispo doctor Francisco María del Granado, que le considere bajo el punto de vista de las facultades del alma, por que ellas en su destello y armonioso desarrollo le elevaron hasta el solio espléndido del genio.

Con pronunciada vocación al sacerdocio, al que parece le llamó el Altísimo, como á Samuel, desde los primeros días de su infancia, para que fuera sobre la tierra luz del mundo y ejemplar modelo que enseñara á los hombres la Ley santa del Señor y los senderos de la moral y del bien; el Ilmo. señor Granado hizo sus estudios, con tal esmero, que no se dió tradición alguna durante sus cursos escolares en la Instrucción secundaria y la facultad de Sagrada Teología, que hubiese dejado de ser laureado con la calificación de primer sobresaliente, por su reconocido talento y moralidad, en el cumplimiento estricto de sus deberes.

Y sin que jamás, la vanidad y el orgullo hubiesen sido capaces de tentarle en medio de tanto elo-

gio y galardón, se deslizó su angelical existencia en la mayor modestia y humildad, sumiso siempre, cariñoso y tierno hacia sus padres como Jesús, en su infancia y juventud; y como ciudadano y hombre público, respetuoso á la ley y á las autoridades constituidas del orden social: porque su corazón, podía decirse, estaba modelado como el de David, en el corazón del mismo Dios!

He ahí, señores, en compendio, lo que fué el ilustre Pastor de la Diócesis esencialmente católica de Cochabamba, en la vida íntima de sus dotes morales. Sin embargo, poco habría expresado aun, de tan preclaro y eminente varón, si omitiera la mirada de las dotes intelectuales que elevaron su espíritu hasta la sintética intuición de la verdad. Estas se han revelado en su inteligencia tan clara y luminosa que llegó en su cultivo y desarrollo á la comprensión más vasta no solo de las ciencias eclesiásticas, donde se mereció la alta reputación de consumado teólogo y canonista; sinó también en la filosofía, la historia, la literatura y las ciencias sociales y políticas, á juicio de los hombres más ilustrados y competentes de la república.

En el cultivo de las bellas letras, donde se reveló por su esquisita sensibilidad y brillante imaginación, su vocación al Parnaso, fué la poesía su espe-

cial predilecta, donde obtuvo los laureados de la crítica literaria americana, como florido é inspirado vate, tan tierno como Fray Luis de León y Lamartine, por su inspiración sentimental y sus delicados pensamientos.

Pero donde se manifestó realmente, y atrajo las miradas con todo el esplendor y la magestad del genio, el Ilmo. señor Granado, fué en la cátedra sagrada, como orador de la más alta reputación. Allí fué donde el pensamiento, al manifestarse con todo el atractivo de la persuasión del convencimiento y de la elocuencia, al fulgor de la verdad y de las elevadas concepciones de la razón convertía su palabra en una verdadera potencia, atrayente, conmovedora y de santificada unción; revestida, ora de las formas lógicas del más severo razonamiento, ora de las bellezas y galanura del lenguaje y del estilo, ó bien de sus pompas, magnificencia y sublimidad, según que describía el tabernáculo del Omnipotente, para hacer adorar su providencia, su misericordia y su justicia; ó extender los sentimientos de confraternidad cristiana, por los vínculos de la caridad y del amor!

Así parece que, con estas dotes que elevaron hasta las glorias del genio á Bossuet, Lacordaire, Ravignan y V. Saúlca, se hubiera colocado á la altura

de estos gigantes de la elocuencia, el que mereció también con justo título que se le llamase —Príncipe de la cátedra del Evangelio, en Sud América!

Fué así como, el perfecto desarrollo armónico de las facultades psicológicas del señor Granado, la del pensamiento, encarnado en su poderosa palabra, que propiamente le trasformó en verdadero genio de la elocuencia. En esa armonía de facultades brillantes adornos de su alma tan rica de sentimientos morales y virtud, nos ha legado, puede decirse, una importante lección en la práctica de la moral cristiana; á medida que cumple con más perfección la ley santa del Señor, se acerca en ese mismo grado al perfeccionamiento con que salió de manos del Criador.

Así parece que se hubiese encontrado esa naturaleza feliz del señor Granado, en estado de la justicia original del Paraíso, donde la voluntad libre del hombre no se dirigía sinó guiada por las inspiraciones de la razón y el sentimiento del bien, y todas ellas por la ley natural que Dios había grabado en su corazón. Por eso el santo Prelado de Cochabamba en las altas funciones de su Episcopado y en su vida toda, el empleo mas grato de su libertad lo hizo cifrar siempre en la práctica del bien, en el ejercicio de la caridad y de todas las vir-



tudes del cristianismo; pudiendo asegurarse de él, lo mismo que el Evangelio nos dice del Salvador, que por donde quiera que encaminaba sus pasos iba siempre haciendo el bien.

Por eso, señores fué el padre tan querido de su pueblo, el mas tierno y solícito en su amor y caridad para sus hijos; de tal modo que superó tal vez en mucho al predilecto amor de las antiguas diócesis de Milán y Constantinopla, para con sus virtuosos prelados, San Ambrocio y San Gregorio Nazianceno; quien, al alejarse de su amada grey, y dirigirle su patética despedida, en la basílica de Santa Sofía, conmovió tan profundamente á su pueblo, bañado en llanto, que solo podia compararse después, en la série de tantos siglos, á la desolación del pueblo de Cochabamba, rogando con lágrimas en los ojos á su tierno padre, el bondadoso, el santo señor Obispo Granado, que no le abandone, llamado como era á la honorífica Sede Metropolitana, para el desempeño del Primado de la Iglesia boliviana.

Al elevar su vuelo al cielo, para entrar en el gaudio de su Dios, en la visión veatífica; si es posible que las almas derramen lágrimas de sentimiento, de ternura y gratitud, habrían sido las de esta alma justa, correspondiendo al dolor, al senti-



miento general de la República; y especialmente de gratitud á los dos pueblos más íntimos de sus afec- ciones y su amor—Cochabamba y Santa Cruz—Cochabamba la grey querida de su corazón; y Santa Cruz, el país natal, predilecto de su alma.

He concluido.



Un Recuerdo.

RECUERDO es la representación de personas ó hechos que habiendo sido más antes de tiempo presente, hoy son de época pasada. Es verdad que el tiempo pasado ya no existe, pero los hombres y los actos de entonces, viven en la memoria de los pueblos en el presente: felices ellos, cuando su rememoración es grata, cuando es acompañada de bendiciones.

Cuanto mayor es el desenvolvimiento de las



facultades intelectuales y morales de un hombre, tanto mas se aproxima á su perfección.

En esta ciudad y las poblaciones circunvecinas, conservan todos sus habitantes la mas apreciable memoria del que fué Ilustrísimo Francisco María del Granado, ora como la del mas fino y decidido amigo. ora como la del mas dulce y tierno Pastor.

Como amigo no reusaba sus consejos para guiar en sus feligreses los actos de grande ó pequeño momento, y aun su presencia para solemnizar con su asistencia los goces de las familias; mucho menos su munificencia á los menesterosos; pues todos eran sus amigos.

Digno discípulo del *Buen Pastor*, pronto á enjugar las lágrimas del desvalido, siempre abiertas tenía las puertas de la caridad, para los que demandaban el pan temporal ó el espiritual; derramando á veces lágrimas de consuelo, para fortificar y volver al redil á los extraviados del recto camino de la verdad. La bondad constante era su pecado, sí—pecado llamarse pudiera tan rara y loable virtud; castigaba á los culpables de su jurisdicción, con solo derramar copioso llanto por ellos: también castigó Jesús á sus enemigos, implorando en la cima del Calvario, á su



Eterno Padre, por el perdón de ellos.

Las elocuentes y luminosas lecciones sobre la moral y la virtud cristianas, que desde el púlpito á sus feligreses daba, estaban investidas de la irrecusable autoridad de inimitable ejemplo; satisfactoria y admirable conformidad hallaba el auditorio entre sus enseñanzas y sus actos.

En las bóvedas de nuestros templos, resonando están los vivificadores ecos de la argentina y eufónica voz con que él enseñaba á orar, pensar y obrar á su amada grey, empleando siempre aquel lenguaje místico é ilustrado que constituía su don especial, para conmover, encantar y convencer á su numeroso auditorio, que así numeroso era constantemente en las veces que él predicaba; los rasgos sublimes con que adornaba sus discursos, arrebatában de la tierra, el alma del oyente, para trasportarla contrita ante el trono del Hacedor Supremo, á meditar con éxito benéfico á cerca de los grandes problemas de la vida futura y encaminarla deliciosamente á la perfección.

¡Pastor bondadoso!—Podía tu grey que tanto te amaba y seguirá amándote, calificar de ingratitud la orfandad en que le dejaste al partir de este Valle de lágrimas, sinó comprendiera en medio de su aflixión, que es *Él* quien te ha trasportado á premiarte

en la Iglesia triunfante, donde con más eficacia pidiendo te hallas mercedes y gracia divina para esta Iglesia Militante que tanto ha menester de ellas; resignándose en medio de su acervo dolor, á conservar perdurablemente el más grato recuerdo de tu tan apreciada y transitoria existencia, finalizada el 25 de septiembre de 1,895.

Cochabamba, abril 16 de 1,898.



Francisco M. del Granado.

(SONETO).

NO eres digno del eco de mi acento
Que impotente se anuda en mi garganta;
La pálida orfandad—ella te canta,—
Sublime paladín del pensamiento.
La muerte que tras sí, deja el tormento
Al absorber tu vida sacrosanta,
Entre nube de lágrimas levanta
La tétrica visión del desaliento.

¡Profeta arrebatado por querubes!
Tú que sembraste amor, luz y consuelo,
En igneo carro de inflamadas nubes,

De la tumba á traves rasgado el velo
Cual plegaria del alma hasta Dios subes
Por conciliar la tierra con el Cielo.

Cochabamba, marzo 20 de 1,898.



En memoria

DEL

Ilustrísimo Obispo

FRANCISCO MARIA DEL GRANADO.

DESOLADA Ciudad! justo es tu duelo,
se fué el padre más tierno, más amante,
en lucha con el mal, siempre triunfante,
su religión deber y caridad.
La virtud es muy rara en nuestros tiempos,

admiramos con éxtasis profundo
al que sabe cumplir en este mundo
con la sublime ley de la hermandad.

Ha sido recogida por los buenos
la sangre derramada en el Calvario
por el Génio eminente, extraordinario,
que ha dejado á los siglos siempre atrás:
ya pasan veinte siglos y él delante,
de todos para todos su doctrina,
no se le vé en el mundo, y él camina,
sin que lo puedan conocer jamás.

Su espíritu se encarna en los humanos;
así vive y mantiene su fé pura,
al lado el Creador de la criatura,
sin más fuerza y poder que la verdad:
la verdad en los labios y desnuda,
sin las brillantes formas del lenguaje,
la ensangrentada túnica por traje,
perdonando á esa cruel humanidad.

¡Porción de humanidad! va victimando
á otra porción, que sufre y también calla;
Caín y Abel en singular batalla,

batalla que sostiene la creación:
creación elevada al infinito,
materia que vá en busca de lo eterno,
luchando en buena lid, contra el infierno,
opone por escudo el corazón.

Así opuso esta víctima inocente,
le dieron á beber ajeno llanto,
con el silencio del apóstol santo
se ahogó con ese llanto, en esa hiel.
esa hiel fué el veneno corrosivo,
le brindaron los malos de la tierra,
con amor y bondad en esa guerra
á Cristo le ha seguido, vá tras él.

Cochabamba, septiembre 27 de 1,895.



Discurso

Del Vice-Presidente

del Concejo Municipal en re-

PRESENTACIÓN DE ESTA CORPORACIÓN.

SEÑORES:

El intenso dolor que agobia al señor Presidente del H. Concejo Municipal cuyo espíritu se halla fatigado por la esforzada lucha sostenida para disputar la muerte, con sus ideas y esmerada

consagración, la preciosa existencia del ilustre Obispo señor Granado, es el justo motivo que le impide llevar la palabra de aquella corporación, cuyo difícil cometido me impone á mí tan señalada honra al par que penoso deber.

En mi insuficiencia, y embargada también el alma por ese pesar que domina á todos los hijos de Cochabamba, no encuentro palabras bastante expresivas que pudieran ser siquiera el pálido reflejo del sentimiento público, ni dignas para rendir el merecido homenaje á la memoria de la angelical criatura, cuya desaparición nunca podremos lamentar como es debido.

¡Que sábia y que elocuente! se muestra la augusta religión del crucificado al comparar la vida con un valle de lágrimas, pues desde que la humanidad se mece en la cuna al compás de los jemidos que lanza el corazón en sus primeros latidos hasta el postrer suspiro con el que escapa de su mísera prisión esa parte del hombre que no puede menos que ser un destello divino, el espíritu, la vida no es sinó una escala ascendente en que el dolor y el sufrimiento suben de tono progresivamente.

En ese diapasón hay una nota, la más aguda, cuyo eco debe elevarse hasta el cielo moviendo

á ternura y compasión al mismo Omnipotente que nos ha impuesto, como ineludible requisito de regeneración y purificación, este destierro. Esa nota solo vibra una vez, señores, para cada hombre, y ello sucede cuando descienden á la tumba los seres á quienes debe la existencia. ¡Felices! sois los que no habeis pronunciado todavía, con los labios trémulos de congoja, la fatídica frase; "Soy huérfano"

¡Ah! la orfandad. Terrible es el instante en que el hombre se apercibe que la acerada espada de la muerte ha penetrado al sacratísimo seno en que fué formado á las idolatradas entrañas del amado padre que lo enjendró. El sol que le prestaba antes suave y vivificante calor se convierte en abrazadora llama que calcina sus huesos; el embalsamado aire que respiraba y purificaba, sin cesar, la sangre de sus venas se torna en mefítica y envenenada atmósfera que, en cada átomo, inocular en su existencia el jérmén de la destrucción; la florida pradera por donde antes se deslizaba henchido de placer y de gozo se transforma en escabroso sendero y punzante zarzal que hiere los piés: la naturaleza, en fin, antes bella y atrayente, que dulcificaba todas las amarguras, viene á ser antro tenebroso en donde se revuelcan confundidos la ilusión de ayer, el desen-

gaño de hoy y el horripilante temor de mañana. Si, señores, la orfandad es la más grande desgracia que pesa sobre la frágil humanidad, y cuando aparece en el dintel del hogar solo Dios sabe dónde arrancará fuerzas, el mortal, para resistirla. En la triste hora en que ese funesto huesped nos visita se repite para cada hombre aquella escena tremenda, inmortalizada en el Génesis, en que el primer hombre fué arrojado del paraíso de las delicias para regar la tierra y fecundizarla con el torrente de su sudor y de sus lágrimas, buscándose el sustento solo y desamparado.

Un pueblo es ni más ni menos que un hombre, sufre sus mismas desventuras, goza de análogas ilusiones, se adormece en sus propias esperanzas y despierta al rudo golpe de idénticos dolores. Y la orfandad de un pueblo, ¡oh conciudadanos! es tanto más sensible cuanto que, en lugar de uno son millares los huérfanos que claman al verse abandonados por el padre que guió sus pasos en la terrenal jornada, que consoló sus tristezas con evangélica solicitud y que edificó sus corazones con el ejemplo de sus virtudes.

Para Cochabamba ha llegado la fatal hora. Este pueblo viril y generoso, para quien fueron so-



portables los horrores del hambre y de la peste, que sostuvo casi solo el peso de la guerra internacional del Pacífico, que vé hoy mismo, con estoica indiferencia, decaídas sus industrias, aplazado su porvenir indefinidamente, perturbado su comercio por conjuraciones tramadas lejos de su suelo, todo, todo supo sobrellevarlo poniendo su confianza en el Dios de las naciones que, entre otros presentes, le había concedido por Pastor á un verdadero apóstol, dechado de las virtudes más admirables.

Tenía Cochabamba en su seno al ciudadano más patriota, que en todo conflicto nacional era el primero en ofrecer á la Patria el holocausto sublime de su civismo, comparable tan sólo con la mística unción con que consumaba el sacrosanto sacrificio de la hóstia. Poseía al propagandista más entusiasta de la instrucción que logró fundar con sus desvelos, sobre bases sólidas, el Seminario Conciliar y edificar al lado de cada templo una escuela en donde los párrocos cumpliesen con el divino precepto de *enseñar al que no sabe* é iluminar la oscurecida inteligencia del pueblo. Contaba con el filántropo que, siguiendo las máximas del Evangelio, practicaba la caridad bien entendida, la caridad silenciosa, que lleva el pán y el abrigo donde los necesita el desgraciado sin ostentación y



sin que éste sepa de que parte viene el beneficio. Se enorgullecía la ciudad del Tunari de tener por Prelado al más cumplido y perfecto sacerdote, que resumía en su persona todo el talento, todo el saber, todos los méritos, todas las virtudes y todas las perfecciones de un digno sucesor del Pescador de Galilea.

¿Qué es ahora de ese patriota ciudadano, qué del infatigable obrero de la civilización, qué del filántropo que hacía ignorar á la mano izquierda lo que practicaba la derecha y que no excusaba despojarse de la valiosa enseña de su dignidad, el anillo episcopal, para satisfacer el hambre del necesitado, qué es. ¡cochabambinos! de esa inestimable joya engastada con tan legítimo orgullo en la corona cívica que adorna las sienes de nuestra amada ciudad!

¡Despojos! tristes, despojos que ha dejado la implacable segadora de vidas, es lo que queda á la vista material del cuerpo. Más, por ventura, y para consuelo de un pueblo católico debe asistirnos la firme convicción de que el Ángel que moró entre nosotros, revestido del mísero ropaje de la humanidad, ha volado á la mansión de los justos á recibir el galardón conquistado en la heroica lucha sostenida contra el vicio y el crimen.

Verdad es que la pérdida del ilustre varón, cu-



yo vacío no se colmará en siglos tal vez, hoy es más grave que nunca cuando las dos serpientes que siempre combatió, la desmoralización de su grey y la impiedad de los que de ella abusan para intentar demoler el templo del Señor, se presentan más amenazadoras que nunca. Si con el llanto y la ternura pudo defender, el preclaro Obispo la pureza y la inviolabilidad del altar cristiano hasta sucumbir en la pelea, víctima de emociones que fueron matadoras en su esquisita y delicadísima sensibilidad, ¿quién podrá ocupar su puesto y amparar el redil abandonado, aun valiéndose de otras armas que no sean la persuasión y el ejemplo? Confíemos, sin embargo, en que el mismo espíritu que derramó sobre la tierra la simiente de raras virtudes abogará ante el altísimo por la perpetuación del esplendor de la mitra de esta Diócesis pulimentada por tan hábil artífice.

Cochabamba ha perdido al padre del desgraciado, al mejor intérprete del Evangelio, al inteligente piloto, y se halla expuesta á zozobrar entre las ondas del infortunio.

Abriguemos, no obstante, de que el que la edificó con su santa vida no excusará sus ruegos ante el cielo para conservar, al travez de todas las tempestades, siempre flotante el tesoro de la fé en los inescru-

tables designios de la Providencia, en el porvenir de la patria y en los maravillosos prodigios de la virtud.

Y no solo Cochabamba, en Bolivia, es la América del Sur es el orbe católico el doliente de este tremendo y desolador duelo y nosotros, cochabambinos, bolivianos, católicos somos los huérfanos que lamentamos tamaña desgracia.

Estoy seguro, señores, con toda la convicción del creyente, que las bóvedas del firmamento repercuten en este instante el eco de nuestro llanto como repercutirá siempre sonoro, retumbante y poderoso el eco de la voz del incomparable orador sagrado en las bóvedas de esta Catedral, que á tan envidiable gloria ha de unir la de guardar, por los siglos, el precioso depósito de estas venerables cenizas.

Cochabamba, septiembre 27 de 1,895.



Cochabamba, febrero 20 de 1,897.

Señor Doctor

Félix A. del Granado.

P.

Apreciado señor y amigo:

Correspondo á su atenta carta, fecha 17 del presente, agradeciendo la bondad con que se sirve U. solicitarme algún pensamiento, para la Guirnalda fúnebre de su tío y amigo mío, el Ilustrísimo Obispo señor Granado.

Habría deseado hacerlo por muchos motivos, pero toda vez que pienso en ello, no falta la serenidad.

necesaria, y el sentimiento domina la reflexión. Ni puede ser de otra manera, porque entre los grandes dolores de mi vida, cuento la pérdida de este tierno y generoso amigo. Ligado á él por relaciones íntimos de 35 años, han sido comunes y recíprocas nuestras alegrías y faenas; él ha sostenido los desfallecimientos de mi espíritu en la juventud; él ha ligado con lazo de bendición mi suerte á la vírgen que debía ser la compañera de mi vida, y él mismo quien ha abierto las puertas del cielo para dar paso al ángel que tan pronto me abandonó en la tierra!..... ¡Le he visto en mi triste y solitario hogar. consolando á mis hijos huérfanos sentados sobre sus rodillas, y muy poco después, elevando sus plegarias al Eterno, en la cabecera de mi madre moribunda!.....

¿Qué podré decir yó de este bondadoso amigo, de este noble corazón que así me ha acompañado tan de cerca, compartiendo todas las grandes afecciones de mi alma?

La palabra es impotente para traducir el desgarramiento del espíritu, al recuerdo de tan grande infortunio. En menos de tres años he perdido esposa, madre y amigo, los tres seres amados sobre los que me apoyaba para recorrer el fatigoso sendero de la vida. Ahora estoy sólo, sin más consuelo que la



sonrisa de mis hijos, á quienes consagro toda la existencia.

La Guirnalda fúnebre que U. publique, no aumentará un átomo al incomparable mérito de nuestro angelicál Obispo, ni creo que será fácil describir cumplidamente sus exelsas virtudes; pero servirá para estimular á sus sucesores y para perpetuar su querida memoria. Cochabamba recordará siempre á su Obispo Granado, con la misma ternura y veneración con que los Milanesees recuerdan á su santo Obispo Cárlos Borromeo.

Perdone U. este desahogo personal íntimo, y mande en la voluntad de su atento amigo.



Granado Francisco María

Nació en la ciudad de Cochabamba el 19 de agosto de 1,835. Fueron sus padres el doctor en medicina don Juan Francisco del Granado y la señora María Manuela Capriles.

Comenzó sus estudios hasta vencer algunas clases de instrucción secundaria en el primer Seminario que se fundó en Cochabamba, continuándolos después en el Colegio Nacional de Santa Cruz, ha-



biendo merecido en ambos y en cada uno de sus exámenes la honrosa calificación de primer sobresaliente en instrucción, competencia y moralidad.

De regreso á Cochabamba, obtuvo en esta Universidad, los grados de Bachiller y después de Licenciado en Letras, pasando en seguida á cursar los cuatro años de la Facultad de Teología y Derecho Canónico, en la que recibió el grado de Licenciado!

Desde el año de 1,856 hasta el de 1,860, desempeñó el cargo de profesor de Latinidad superior, Gramática Castellana é Historia Sagrada en las clases 3^a y 4^a del Colegio Nacional «Sucre», y también el de profesor auxiliar de Literatura y Religión en el mismo establecimiento.

En 1,858, fué nombrado Consejero ordinario de la Universidad de este Distrito, á fines de cuyo año abrazó la carrera sacerdotal, á la que se sentía, desde su infancia inclinado por una vocación vehementemente é irresistible. En el transcurso de diez años, á contar desde el último que dejamos asignado, ha sido sucesivamente: Gobernador Eclesiástico y Vicario Capitular de la Diócesis de Santa Cruz; Vicario General del ejército; Prebendado Medioracionero; Provisor 2º y Examinador Sinodal del Obispado de Cochabamba; Capellán del monasterio de Carmelitas,



Miembro de la Junta de sanidad, creada en 1,862 por la Municipalidad de ésta capital. Fué también nombrado por la Asamblea de 1,861, Miembro suplente de la Comisión que debía traer á la patria, los restos del General don José Ballivián, sepultados en Río Janeiro.

Este largo catálogo de los servicios prestados por el señor Granado, dá la medida del acierto y recomendable celo en que se ha inspirado siempre en el desempeño leal de todos los cargos que se le confiaron, comprendiendo, de su parte, su delicada misión en la vasta esfera de sus luces y acrisolada honradez. Como premio á sus virtudes, que supo practicarlas desde sus primeros años, dando siempre ejemplos dignos de imitar, fué preconizado Obispo de Troade *in partibus infidelium* y Auxiliar de Cochabamba el 22 de junio de 1,868, consagrándose en consecuencia, el 30 de noviembre del mismo año. En 30 de marzo del siguiente, fué otra vez preconizado, pero ya Obispo Coadjutor, con futura sucesión del Ilustrísimo Salinas, después de cuyo fallecimiento ocurrido en agosto de 1,871, se encargó como propietario de la administración de la Diócesis de Cochabamba.

Es aquí, principalmente, en este elevado puesto, así como en toda la vida de nuestro Ilustrísimo



Prelado, vida de la más firme y constante consagración á la práctica severa de la virtud y al ejemplo de la caridad cristiana; es aquí, decimos, donde toda su grey le rinde el más respetuoso homenaje, la veneración más profunda, la gratitud más sincera, el más legítimo y justiciero afecto. ¿Y cómo no hacerlo, si son tantos sus merecimientos, tantas sus virtudes? Con la práctica de estas, correspondió á las de sus amados padres, honrada y distinguida familia en cuyo hogar se practicó siempre el bien.

Tendríamos mucho que decir del Ilustrísimo Obispo de Cochabamba; pero los estrechos límites á que nos obliga la tarea que nos hemos impuesto al publicar la *Lira boliviana*, no nos permite extender estas ligeras noticias biográficas.

Como orador sagrado, justamente se ha conquistado un alto renombre, el que sólo es propio de las eminencias sur-americanas en la sagrada cátedra del cristianismo; y á propósito diremos: que el Ilustrísimo señor Granado, es una notabilidad que sabe arrastrar, convencer y conmover á su auditorio, en el grado de la verdadera elocuencia. Como una prueba de esta aserción, bástenos decir que cuando le cupo ocupar la tribuna sagrada en la ciudad de Lima, en una de las más solemnes festividades religiosas

que celebra el Perú, su arrebatadora palabra, le valió el título de *orador americano*, título concedido por la prensa de aquella república, en cuya capital, un escogido grupo de señoras, le obsequió un hermoso anillo episcopal, como homenaje de admiración al joven y elocuente orador sagrado, que supo conquistarse en aquella ciudad la más respetuosa estimación de cuantos tuvieron ocasión de acercarse á él y conocer sus constantes virtudes, la sencillez de su trato y su esmerada educación.

No olvidaremos también, que el Ilustrísimo señor Granado, ha sido el que en esta Diócesis, ha reunido el primer Sínodo, dando como consecuencia las Constituciones Sinodales y fundando además el Colegio Seminario que funciona actualmente con toda regularidad.

Hoy mismo, todas las miradas se fijan en él como en uno de los más dignos sucesores del finado é Ilustrísimo Arzobispo de Charcas, en la silla que éste ha dejado vacante.

Hombre de letras, el señor Granado, nos da pruebas de serlo con las preciosas composiciones líricas que insertamos á continuación. Ellas nos dirán también cuáles son sus méritos en este orden en que cosecha tan sazonados frutos, en las horas en que su

sagrado ministerio le han dejado desocupadas.

Cochabamba, justamente se enorgullece teniendo en su seno al por tantos motivos ejemplar sacerdote y dignísimo Prelado.

Cochabamba,—1,886.



Ilustrísimo señor Francisco M. del Granado.

Orador esclarecido, poseía el raro don de persuadir y cautivar á sus oyentes. Su palabra se inspiraba en las verdaderas fuentes de la elocuencia, la claridad y vigor de ideas y la pureza de sentimientos, que establecen la doble corriente armónica entre el orador y su auditorio, á virtud del consensus de espíritu y sentimiento que guían los destinos de la humanidad.

Su estilo era fluido, periódico, saturado de unción evangélica: nadie como él manejó el lenguaje de la religión.

Acción vehemente, voz sonora, gesto y ademán apasionados, coronaban sus eminentes dotes oratorias.

Pastor solícito, guió á su rebaño con el amor y el ejemplo de su vida, siguiendo la doctrina de su Divino Maestro que dijo:

“ Yo he venido luz al mundo: para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en las tinieblas”.

“ Y si alguno oyere mis palabras y *no las guardare: no le juzgo yó.*—Porque no he venido á *juzgar al mundo, sinó á salvar al mundo*”.

Modesto hasta la humildad, abatía con la práctica de esta virtud, la soberbia y el orgullo.

Manso, limpio de corazón, padecía sed y hambre de justicia, y surcó llorando el escabroso sendero de la vida para partir á la mansión de la bienaventuranza en medio de las bendiciones de un pueblo consternado.



Defunctus ad huc loquitur.

Ahí está.....muerto y habla todavía.

(Hebr. 11. 4)

Señores:

Dispensadme también, que deje correr las fuertes emociones que ahogan mi atribulado espíritu, aunque mi voz sea la clamante que se pierde en el vasto confín del desierto.

Estamos en esas luctuosas horas en que la ca-

catástrofe cubre de densas y opacas nubes el cielo de la patria; sembrando en nuestros hogares, en nuestros asilos, en nuestros santuarios, bajo nuestros techos— el llanto, la desolación desapiadada, el pavor, el silencio, la muerte.....

¡A una sonriente mañana del Génesis, ha venido á suceder una tenebrosa noche del Apocalipsis! Esa deslumbrante aurora que se difundía en nuestro nebuloso horizonte, se ha extinguido dejándonos en la noche de la angustia y del dolor. Negro y encapotado manto cubre este siniestro espacio—las lágrimas que se cuajan en los semblantes ¿lo veis señores? es la escarcha que se derrite al calor de los sentimientos heridos, que corren como arroyos en un día de tormenta, para ir á estrellarse al pié del dique de un sepulcro nuevo. Siento que grandes consternaciones saltan de pechos oprimidos, realizando eso que llaman *noche de los espíritus*, caos de una tribulación suprema—y yó ya no podría interpretar este océano de amargura, este profundo cauce de desesperación, este pozo social donde se engolfa humana nube de opacos seres que rodean este ataúd. De pié en el borde del abismo, en presencia de turbadas muchedumbres, en frente de la sombría loza del sepulcro; cuando ya no se atina á dar un paso más entre

desventuradas sombras—un acento de congoja asoma y deja escapar de nuestros temblorosos labios esta exclamación: *Defunctus ad huc loquitur*.

¡Desventurado pueblo cochabambino! que ayer os cobijábais bajo las blancas alas de un ángel de luz y de misericordia; como un enjambre de polluelos que se calientan en el materno nido para salir de allí con lumbré increada que enciende los corazones y consume las almas. Ponéos de hinojos ante esta caja funeraria y bendita—todos los que ayer modulabais himnos de gratitud, de alabanza y de amor, en torno de este querube bajado del cielo, esculpido en el molde cristiano, purificado en el crisol evangélico, fortalecido y fecundado en las cristalinas hondas de la fuente de verdad. ¡Hoy la parca cruel, insaciable, ha tronchado ese frondoso tilo de la Iglesia católica, cuya alta copa se mecía en las níveas y rutilantes esferas de la bondad sempiterna.

¡David plañe en los montes de Gelboé y Jeremías arroja sus lamentos sobre las ruinas de la ciudad ingrata! La amarga realidad nos muestra una consumación horrenda, hiriendo nuestros ojos con los yertos despojos de un grande hombre. Oid el llanto de la Iglesia, y ved su estandarte cubierto de fúnebres crespones: la patria desolada y envuelta en ga-

sas de pesar y desconsuelo—siniestras y fugitivas sombras, invaden nuestros lares, haciendo brotar con sus punzadores dardos torrentes de amargura, roncocos gemidos, sollozos incontenibles. El ciego aquílón, rasga la atmósfera notificándonos que ha dejado de existir—un Padre amoroso, un Pastor, un Prelado, un Príncipe del Vaticano, una esperanza, un consuelo, una imágen del Mártir del Gólgota, su retrato viviente.

Veís esa cátedra, esa tribuna sagrada enlutada: era el bajel del más experto piloto de Dios. Su voz dulce y encantadora ya no escucharéis—esos mágicos acentos, ya no harán asomar á vuestros labios la plegaria, el fervor, la oración, el idioma del alma; ya no se anegarán vuestros pensamientos en el éxtasis, en la contemplación, en la gloria; vuestros corazones helados y desiertos, ya no palparán; vuestras fisonomías descoloridas por el cierzo de la desdicha, ya no se encenderán; ya no correrá ese arroyo de dulzura que refrigeraba las cuitas de la viuda, del huérfano, del desvalido, del desamparado! Sí, ese paño de lágrimas taladrado y perforado por las vicisitudes y las fuertes gotas del mundo, se ha transformado con la muerte en un largo sudario. Esos labios que se abrían y dejaban caer raudales de esperanza, han

enmudecido para siempre; ya no escuchareis esa elocuencia que os hacía avanzar á las playas de la inmortalidad con fuertes y perennes emociones, en las solemnes festividades de nuestras creencias. ¡Ha desaparecido el cantor del idioma de Nazaret, el dramaturgo del Cenáculo, el gran vidente de la tragedia de la Redención, el panegirista de la Madre de los Dolores—ese poderoso verbo humano, que golpeaba vuestras conciencias, haciendo saltar las ideas de ultratumba de justicia, de bien, de bondad, de perdón, de arrepentimiento, relacionándonos más estrechamente con nuestro Padre que está en los cielos!

El Obispo *Francisco María del Granado*, ese ruiseñor, ha muerto cantando las glorias del Salvador del mundo, y practicando sus grandes y eternas enseñanzas; esa semblanza de serafín ha volado al cielo.....

Señores estamos huérfanos en el desierto de la vida—¿dónde encontraremos ese vigía, ese encendido faro, en las procelosas tempestades del mar de la vida?—gime el aura en las copas de los árboles, el cielo está sin estrellas, en supremo desamparo como la noche de nuestros corazones, con anchos repliegues de melancolía; porque el Justo, ese *facsimile* de Jesucristo, encarnado en nuestra América virgen—ha

descendido á la mansión del eterno sueño. Sacerdote immaculado, Obispo de excelsas virtudes, ha empuñado el báculo á la altura de San Francisco de Sales, poseía un alma de monje como San Bernardo—ese titán de la oratoria ha caído en la ancha plataforma del deber, arrastrado por el celo y devorado por las explosiones de su grande alma.

Pero él, vivirá eternamente, porque su eco jamás se enronquecerá en el seno de las almas; resonará cada vez más en el templo de la contemplación y de la gloria.

La naturaleza lo había formado tierno; el dogma, duro é inflexible, y el Evangelio le había comunicado esa bondad divina del hijo de Dios; sello indeleble que resplandece en sus máspreciadas y favorecidas criaturas. «Belleza moral, según la expresión de Lamartine, que no reconoce infancia y que tampoco tendrá caducidad».

Setenta años de peregrinación terrestre, treinta y seis años de sacerdocio y veinti siete de Episcopado—he ahí señores un asunto digno, un tema meritorio de largos capítulos, una gloriosa existencia que puede gravarse en páginas de oro para las generaciones venideras. Ha luchado con el escudo del deber, con las dotes de su inteligencia, con su bondad

inimitable, con su caridad ardiente, con su perseverancia, con su abnegación, con su palabra, con sus creencias incommovibles y austeras, contra la impiedad y el aflojamiento de las más salvadoras doctrinas sociales; con la energía del apóstol y la virtud del justo. ¡Medid, calculad, pesad si podeis, este magestuoso duelo, y comprendereis lo que vale un hombre de genio levantado sobre las nevadas y empinadas cumbres de nuestros Andes. El Obispo Granado, era un oráculo del cielo y la podredumbre no penetra al pedernal del diamante; la diadema de la virtud jamás se empaña con abrasadores alientos y la palma del mártir jamás se marchita, eternamente fresca, lozana, verde como el símbolo de la victoria, de la paz y de la glorificación!

Por última vez recordémoslo, oigámosle los sublimes sentimientos de su alma herida, los pasmosos arranques frente á su auditorio electrizado de admiración y entusiasmo. Su mediana estatura impregnada de un aire de santidad que se esconde en nuestros altares, crecía y se hacía gigantesca al ritmo de sus melodiosos conceptos que caían de sus labios como el rocío que mantiene las flores. Su voz plañidera de un timbre imponente, su mirada penetrante y compasiva, su rostro palideciendo unas veces y otras



reanimándose de sus desfallecimientos; declamaba enternecido hasta hacer latir las más gastadas fibras del corazón—grito conmovedor de su alma, nostalgia del cielo, que realzaban esa fisonomía hermosa como un claro espejo donde se dibujaba su grande alma. Están interpretadas en él, la elocuencia de Bossuet, la piedad y las lágrimas de Fenelón, las dulces y arrebatadoras emociones del P. Ravignan, la austeridad y la erudición del P. Ventura Ráulica, la delicada mímica del más ilustre de los Obispos de la Francia M. Dupanloup.

Por eso, al frente de esta calamidad nacional, el sombrío horizonte de estos fatídicos días, nos habla con realidad aterradora; las grandes lumbreras se extinguen por grados como las lejanas claridades en la inmensidad del mar. ¿Qué será del mañana? qué será del porvenir? qué del clero?.....!!

Ningún mortal penetra los arcanos del misterio. Humillémonos ante los inescrutables designios de Dios, que fulmina sus rayos azotando las cumbres; pero lloremos todos los que abrimos los ojos ante el eclipse de este colosal astro, que amanece á otro mundo mejor en los espacios sobrenaturales de la infinitud. En esta envoltura mortal, en este yerto cadáver, están simbolizados—las amarguras y las ale-

grías de la vida moderna, las luchas y los dolores de la sociedad contemporánea, las ansias y las elevaciones del espíritu á las regiones ideales, el predominio de la razón y de la voluntad sobre las brutales exigencias de la materia.

¡Ahora, señores, debo concluir! me resta una palabra que proferir: palabra de separación, de tristeza, el solemne y último adios! permitidme este grito de mi destrozado corazón. ¡Oh santo Prelado mio! Adios en nombre de todos los que os aman—adios en nombre de la santa Iglesia, cuyo valeroso defensor fuísteis—adios en nombre de la Iglesia militante que que os introduce en la triunfante—¡adios, pues, en nombre de esa antigua amistad, de esa piedad filial, nacida y cultivada en el tiempo y que se completará más allá de la tumba en la mansión donde hoy moras y me escuchas!

¡Descansad en paz!

Cochabamba, septiembre 28 de 1,895.



Francisco M. del Granado

*Para los justos la muerte no
es más que un sueño; pero más bien
diremos un transito á mejor vida.*

San Basilio.

PARECE que Dios ha predestinado seres que encaminen á la humanidad por la senda del bien, para perfeccionarla en el amor á la verdad y á la belleza.

La muerte que es la separación del alma y

el cuerpo, hierre también esos seres privilegiados: nadie puede sustraerse al cumplimiento de las leyes de la naturaleza—hasta el Hombre—Dios, después de haber cumplido su misión redentora, entregó su espíritu á su Eterno Padre.

Pero ¿qué importa que ese cumplimiento de la ley natural extinga la existencia humana, si esa ley es impotente para destruir la personalidad moral, la que la dá á conocer al mundo y se alza, desafiando al tiempo, sobre el pedestal de sus obras?—Con la muerte, acaso, todo ha terminado? ¡Nó!—Esas relaciones misteriosas que, á travez de la tumba, conservamos con los seres queridos que se fueron: ese cariño y solicitud con que recojemos, como santas reliquias, las prendas que les pertenecieron, son los medios, por decirlo así, con los cuales nos burlamos de la muerte, son el lenitivo de los intensos dolores que acongojan nuestro corazón.

La persona moral no muere: ella está constituida por la nobleza del carácter, por la hidalguía de los sentimientos, por la rectitud de la conciencia y por la bondad de las acciones. Ella queda en el mundo y su figura simpática jamás se aparta de la memoria de la humanidad.

Los mártires del Evangelio, los héroes de la

libertad, los sábios, filósofos, poetas, historiadores, &, &, viven siempre, y sus nombres están gravados en las páginas de la Historia.—Así vive y vivirá la persona moral del distinguido Prelado—doctor Francisco María del Granado: su nombre será recordado respetuosamente por las generaciones venideras.

Profundamente emocionado por la infausta noticia de la muerte del Ilustrísimo Obispo de Cochabamba, y como amigo que fuí, pues tuve la dicha de conocerle personalmente, creo cumplir con un deber de gratitud, dedicando á la memoria de tan eminentísimo Prelado, éstas mal perjeñadas líneas: sirvan ellas de un débil lenitivo á la digna familia del ilustre extinto.

El día 19 de agosto de 1,835, vino al mundo el Ilustrísimo señor doctor don Francisco María del Granado, en la ciudad de Cochabamba, como fruto del enlace del doctor en medicina señor Francisco del Granado, natural de esta capital y la señora María Manuela Capriles, natural de aquella importante ciudad.

Principió sus estudios en el Colegio Seminario de Cochabamba, continuándolos después en el Colegio Nacional de esta capital, habiéndose distinguido como sobresaliente en primera línea en todos sus exá-

menes, pues, su competencia y moralidad le hacían acreedor.

Habiendo regresado á aquella ciudad por motivo de traslación de familia, siguió sus estudios, y obtuvo en esa Universidad el título de Bachiller y Licenciado en Letras.

La nobleza de sus sentimientos, la dulzura y generosidad en su trato, su carácter reflexivo y su vasta ilustración, presagiaron, muy temprano que el joven Granado estaba llamado á iluminar con los resplendores de su alma á una porción de la Iglesia boliviana.

Sintiéndose llamado al estado sacerdotal, ingresó al estudio de la Ciencia de Dios, y después de los cuatro años de curso según ley, recibió el grado de Licenciado.

Antes de haber recibido las órdenes sagradas, desempeñó las cátedras de letras en las clases 3ª y 4ª y Literatura y Religión en el Colegio Nacional «Sucre», durante cuatro años.

En 1,858 fué ordenado de Sacerdote por el Ilustrísimo señor Salinas, el cual, según tradición fidedigna, le había anunciado (antes de la ordenación) que él sería el que le había de suceder en la silla episcopal, y en señal de esto, le sentó en su silla, á

presencia de los demás jóvenes que iban á recibir las sagradas órdenes.

Desde los primeros años de su ordenación desempeñó puestos elevados, como son: gobernador eclesiástico y vicario capitular de esta diócesis, vicario general del ejército, capellán del monasterio de carmelitas en Cochabamba, prebendado medioracionero, provisor y examinador sinodal de aquel obispado y otros muchos cargos públicos en el orden civil.

En premio á sus virtudes y competencia fué nombrado á los 33 años de edad, Obispo de Troade *in partibus fidelium* y auxiliar de Cochabamba (22 de junio de 1,868), y en el año 1,871 se encargó como propietario del gobierno de la Diócesis ya expresada.

Monseñor Granado ha sido un gran orador, con su elocuente palabra, cual otro Bossuet, sabía convencer y conmover á su auditorio. Con sobrada razón, la prensa de Lima, cuando le cupo ocupar la tribuna sagrada en aquella ilustre capital, le dió el título de *Orador americano*, mereciendo también un hermoso anillo episcopal, que un núcleo de distinguidas matronas de Lima, le obsequió como homenaje de admiración al joven y elocuente orador.

Como hombre de Letras y amante de las Musas, el señor Granado se ha distinguido por sus

brillantes composiciones líricas; testimonio de ello son las composiciones literarias que se registran en la *Lira Boliviana*.

Monseñor Granado ya no existe, Cochabamba guarda sus restos mortales; más, aquella alma delicada y pura, aquel gran corazón, aquel virtuoso sacerdote del Altísimo, vivirá siempre en la memoria de sus admiradores.

Santa Cruz, de 1,895.



DISCURSO

pronunciado por el señor vice-Cancelario de la Universidad

DR. MANUEL TABORGA.

Señores:

HERIDO como todos vosotros en lo más íntimo del alma, vengo, no obstante, á cumplir un deber oficial en representación del Consejo Universitario de esta ciudad, que se ha dignado confiarme el cargo de traducir su *sentimiento*, en este acto solem-

30



ne conmovedor. Quizá para ello no ha visto esa corporación más que el caudal de mis lágrimas, pero aun el verterlas no sería parte para expresar el hondo pesar y el desconsuelo que hoy oprimen el corazón del pueblo de Cochabamba. por el fallecimiento de su dignísimo Obispo el doctor Francisco María del Granado.

Astro que hoy desciende privándonos su luz y de su calor; se levantó en los horizontes de la vida, esparciendo claridades reveladoras de su misión sublime. Inteligencias penetrantes y caracteres superiores predijeron que la cabeza del adolescente llevaría un día la mitra episcopal.

Cupo á esta ciudad la suerte de verlo nacer el 19 de agosto de 1835 de padres cuya comprobada virtud y limpios antecedentes eran ya preciada flor de su meritoria corona: el doctor Juan Francisco del Granado y la señora María Manuela Capriles fueron en efecto honra y respeto del hogar cochabambino.

Vencidos sus aventajados estudios de instrucción secundaria y facultativa en los colegios de esta ciudad y Santa Cruz, ingresó muy joven en la carrera del profesorado, desempeñando con competencia, sucesivamente en el colegio «Sucre», ya la cátedra de latinidad superior, Gramática Castellana é Historia

Sagrada, ya la Literatura y Religión. Conciliario de esta Universidad en 1,858 determinó abrazar la carrera del *sacerdocio* á la que su natural inclinación lo tenían destinado, y en la que sostenido por sus singulares merecimientos, y guiado por sus luces, honró los cargos de Gobernador Eclesiástico y Vicario Capitular de Santa Cruz, Vicario General del ejército, Canónigo de este Coro y otros más hasta 1,868 en que fué preconizado y consagrado Obispo de Troade, *impartibus infidelium*, y auxiliar del Obispado de Cochabamba en el mismo año.

Al fallecimiento del Ilustrísimo señor Salinas en 1,872 le sucedió como propietario en el Gobierno de esta Diócesis, que desde entonces vió y tuvo en él la columna de la fe y de la moral; el árbol frondoso á cuyo pié se agrupaban, buscando sombra todas las desgracias, y todos los infortunios; el experto vigía que desde lo alto de la tribuna sagrada ó de la prensa diaria asechaba, cual perenne atalaya, la aproximación del error y de la impiedad para combatirlos con valor y elocuencia, cerrándoles el paso y los campos de la mies que él cultivó con esmero y amor.

Pero, con la blanca pureza de los ángeles, velaba siempre por el candor de la infancia, é intere-



sado como ninguno en que la luz de la verdad fecundase esas inteligencias, fundó el colegio Seminario, en cuyas aulas reciben sólida instrucción el rico y el pobre mezclados y confundidos en cristiana igualdad. Puede asegurarse que este plantel de instrucción es también casa de caridad, en que se prodiga sin tasa ni preferencias el pan del espíritu.

Celoso, activo, poseído por esta convicción que dá la ciencia de la vida, cuyo gobierno se traduce más que en severas represiones en prudente provisión, evitaba que la perversa doctrina ó el error engañoso sorprendiera las inteligencias y los corazones, con lectura de parecer inocentes y recreativas. más de una vez su peculio, siempre escaso, se ha agotado en comprar ediciones enteras de obras que atacan la moral ó la religión cristiana ¡Ved ahí esa mano providente, sin acción, sin vida! ¿Quién continuará su impulso?, quién cerrará las puertas al error que golpea?

Espíritu de luz, encarnación de todas las bondades, amparo y fortaleza, consejo y prudencia, recordad que los que amásteis no podrán vivir sin veros y escucharos; sin amaros y seguiros. La juventud que os debe sus sentimientos y sus luces, no os dá un adios sin esperanza, porque sabe que aun des-



de lo alto, le mandareis vuestros cuidados y asistencia. En nombre de ella os presento el testimonio de su profundo amor y respeto, justamente debidos á quien puede decir con el Apóstol:

« Bonum certamen certavi, fidem servavi, sursum consumavi, in reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi in illa die Justus Juxdex ».



FOR EVER.

Francisco M. del Granado

BASTA su solo nombre para honrarlo en la memoria humana con acentos de glorificación.

Todavía conmueve el dolor de su grey, herida y angustiada á la muerte del varón egregio, por las tristezas de una irreparable horfandad. El sollozo de ese gran corazón, desgarrando el pecho y rompiendo la vida, no ha extinguido aun sus lamentaciones inconsolables.



Me figuro á Cochabamba, el hada de los jardines, cubierta de luto, marchita su diadema de flores é inundas en lágrimas su gran corazón; me la figuro ante aquella tumba como después de una puesta de sol—bajando de las cimas una sombra de tristeza—como la oscuridad de la tarde que va cayendo de la montaña, enlutando el paisaje y extendiéndose de valle en valle hasta nublar el espacio.

¡Niobe convertida por la intensidad del dolor en piedra que mana lágrimas, fecundando con su propio llanto la semilla que derramó en su tránsito por el mundo esa mano pródiga que paralizó la muerte!

Qué grande ejemplo dejó esa vida sobrehumana!—Francisco de Asís había reflejado en él sus virtudes é inflamado sus amores.

No hubo jamás momentos de desaliento en ese espíritu de tan magnífica unidad. Solo tuvo un fin y una idea dominante: la caridad desbordando constantemente del corazón una humanidad piadosa y conmovida.



Despertó en toda una generación el amor al bien, con esos ejemplos y esas enseñanzas que alivian los dolores y despiertan sentimientos de paz y misericordia, mostrándonos las cosas gratas, los hombres buenos, la vida dulce y necesaria.]

Áncora de los náufragos, vaso sacro de los sedientos de justicia, no hubo herida del alma ni dolor del corazón que no aliviase su amor infinito por los desventurados.

En esta consagración al bien ageno y al alivio de las miserias humanas, la figura del Ilustrísimo Granado se presenta con toda la placidez de una visión angélica rodeada de claridades cerúleas.

Le vimos también congregado entre los augustos para dictar las definiciones del Sínodo Platense, y fué entonces que el pueblo de Sucre le admiró en la cátedra.

Soberano de la palabra magna y pura, nos hizo escuchar el invensible fragor de sus acentos oratorios. Tenía voces de Sinay, ecos proféticos en el

fervor de su enseñanza, y daba la verdad y la elocuencia como el maná prodigioso de la leyenda hebrea. Era el orador que piensa y siente y habla al mismo tiempo con alianza en los labios y en la conciencia, para dominar tan pronto con suavidades de razo como con armonías de catarata.

Cautivo del universo, vivió para el bien ajeno y la ola de su personalidad hendió los obstáculos, dispersó los témpanos flotantes, ganando siempre las orillas con un náufrago en los brazos.

Obrero del templo, hizo su edificación, levantó sus columnas y alzó sus bóvedas inmortales.

Su último destino, su descanso y su gloria se le presentaron con misteriosos presentimientos del alma como se anuncian las floraciones primaverales por el sutil estremecimiento de las hojas y del rocío.

Huyó, al fin, como si su ideal estuviese perdido en los suelos. Inclínose esa frente egreja, coñida por los ángeles con la flor de las adormideras eternas.

Nos parece contemplarlo en la congregación inmortal de los espíritus, sereno, magnífico, alzando la frente pensadora, bajo la estrella de los buenos genios, á cuya luz que glorifica y eterniza, descansa de su afán humano el corazón virtuoso: allí, en esos limbos donde vuelan los cisnes blancos del misterio, donde las liras gigantes cuentan cosas sobrehumanas, donde brillan «los soles grandes y siempre gloriosos».

Cochabamba que tuvo la vida de ese augusto varón, sea feliz con su ejemplo y su recuerdo, y como en block de oro, perpetúe en su corazón altivo, aquella bendita memoria.

Al pié de ese monumento de las santas veneraciones, vaya nuestra pobre corona de hojas secas, tomadas del alma ¡ay! después que los vientos otoñales echaron á volar las flores del árbol que cobijó nuestra vida.

Sucre, marzo 2 de 1,897.

Adios! á mi bien hechor

EL ILTMO. SEÑOR GRANADO.

Todo acabó para mí!

He perdido á mi padre, mi apoyo y protector.

En mi orfandad y en mi desgracia, caminando solo en este valle de lágrimas, lo hallé; su bondad paternal me abrigó, su noble corazón me prodigó afectos como á un hijo y me puso en la senda del deber y del honor, bajo su protección y su ejemplo.

Quién no lo sabe!: seis años hace que guiado por esa *Providencia*, era feliz y creía seguro mi porvenir. Su ternura nunca me había faltado: sus con-



sejos me encantaban y creía eterna la dicha de vivir con él.

Sí: el Ilustrísimo señor Granado era mi verdadera *Providencia*, sobre la tierra. Cuántos le lloraron como yó!.....

No le veré más!.....pero mi amor y mi gratitud por él, serán eternos. Antes dejaré de existir que olvidar, un día, de sus beneficios y su memoria.

Adiós! padre venerado! Mis plegarias y bendiciones lleguen hasta el solio del Eterno, desde cuya diestra no olvidaréis al que os llora en su orfandad.

Cochabamba, septiembre 27 de 1,895.



DISCURSO

pronunciado por el doctor

MANUEL ESPECTADOR VERGARA.

I

SEIS años ha, señores, imponente cortejo formaba el pueblo cochabambino, al Ilustrísimo señor Obispo doctor Francisco María del Granado en marcha, entonces, para Sucre. Todas las clases sociales, parecían haberse dado cita para disputarse el honor de manifestar al apostólico viajero la filial ve-

neración con que siempre lo distinguieran y el intenso pesar que su partida causaba.

El santo Obispo, el afabilísimo príncipe de la iglesia boliviana, el magnánimo padre de los pobres, el ídolo del pueblo, se ausentaba por tiempo indefinido. Acaso no se le volvería más! Acaso era cierto, como se decía, que iba á ocultar en San Felipe de Neri su edificante virtud, abandonando á sus diocesanos? Cómo quedaría su grey privada del cariño de su pastor? De quién demandarían pan sus huérfanos, consuelo sus protegidos, perdón sus hijos?

Consternada, sombría, silenciosa la popular comitiva siguió á su venerable Prelado hasta más allá de los afueras de la ciudad y al recibir, por despedida, su bendición pastoral, elevó al Todopoderoso fervientes preces por la conservación de la preciosa salud del respetable ministro de Cristo que llamado al Concilio Platense, iba á cumplir su augusta misión.

Hoy el mismo cortejo, señores, pero fúnebre; la misma consternación, pero inmensa, el mismo viaje perc á la eternidad.....

Quién sabía de pensar que á los seis años escasos de su regreso de Sucre, tendríamos ya que deplorar la infausta nueva de su ausencia eterna?

II

¡Abátase el dosel episcopal. enlútese los templos de la ciudad, cúbranse de ceniza los sacerdotes, ya no existe el Prelado modelo, el inmaculado y virtuosísimo apóstol de la fé cristiana, el insigne y elocuente orador, el prudente jefe de la Diócesis cochabambina. Ha enmudecido el oráculo de la verdad. Una de las más sólidas columnas de la iglesia docente, se ha desplomado herido por el rayo de la muerte!

Crespón funerario enlute el estandarte patrio; ha muerto su mejor ciudadano, el más digno y bien intencionado de sus servidores.

Cochabamba está de duelo; ha desaparecido su ángel tutelar. Nuestro sol se ha eclipsado; la fuente de nuestros consuelos se ha secado, nos ha sido arrebatada la brújula que nos señalaba la ruta de la vida!

¡Qué pérdida, señores, qué vacío el que queda entre nosotros!

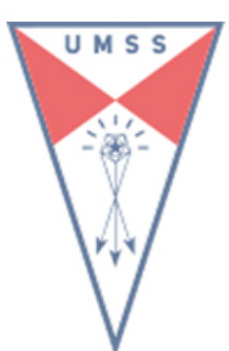
De hoy más, no resonará en nuestros santuarios la poderosa palabra del ungido del Señor que edificaba, ilustraba y conmovía á sus diocesanos.

De hoy más, no golpeará á nuestras puertas la

bendita mano del pastor que buscaba al enfermo para aquietar sus penas, al desvalido para socorrerle, al menesteroso para ayudarle á soportar la carga de su penosa existencia. al ofendido para reconciliarlo con su ofensor, á la disociada familia para reanudar relaciones interrumpidas y recomponer vínculos rotos.

III

Dirigiránse aun, instintivamente á la casa episcopal los vacilantes pasos del anciano en demanda de aliento y fortaleza; los del huérfano y la viuda en busca de protección, los del joven que desea encontrar el aliento de la verdad religiosa; los del artesano y del indígena reclamando la cotidiana bendición; y ese edificio nunca cerrado, siempre abierto á todos, no será ya más que un recuerdo, un monumento digno de ser conservado á expensas del país con el respeto con que se guarda una reliquia, con la veneración que inspira la gruta del anacoreta, la casa del apóstol, pero ay! había dejado de ser la piscina del dolor y del infortunio.



El abnegado misionero que ilustra la mente de nuestros indios; el párroco que procura imitar á su Obispo, el sacerdote que cumple su deber, el levita que se empeña por hacerse digno de su estado, el paciente confesor, el laborioso cuaresmero, el profesor que se esfuerza por dar educación religiosa esmerada: todos, los que en fin, encontraban premio á sus fatigas en las dulcísimas frases de aliento y estímulo de su Obispo, en el cariño con que distinguía á los buenos obreros de la vida del Señor, saben que ese palacio era el oasis de su descanso donde restablecían sus fuerzas los soldados de la milicia sacerdotal; el vergel en que se recreaban los adalides del porvenir, el recinto de sus inspiraciones, la cueva de Elías en que los animaba el aliento del Señor; la casa de San Pedro, en fin, centro adonde convergían todos los discípulos del Evangelio. Muerto el gran Obispo, saben también que todo eso ha desaparecido y definitivamente para aquellos.

Sacerdotes del Señor; desconsolada grey: decid si esperais un pastor más solícito, más tierno y más cariñoso que el que habeis perdido; decid si pensais hallar otro que sea más clemente con los extraviados, más benigno con los débiles, más generoso con los desgraciados, más indulgente con los arrepen-

tidos. Su ciencia os alumbraba, su virtud os encarrilaba por buen sendero. Era vuestro faro y vuestro guía; era vuestro maestro y vuestro hermano.

Llorad, nunca llorareis bastante la terrible desgracia que lamentais.

Ah! Cochabamba. Cochabamba quedais huérfana!.....Vuestro orador Obispo, vuestro mitrado sacerdote, vuestro padre amigo, vuestro ciudadano poeta, vuestro sabio inmaculado no será reemplazado en mucho tiempo.

IV

Señores. ¡ojalá que nuestro llanto no fuera del todo estéril. El impecable Obispo, el *hombre justo* del Evangelio Ilustrísimo señor Granado, acreedor por más de un título á nuestra simpatía, lo es también á nuestro reconocimiento.

¿Cómo honrar dignamente su memoria?

El ilustre Prelado deja una familia huérfana: la forman más de 50 desgraciadas niñas de la casa nominada «Hijas de María» cuyo protector era. Sacerdotes: os toca ocupar el distinguido lugar que con

la vida ha dejado vuestro Maestro; así os lo pide él desde su tumba.

Pero también y diseminados en la ciudad deja inconsolables á los miembros de su anónima Casa de Caridad que esperaba agrupar en un Hospicio. Sociedad toda! Si al ínclito sacerdote lo juzgáis digno de un monumento que perpetúe su memoria, nada mejor que un Hospicio lleve su nombre y en el que encuentre la miseria pan y abrigo.

Carlos Borromeo, Vicente de Paul, Francisco María del Granado, son nombres demasiado humildes para sarcófagos suntuosos; pero bastante significativos para inscribirlos con letras de oro á la fachada de las casas de caridad.

Finalmente deja su Seminario, plantel de beneficencia é instrucción al mismo tiempo, en que los jóvenes pobres se han educado gratuitamente. Profesores: no desvirtueis jamás el filantrópico carácter de ese establecimiento. Así, el nombre del que con tanta justicia ha sido apellidado por nuestro Honorable Ayuntamiento "Padre del Pueblo" se habrá honrado quizá debidamente.

V

Tales son, los votos de la "Asociación Sagrados Corazones" que me encarga interpretar sus sentimientos y condolencia por el fallecimiento de su venerado director, depositando por órgano sobre la fúnebre urna, una pobre guirnalda, la ofrenda de su gratitud, de su cariño, de sus respetos y sobre todo, de la inconmensurable amargura que la conturba.

VI

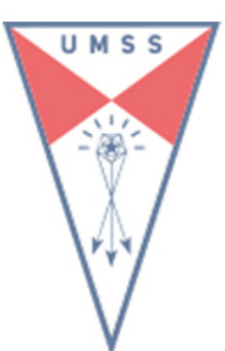
Apóstol santo, inimitable Prelado descansa en paz! Ya que el cielo ha recogido tu purísima alma envíe á Cochabamba el consuelo necesario para mitigar su dolor!

EL JUSTO.

EN todo lo que tengo conocido del mundo y los hombres, ninguno ví á quien cuadrase mejor este título, que al que fué Obispo de Cochabamba, doctor Francisco María del Granado.

¡Era un hombre—ángel!

Todas las purezas humanas y divinas, había-las depositado Dios en su alma blanca, inmaculada, única.



Sus pupilas irradiaban luz celestial; su corazón, era crisol donde los sentimientos humanos más nobles, generosos y delicados se purificaban y engrandecían hasta llegar al exelso grado de lo divino; su cerebro, era nido de albas águilas que viajaban constantemente hacia lo eterno, hacia lo infinito, hacia Dios.

Vivió en la virtud, murió en la santidad.

Tenía todas las grandezas de Cristo—hombre.

Era el celoso de la oratoria sagrada. Transfigurábase en el púlpito. Cuando hablaba allí, algo magestuoso, grande, sublime, brotaba por los labios de aquel ser extraordinario. Sus palabras sonoras notas llenas de melodía y de luz, vibraban en el ámbito del templo con vibraciones sobrehumanas, inmensas, grandiosas.—Fulgurantes ideas rasgaban el seno misterioso é impalpable de ellas, y penetraban en los cerebros de sus fascinados oyentes, inundándoles de resplandores místicos, de asombro, de arrobamiento, de brillantes revelaciones santas.

Cuando describía algún cuadro bíblico, sus palabras parecían golpes de cincel maestro ó pinceladas de inspirado génio. Oíale uno, y en breve, del fondo de la mente comenzaba á surgir el cuadro, palpitante, lleno de vida, cual si por arte mágico la